



# BOLSONARISMO Y EXTREMA DERECHA GLOBAL

Una gramática de la  
desintegración

**Rodrigo Nunes**

20 años  
tinta  
limón



**BOLSONARISMO  
Y EXTREMA  
DERECHA GLOBAL**

Una gramática de la desintegración

**Rodrigo Nunes**



# BOLSONARISMO Y EXTREMA DERECHA GLOBAL

Una gramática de la desintegración

**Rodrigo Nunes**



Nunes, Rodrigo

Bolsonarismo y extrema derecha global, una gramática de la desintegración / Rodrigo Nunes. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tinta Limón, 2024.

160 p. ; 17 x 11 cm.

Traducción de: Florencia Carrizo.

ISBN 978-631-6507-14-3

1. Ciencia Política. 2. Sociología Política. 3. Ideologías Políticas. I. Carrizo, Florencia, trad. II. Título.

CDD 320.5098

Título original: *Do transe à vertigem. Ensaio sobre bolsonarismo e um mundo em transição*, Ubu Editora, São Paulo, 2023.

Traducción: Florencia Carrizo

Diseño de cubierta: Diego Maxi Posadas

Corrección: Elina Kohen

Imagen de tapa: María Eva Blotta

Este libro tiene el apoyo del fondo de Acceso Libre de la Universidad de Essex.



Creative Commons 2.0 (CC BY-NC-ND 2.0)

© 2024, de la edición, Tinta Limón

© 2024, de los textos, Rodrigo Nunes

[www.tintalimon.com.ar](http://www.tintalimon.com.ar)

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

## Índice

<b>Introducción</b>	<b>11</b>
<b>1. ¿Qué representa el nombre de Bolsonaro?</b>	<b>26</b>
<b>2. El presente de una ilusión: ¿Estamos en negación con el negacionismo?</b>	<b>63</b>
<b>3. Los <i>trolls</i> al poder</b>	<b>83</b>
<b>4. Pequeños fascismos, grandes negocios: el bolsonarismo como emprendedorismo</b>	<b>92</b>
<b>5. Cada lado tiene dos lados: sobre la idea de polarización</b>	<b>120</b>





*Para Tião, Mati, Hannah, Flora, Stela, Antônio, las tres  
Rosas, Antonia, Violeta, Bento, Sarah, José, Nuno, Dora,  
Clara, Maya, Nina, León, Tomás, Mai, Tom, Miguel,  
Letícia, Raduan, Lourenço, Iolanda, Maddalena, Lis, Liz,  
Agnes, Livy, Clarice, João, Marina...*

*Herederxs del coraje que sepamos tener*



## Introducción

Los ensayos reunidos en este libro fueron escritos entre septiembre de 2019 y febrero de 2022, cubriendo así un período de dos años y medio que coincide tanto con la mayor parte del mandato presidencial de Jair Bolsonaro como con el inicio y con el pico de la pandemia de COVID-19. Su gestación, sin embargo, fue un poco más larga y compleja. El germen de algunas de las ideas aquí desarrolladas ya estaban conmigo al menos desde la campaña electoral de 2018, que me encontró en la costa este de los Estados Unidos durante una temporada en la Brown University, adonde yo había ido para trabajar en otro libro.<sup>1</sup> La producción de este otro, que me mantendría ocupado hasta el inicio de 2020, me impediría dar rienda suelta a estas ideas.

La relativa distancia de las polémicas del día a día resultaba en una manera diferente de percibir el período y, particularmente, el fenómeno del bolsonarismo. Tras cada medida, declaración o gesto del nuevo gobierno, lo que me interesaba era entender el trasfondo de la dinámica de mayor escala en la que estos encajaban. Desde este punto de vista, se insinuaba la oportunidad –y el desafío– de construir el bolsonarismo, el ascenso global de la extrema derecha y las polarizaciones políticas de la última década como objetos de

---

1 Rodrigo Nunes, *Neither Vertical Nor Horizontal: A Theory of Political Organisation*, Londres, Verso, 2021.

estudio complejos, multifacéticos, compuestos por diferentes dimensiones y temporalidades, sin la pretensión de encontrar soluciones inmediatas o grandes claves generales a partir de las cuales explicarlos.

La derrota del bolsonarismo en las urnas no lo hará desaparecer, y menos las condiciones que han alimentado a la extrema derecha en Brasil y en el mundo. Lo que estamos viviendo tiene raíces lo suficientemente profundas como para que un simple cambio de orientación política desde arriba pueda cambiar lo que sucede en la base de la sociedad. El nuevo triunfo de la izquierda en Brasil es solo el comienzo de un período en el que no solo las condiciones le serán menos favorables que hace veinte años, sino que también habrá mucho más en juego; lo mismo valdrá para quienes logren derrotar a Milei en Argentina. Un análisis que trate de dar cuenta de distintos niveles y escalas quizás pueda resultar, entonces, una guía útil para este período.

Aunque fueron escritos en ocasiones distintas, según se presentaban las oportunidades, la mayoría de los ensayos aquí reunidos son como partes de un mismo texto que, ante la imposibilidad de ser escrito de forma continua, fue existiendo poco a poco, como extraído de un flujo mayor. El primer capítulo, en particular, es una especie de mapa general o hipertexto del que los tres capítulos siguientes son zonas de detalle, enlaces en los que se puede clicar para profundizar un poco más sobre uno u otro tema. De este modo, por ejemplo, el capítulo 1 concluye acerca de cómo el negacionismo es un factor afectivo central de nuestro tiempo, un componente esencial de nuestro estado de ánimo

colectivo; y es precisamente sobre este tema, y su relación con las fantasías movilizadas por la extrema derecha, que se centra el capítulo 2. Asimismo, el capítulo 4 desarrolla la idea –a la que alude el capítulo 1– de la relación entre bolsonarismo y emprendedorismo, y del bolsonarismo como fenómeno emprendedor en sí mismo.

La relación del capítulo 3 con los demás es algo diferente. Por un lado, es el único que se vincula más directamente a un hecho concreto: la *performance* de inspiración nazi que puso fin al breve paso del secretario de Cultura Roberto Alvim<sup>2</sup> por el gobierno de Bolsonaro, allá por el mes de enero de 2020. Por otro lado, el artículo explora una relación implícita con el ensayo inicial, ya que la figura del *troll* concentra en una complejidad varias de las condiciones afectivas a las que alude (disociación, desensibilización), y su uso táctico depende no solo de una determinada infraestructura comunicacional, sino también de dinámicas (de captura de la atención, de formación de *ingroups* y *outgroups*, de “memeficación” de la realidad) cuya influencia en nuestra “noosfera” –para retomar la expresión de Deleuze y Guattari recuperada por Maurizio Lazzarato– ha sido generalizada por el entorno altamente mediatizado en el que vivimos. Si la conexión entre los dos textos no fue tan

---

2 El director teatral Roberto Alvim fué Secretario Especial de Cultura entre noviembre de 2019 y enero de 2020. Fue demitido en virtud del escándalo provocado por un video que grabó para redes sociales sobre la creación del Premio Nacional de las Artes en el cual plagiaba fragmentos de un discurso del ministro de propaganda nazi Joseph Goebbels: “El arte brasileño de la próxima década será heroico y nacional. Estará dotado de una gran capacidad emocional y será igualmente imperativo [...], o entonces no será nada”. [N. de la T.]

evidente, esto se debe menos a un designio que a la presión externa del azar. Al no haber encontrado una buena manera de expandir el tercer capítulo hacia un análisis más amplio de cómo la web 3.0 ha cambiado las condiciones estructurales y subjetivas en las que hacemos política y nos relacionamos, opté por reelaborarlo mínimamente, y dejar este objetivo más ambicioso para otra ocasión.

Estas relaciones también ayudan a explicar la organización temática del libro y el hecho de que comienza *in media res*, discutiendo el bolsonarismo, y luego retrocede en el tiempo: el capítulo 5 aborda el tema de la “polarización” política, tema omnipresente en el período comprendido entre la campaña por el *impeachment* a Dilma Rousseff y las elecciones de 2018, haciendo una genealogía del uso de este término para proponer otro diagnóstico del problema que designa. Esta organización temporal regresiva logra expandir, lateral y verticalmente, el objeto esbozado en los capítulos iniciales, llenándolo de un contexto sincrónico y diacrónico, situando a los *otros* con los que interactúa el bolsonarismo (la izquierda, el “centro liberal”) e identificando los procesos a través de los cuales estos diferentes polos, sus identidades y estrategias, se constituyeron a lo largo de la última década. Pero este movimiento retrospectivo es también un recurso que permite un redireccionamiento hacia el futuro, porque los desafíos que encontrará la izquierda en un posible retorno al poder son muy diferentes a los de hace dos décadas –y permanecer anclada en la incapacidad de superar los acontecimientos de los últimos años, o las certezas de un período que se agotó, nos impide enfrentarlos adecuadamente–.

Es en esta dirección futura, finalmente, que estos textos, aun cuando se limitan a analizar lo existente, pretenden apuntar. Pero eso no es lo único que tienen en común; algunos temas, ideas y enfoques permanecen constantes a lo largo del libro. Para empezar, se hace referencia a un trasfondo compartido por todos los procesos aquí analizados: el contexto global abierto por la crisis financiera de 2008, dentro del cual se encuentran tanto el ciclo de protestas iniciado con la Primavera Árabe en 2011 como el ascenso de la extrema derecha. El énfasis que se le da a la Gran Recesión no se deriva de un determinismo económico simplista que asume una relación lineal entre el empeoramiento de las condiciones de vida y el aumento de la movilización social. Por el contrario, es la consecuencia de entender que, más allá de sus efectos materiales inmediatos, los hechos de hace casi quince años inauguraron un momento histórico en el que la intensificación de algunas de las tendencias más deletéreas del neoliberalismo coincide con una crisis de legitimidad de este último y, por extensión, de sistemas políticos y partidos que siguen siendo incapaces de cuestionarlo. Esta coyuntura más amplia es la que sirve para explicar por qué, a nivel mundial, la política en la última década tendió a los extremos, desestabilizando lo que se había constituido, desde la consolidación de la hegemonía neoliberal en la década de 1990, como su centro de gravedad “natural”. Es también lo que nos ayuda a comprender el reciente resurgimiento de las “guerras culturales” que acompañaron el ascenso de figuras como Margaret Thatcher y Ronald Reagan en la década de 1980, y que hoy son movilizadas por la extrema derecha para defender

una forma aún más extrema de privatización de riesgos y suspensión de protecciones sociales contra el neoliberalismo “progresista” o “normativo” –tomando prestadas las expresiones de Nancy Fraser y Will Davies, respectivamente– que dominó desde la década de 1990 hasta 2008.

La crisis de legitimidad del neoliberalismo tiene un aspecto simbólico y otro material. El simbólico surge de cómo los Estados responden al colapso financiero, protegiendo a quienes lo provocaron y transfiriendo los costos del rescate económico a la población en general, y poniendo al descubierto la convertibilidad del poder económico en poder político, lo que vuelve las promesas de un orden estrictamente meritocrático y autorregulado inevitablemente falsas. Contrariamente a lo que afirmaba el ordoliberal alemán Wilhelm Röpke, la desigualdad no es, después de todo, igual para todos. Pero otra de las cosas que 2008 expuso fue el vacío en el sistema económico mundial. Si la financierización introducida a partir de la década de 1970 fue un intento de sostener las ganancias del capital y el consentimiento de la población en un escenario en el que la expansión de la posguerra comenzaba a agotarse, la debacle de fines de la década del 2000 nos hizo ver que no solo el problema de fondo sigue sin resolverse, sino que la última solución encontrada para “comprar tiempo”<sup>3</sup> ha generado sus propios problemas. Por un lado, la tasa de crecimiento de la economía global ha estado cayendo durante cinco décadas. Por otro lado, desde la segunda mitad de

---

3 Véase Wolfgang Streeck, *Comprando tiempo: la crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Buenos Aires, Katz editores, 2016.



la década de 1990 asistimos al “extraordinario espectáculo de una economía mundial en la que la continuidad de la acumulación de capital pasó a depender literalmente de oleadas especulativas de dimensiones históricas”,<sup>4</sup> financiadas por la oferta de crédito barato que simultáneamente enterró a familias y corporaciones en deudas e hizo que el sistema global fuera mucho más propenso a las crisis. Si no destruyó por completo la fe en este arreglo, la revelación de esta fragilidad, la falta de una receta alternativa que ocupe su lugar, y el aumento del subempleo y la precariedad que vino con la recuperación posterior a la recesión, no solo hicieron de las promesas de prosperidad perspectivas a futuro menos creíbles, como demostraron la facilidad con que estas pueden rescindirse. Basta con recordar que, solo en Estados Unidos, más de seis millones de familias que habían sido atraídas a la burbuja especulativa del mercado inmobiliario a través del espejismo de la vivienda propia terminaron desalojadas.

Esta crisis de legitimidad, por otra parte, no implica necesariamente una retirada del neoliberalismo. Por el contrario, la austeridad de la última década representó su recrudescimiento, y aún no está claro que el expansionismo fiscal instigado por la pandemia signifique una verdadera inflexión en el

---

<sup>4</sup> Robert Brenner, “What Is Good for Goldman Sachs Is Good for America: The Origins of the Present Crisis”, Los Ángeles, Center of Social Theory and Comparative History, UCLA, 2009. Se trata del prefacio a la edición española de *The Economics of Global Turbulence: The Advanced Capitalist Economies from Long Boom to Long Downturn, 1945-2005*, Londres, Verso, 2006. [Ed. cast.: *La economía de la turbulencia global. Las economías capitalistas avanzadas de la larga expansión al largo declive, 1945-2005*, Madrid, Akal, 2009].

largo plazo. Esto se explica, en parte, por el relativo desajuste entre las instituciones políticas y la sociedad. Dado que la crisis de legitimidad no planteó un desafío lo suficientemente fuerte a la autoridad de las finanzas y del capital corporativo, estos sectores siguen siendo capaces de imponer su voluntad a la población en general, y es precisamente porque han visto cómo su poder se tambalea, pero no se derrumba, que ahora lo que hacen es pisar el acelerador en lugar del freno. (Este desajuste, tal como lo sugiero en el capítulo 2, es una de las posibles explicaciones de la popularidad de la figura del zombi en la cultura popular de la última década). Aunque existe otro desajuste, que ocurre dentro de la propia sociedad, o mejor, en cada individuo: el choque simbólico y material sufrido por la autoridad del neoliberalismo es parcialmente anulado por la hegemonía neoliberal en el campo de los afectos, y la atención a esta dimensión afectiva de la vida social es otra de las constantes de este libro.

A lo que me refiero es a la dimensión constituida por los efectos que las experiencias que atraviesan los individuos producen en sus placeres, displaceres y deseos, constituyendo a lo largo del tiempo amores, odios, miedos, esperanzas, objetos de rechazo y admiración. En la medida en que los afectos son producto de las interacciones, y las interacciones siempre están condicionadas (y hasta cierto punto, fijadas y modeladas) por los arreglos materiales que determinan nuestro lugar en el mundo y las instituciones como la familia, la policía y el trabajo asalariado, lo afectivo nunca es simplemente privado: desde siempre es social. Por otro lado, no se trata de convertir el

afecto en un dato crudo e inmediato. De hecho, los afectos se encuentran siempre en relación circular con los sistemas (de nuevo, nunca meramente individuales) a través de los cuales interpretamos, concatenamos y justificamos lo que nos sucede. La regularidad de nuestras experiencias produce afectos que consolidan esquemas evaluativos, pero estos esquemas evaluativos pueden continuar operando aún cuando los elementos de la experiencia vivida comiencen a contradecirlos.

Esta fuerza inercial del hábito es la que explica el desajuste mencionado anteriormente. El nuestro es un tiempo en el que convive un sentimiento difuso de que, por diversas razones, las cosas no pueden continuar como están (y que, si continúan, es simplemente porque quienes se benefician de ellas tienen la fuerza necesaria para imponer su voluntad); y la sensación de que las cosas no podrían ser de otra manera, apoyada en el hecho de que la forma cómo vivimos, nos relacionamos y nos entendemos está completamente atravesado por dispositivos como el consumo, el individualismo, la competencia, el “emprendedorismo de sí” y el punitivismo. Si desde un punto de vista más o menos consciente (aunque a menudo renegado), las promesas de buena vida del capitalismo contemporáneo parecen cada vez más sospechosas, nuestra “servidumbre pasional”<sup>5</sup> sigue profundamente arraigada al estado actual de las cosas, incluso entre aquellos que se oponen conscientemente.

Este conflicto produce monstruos, como el negacionismo (en el sentido que le doy a esta

---

<sup>5</sup> Véase Frédéric Lordon, *La sociedad de los afectos. Por un estructuralismo de las pasiones*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2018.

palabra en los capítulos 1 y 2), el nihilismo casual del *troll* (capítulo 3), y la proliferación de fraudes y *vendehumo*, característicos del “emprededismo político” que marcó el surgimiento de la extrema derecha (capítulo 4) y que cada vez está más omnipresente en la cultura contemporánea. En efecto, si tuviéramos que reducir a simples fórmulas los dos caminos que se abren desde la coyuntura actual, podríamos decir que mientras la izquierda tendría que proponer un juego alternativo al que se ha agotado, la extrema derecha se limita a asumir que, cuando la competencia se vuelve cada vez más una cuestión de vida o muerte, excluir a los oponentes se convierte en una opción válida. Contra las interpretaciones que se dejan llevar por falsas analogías históricas o dan demasiada credibilidad a las declaraciones de los líderes, este libro insiste en que el ascenso de la extrema derecha global se debe ver, menos como ruptura que como continuidad de tendencias ya existentes, e incluso como su aceleración: una apuesta por el manejo privado de la desintegración social producida por el capitalismo tardío. Se trata, en definitiva, de *don't hate the player, hate the game* [no odiar al jugador, odiar el juego] contra *don't hate the game, hate the other players* [no odiar el juego, odiar a los demás jugadores], y la segunda opción tiene la gran ventaja de estar alineada con la tendencia natural en que se encaminan las cosas en la actualidad.

Elegir prestar atención a la dimensión afectiva tiene algunas consecuencias que también permean estos ensayos. Para empezar, el énfasis sobre la necesidad del perspectivismo en la política. Si la

afectividad nos constituye como individuos dotados de hábitos y disposiciones a la vez únicos (por pertenecer a nuestra experiencia singular) y ampliamente compartidos (con aquellos cuyas condiciones de vida son similares a las nuestras), se espera que el espacio político se manifieste de diferentes maneras dependiendo de dónde lo miremos. Esto significa que las ideas, las prácticas, los eslóganes e incluso las figuras públicas pueden aparecer de diferentes maneras para diferentes personas, y comprender el sistema de estas variaciones se hace fundamental para saber moverse entre diferentes puntos. Este es un elemento crucial para entender el bolsonarismo (capítulo 1), y más aún la polarización política (capítulo 5), que presupone precisamente la tendencia de diferentes perspectivas a organizarse cada vez más en oposición entre sí. Dos corolarios de este enfoque, que aparecen en más de un análisis propuesto aquí, son el aspecto fundamentalmente comparativo de la experiencia de clase y la distinción entre radicalización programática y radicalización identitaria.

El primero de estos puntos se refiere a que las comparaciones que las personas hacen de sus condiciones de vida actuales con su situación anterior, su posición esperada y la realidad de quienes se encuentran en su entorno inmediato son determinantes para la forma en que identifican sus intereses y responden políticamente a diferentes escenarios. Esto es lo que explica que las protestas ocurran no porque las cosas hayan empeorado, sino porque las expectativas han aumentado (como se vio en Brasil en 2013); por qué incluso grupos cuyas vidas han mejorado pueden sentirse

peor si otros a su alrededor parecen haberse beneficiado más (capítulo 4); y también lo que facilita la maniobra de la extrema derecha de asociar las pérdidas que muchos han acumulado con las ganancias relativas obtenidas por minorías y sectores históricamente marginados (capítulos 1 y 5).

El segundo punto, a su vez, llama la atención sobre el riesgo de confundir la adhesión a principios y valores de izquierda con la adhesión a un conjunto de marcadores externos que configuran una identidad (códigos lingüísticos, preferencias estéticas, objetos de amor y de odio). Por muy fluido que sea el límite entre las dos cosas, la capacidad de diferenciarlas importa por motivos que aparecen de diferentes maneras en estos capítulos. Uno de ellos es que, al permitirnos identificar situaciones en las que los obstáculos a la comunicación son más a nivel de asociaciones y prejuicios que en relación al contenido, colabora tanto a evitar que la forma en que se comunica un mensaje acabe impidiendo que llegue a los destinatarios como a descubrir posibilidades de diálogo y convergencia, aun cuando los interlocutores no hablan exactamente la misma lengua. Otro es el hecho de que revela el error (muy común en la izquierda) que consiste en tratar las identidades políticas como plenamente constituidas, de tal manera que, de una diferencia de vocabulario o de gusto, sería posible deducir automáticamente un conjunto completo de creencias y convicciones. Como sugiero en el capítulo 5, es probable que solo las personas que entienden la orientación política como central para su identidad tengan la intención de que todas sus posiciones sean coherentes entre sí. La

mayoría de las personas, para quienes la política es menos relevante, tienden a ser menos consistentes, pero por eso mismo sus ideas y actitudes contienen contradicciones por explorar.

Finalmente, discernir entre los dos tipos de radicalización nos ayuda a darnos cuenta de que, a menudo, el énfasis en la propia identidad política es una forma de compensar la falta de capacidad para influir de manera efectiva en una situación, o la falta de un programa que difiera sustancialmente del *statu quo*. En el segundo caso, tenemos la captura liberal de las llamadas agendas “identitarias” por parte del “neoliberalismo progresista”, tanto más estridente en resaltar las virtudes morales de su política de reconocimiento cuanto menos tiene que proponer desde el punto de vista de distribución de la riqueza. En el primero, tenemos la captura de los deseos de transformación por parte de un “capitalismo comunicativo”<sup>6</sup> que tiende a hacer de la expresión pública de nuestra individualidad (construida a partir de una serie de pertenencias) un sustituto de la acción política: *participar* equivale a *ser visto participando* en los medios de comunicación y en las redes sociales. Ambos son aspectos fácilmente reconocibles del presente.

Para que quede claro, oponer “programa” a “identidad” no implica un retorno incoherente a un racionalismo para el cual bastaría presentar un conjunto de propuestas convincentes para conquistar a la gente. (Al contrario: señalar el modo en que la afectividad condiciona la recepción de

---

6 Véase Jodi Dean, *Democracy and Other Neoliberal Fantasies: Communicative Capitalism and Left Politics*, Durham, Duke University Press, 2009.

los mensajes sirve precisamente para evitar que la persuasión sea pensada como una simple cuestión de razonabilidad). La cuestión aquí es doble. Por un lado, una identidad tiene un atractivo reducido, o incluso negativo, para aquellos que no se ven reflejados en ella. Si lo que está en juego es atraer a quienes no la comparten, lo que hay que ofrecer no es el confort simbólico de la pertenencia, sino ideas que efectivamente tengan sentido para las personas; es decir, que les ofrezcan la perspectiva plausible de una vida mejor, así como el deseo de alcanzarla. Esto es lo que aquí representa la idea de “programa”. Por otro lado, lo que cuenta como plausible no puede medirse únicamente con lo que la gente ya está dispuesta a considerar como tal, sino que también debe tener en cuenta la realidad; y lo que la realidad exige hoy no puede dejar de parecer “extremo” frente a los arreglos políticos y económicos que tenemos. A esto se refiere la “radicalización”, y es en ese sentido que aparece una “radicalización programática” como el medio capaz de explorar el conflicto entre la crisis de legitimidad del neoliberalismo y la adhesión afectiva al mismo.

Aquí encontramos quizás los dos principales temas recurrentes de este libro. El primero es el que identifica la brecha más importante de nuestro tiempo como la que existe entre un consenso establecido hace tres décadas sobre lo que es “realista” proponer y pensar, y una realidad profundamente transformada. De ahí la negativa a aceptar el juego que opone lo “realista” a lo “utópico” para, por el contrario, reivindicar la propia *Realpolitik*: ante el colapso ambiental y la concentración de poder



económico y político que tenemos hoy, es el realismo de hace treinta años el que se ha vuelto irreal, y lo que antes parecía absurdo muchas veces contiene algo de razonable. Esto se aplica incluso a la extrema derecha: como he señalado algunas veces, en cierto sentido se puede decir que es una reacción más racional al estado actual de las cosas que la creencia en que todo podría seguir como antes. Después de todo, al menos asume implícitamente los costos cada vez mayores de mantener las cosas en su lugar y prepara a sus seguidores para una lucha cada vez mayor de todos contra todos.

Si ser realista hoy en día implica necesariamente fijarse metas ambiciosas, el segundo gran tema de estos ensayos es el rechazo a la alternativa entre operar dentro de los límites de lo posible y actuar con ambición. Es cierto que no se puede hacer cualquier cosa en cualquier momento. Sin embargo, esto solo vale como argumento contra la osadía si olvidamos que la política es ante todo una disputa por definir los límites de lo posible, y que hacer lo que se puede hacer ahora no tiene por qué ser una excusa, sino un medio para acercarse a lo que aún no somos capaces de hacer. Los últimos quince años han sido un período en el que lo impensable no ha dejado de ocurrir, y la extrema derecha ha sabido utilizar mejor que nadie las múltiples crisis del presente para llevar lo indecible al centro del debate público y hacer de lo inconcebible un lugar común. Hacerle frente a esto, y a la barbarie aún peor que se avecina si dejamos que las cosas continúen su rumbo actual, nos exigirá un esfuerzo y una capacidad sin igual para hacer que el realismo en cuanto a lo que es posible entre cada vez más en consonancia con el realismo en cuanto a lo que es necesario.

# 1. ¿Qué representa el nombre de Bolsonaro?

*Y en este sentido cabría decir que los movimientos fascistas son las heridas, las cicatrices de una democracia que hasta ahora no hace justicia a su propio concepto*

Theodor W. Adorno

## ¿Qué hay en un nombre?

Para empezar por el principio: no es lo mismo hablar de “bolsonarismo” que hablar de votantes de Bolsonaro. Es cierto que, sea lo que sea, el “bolsonarismo” es uno de los factores detrás de la elección de Jair Bolsonaro en noviembre de 2018, pero la victoria del capitán retirado estuvo sobredeterminada de varias maneras, y la coalición que lo eligió es más amplia que cualquier fenómeno que ese nombre pueda describir con precisión. En síntesis, no todos los votantes de Bolsonaro son bolsonaristas, una distinción que es tanto analítica como políticamente esencial hacer.

Menor que su electorado real o potencial, el fenómeno del bolsonarismo es al mismo tiempo mayor que el propio Bolsonaro: no fue creado por el individuo que le presta su nombre, ni depende exclusivamente de él. Esto significa que el vínculo entre “líder” y “movimiento” es sintético y no analítico, y que su fuerza no descansa en algún

vínculo esencial, sino en el hecho contingente de que, al encontrarse en el momento cúlmine de su ascenso, Bolsonaro tuvo mejores condiciones que nadie para darle forma. Mi tesis, en resumen, es que el bolsonarismo es una convergencia real de diferentes tendencias en la sociedad brasileña, con el potencial de consolidarse como una fuerza de primera magnitud por mucho tiempo, pero que el arreglo de fuerzas políticas que lo expresa no es coherente ni necesariamente estable. De hecho, una de las principales fuentes de inestabilidad del bolsonarismo reside precisamente en el propio Bolsonaro y sus hijos, con su faccionalismo, sus conexiones turbias y los constantes ataques que lanzan contra cualquiera que pueda amenazar el control de la familia sobre ese capital político.

Por lo tanto, “bolsonarista” se refiere a un segmento social que, en los últimos ocho años aproximadamente, ha adquirido una orientación política explícita a través de un proceso de retroalimentación con líderes como Bolsonaro, aunque el hecho de que este último haya llegado a dominarlo sea en sí mismo contingente. Se estima que podría representar algo así como el 15% o el 20% de la población. Considerando que, solo en el último año, los índices de aprobación de Bolsonaro cayeron por debajo del 30% que tenía desde el inicio de su mandato, podríamos decir que los bolsonaristas corresponden a los firmes e inquebrantables dos tercios de ese porcentaje.<sup>1</sup> Aunque es menos de

---

1 Esta era la estimación de Reginaldo Prandi a partir de encuestas registradas a finales de junio de 2020. Reginaldo Prandi, “Adeptos fiéis a Bolsonaro são 15% da população adulta, indica Datafolha”, *Folha de São Paulo*, 02/07/2020.

una sexta parte de la población adulta, este grupo tiene un peso político desproporcionado por el alto piso electoral que constituye, así como por su permanente participación y compromiso. Aún cuando está compuesto por individuos atomizados, que no están organizados en una gran estructura política, este es el núcleo militante desde el cual la fuerza gravitacional de la extrema derecha irradia al resto de la sociedad brasileña.

Pero si el vínculo entre Bolsonaro y el bolsonarismo es realmente sintético y contingente, se podría objetar; ¿por qué entonces bautizar al segundo con el nombre del primero? Siguiendo las observaciones de Laclau sobre cómo el acto de nombrar constituye retroactivamente su objeto, podemos invertir los términos de la pregunta y responder que es precisamente la contingencia la que justifica esta elección.<sup>2</sup> Por supuesto, no es que el bolsonarismo haya surgido plenamente formado en el momento en que se pronunció el nombre. Por razones polémicas y ontológicas, Laclau tiende a exagerar la pasividad de las cosas y la espontaneidad del liderazgo, minimizando los lazos horizontales entre las personas y sobreestimando el vínculo vertical con el jefe o el significativo vacío que comparten. La verdad tiende a ser más prosaica: en lugar del nombrar como acto fundacional que inaugura una cadena causal lineal, un proceso de retroalimentación circular a través del cual las personas comienzan a gravitar unas hacia otras y a representarse a sí mismas en ese

---

2 Ernesto Laclau, *A razão populista*, 2002, San Pablo, Três Estrelas, 2013, pp. 160. [Ed. cast.: *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005].

movimiento, hasta que una o más representaciones “se adhieren” como aquello que da sentido a su unidad. Si bien la operación política “de arriba para abajo” fue fundamental para darle forma, el bolsonarismo debe ser visto como el encuentro, bajo la égida de los grupos políticos que se aglutinaron en torno a la campaña de Bolsonaro, de una serie de tendencias sociales que ya estaban hace algún tiempo imbuidas de un cierto tropismo mutuo. Y si están lejos de constituir una teoría o visión del mundo consistente, tienen mucho en común para conectarlas.

La mayoría de las explicaciones del ascenso de Bolsonaro tienden a quedarse, en el nivel más superficial de la secuencia de eventos que condujeron a su victoria. Por mucho que pueda enriquecer nuestra comprensión de las decisiones políticas que produjeron el bolsonarismo, este tipo de enfoque es insuficiente cuando se trata de identificar las transformaciones sociales más profundas que fueron al mismo tiempo precipitadas por estas decisiones y las volvieron posibles. Una visión integral del bolsonarismo necesita operar en más de una escala temporal y tener en cuenta al menos cuatro niveles diferentes de análisis: las diferentes *matrices discursivas* que convergieron en su formación; las *gramáticas comunes* que aseguraron la comunicación y compatibilidad mutua de estas matrices; las *condiciones afectivas* o estados de ánimo colectivos que dieron a estas matrices algo con lo que conectarse; y la *infraestructura organizativa* –que abarca iglesias, programas de radio y televisión, *influencers* en YouTube, grupos de WhatsApp, *bots* de Twitter, etc.– de la que

dependen. Mi atención se centrará principalmente en los dos primeros, con un guiño al tercero en la conclusión. Mi objetivo a lo largo de este texto será doble. En primer lugar, presentar el bolsonarismo de forma perspectivista, como un fenómeno que puede adquirir diferentes significados según la posición que alguien ocupe al interior del mismo. En segundo lugar, subrayar lo que es generalizable en esta historia. En la medida en que es posible identificar condiciones similares en otras partes del mundo, aquello que representa el nombre de Bolsonaro no es de ningún modo un fenómeno exclusivamente brasileño.

## **Afinidades electivas: un interclasismo**

¿Cuáles son, entonces, los elementos que llegaron a componer el bolsonarismo? El sociólogo Gabriel Feltran nos ofrece un punto de partida al enumerar tres “matrices discursivas” que denomina “militarismo policial” (apoyo a las políticas de orden público y uso extrajudicial de la fuerza), “antiintelectualismo evangélico” (rechazo a la ciencia y a la educación formal a favor de la religión y de la experiencia personal) y “emprededorismo monetarista” (un *ethos* del “emprededor de sí mismo” en el que la precariedad equivale a la autonomía).<sup>3</sup> Esta primera pista es doblemente útil porque, además de identificar tendencias de largo plazo, que Feltran encontró en su trabajo de campo en la periferia de

---

<sup>3</sup> Gabriel Feltran, “The Revolution We Are Living”, *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, v. 10, n° 1, Londres, 2020, p. 12.

San Pablo, lo hace utilizando el concepto que Eder Sader desarrolló en su análisis del “boom” de los movimientos sociales que dieron origen al Partido de los Trabajadores (PT) a principios de 1980.<sup>4</sup> Pero es válido hacer aquí la misma advertencia que señalamos anteriormente sobre Laclau. Hablar de “matrices discursivas” no implica ninguna prioridad fundamental del lenguaje sobre la afectividad o la corporeidad; más bien, se trata de pensar en la dinámica entre estas dos esferas como una relación recíproca y circular. El lenguaje tiene el poder de asignar nombres a cosas que ya se sienten vagamente en la experiencia cotidiana, y repercute entre las personas precisamente en la medida en que lo hace. Al nombrar tales fenómenos, por otro lado, el lenguaje hace comunicable su experiencia, amplía su carácter público y constituye un nuevo marco de comprensión para la sensibilidad.<sup>5</sup> Las matrices discursivas deben ser consideradas, por lo tanto, como generadoras no solamente de enunciados, sino de estructuras afectivas (gustos y disgustos, odios y amores, objetos de admiración y repugnancia; lo que Spinoza llamaría *ingenia*), identificación y pertenencia, formas de autonarrativa y autocomprensión,

---

4 Véase Eder Sader, *Quando novos personagens entraram em cena: experiências, falas e lutas dos trabalhadores da Grande São Paulo (1970-1980)*, San Pablo, Paz e Terra, 2010 [1988].

5 Haciendo una apropiación de Raymond Williams quizá un poco indebida, podríamos decir que las “matrices discursivas” y las “estructuras de sentimiento” se presuponen mutuamente. Probablemente, Sader no tendría objeciones contra esta formulación, ya que describe a las “demandas de producción material y reconocimiento simbólico” como poseedoras de una “existencia virtual”, que se actualiza en la conciencia solo cuando se articulan y se convierten en objetos de reflexión. E. Sader, *ibíd.*, p. 58.

todas condiciones latentes de lo que puede o no llegar a desarrollarse como subjetividad política movilizadora y plenamente consciente.

Por más valiosas que sean las conclusiones de Feltran, al revelar el suelo fértil que el bolsonarismo encontró entre los pobres, terminan siendo innecesariamente limitadas por la forma en que generaliza (o se abstiene de generalizar) a partir de sus hallazgos etnográficos. Como él mismo reconoce, el antiintelectualismo no es exclusivo de la población evangélica, ya que es igualmente visible en las clases altas, predominantemente católicas. El militarismo y el espíritu empresarial, por más que sean matrices compartidas por ricos y pobres, asumen connotaciones bastante diferentes según la situación de clase y la racialización, para producir posiciones subjetivas muy diferentes: no es porque las personas estén usando las mismas palabras que están diciendo lo mismo. En definitiva, por su sesgo observacional, Feltran corre el riesgo de oponer (correctamente) la idea de que el bolsonarismo sería meramente “una movilización de las élites contra los pobres”, con la hipótesis (incorrecta) de que “sectores del mercado financiero, élites agroindustriales, religiosas y rurales” se unieron tardíamente a este “movimiento totalitario”, “posiblemente sin darse cuenta de lo que estaban haciendo”.<sup>6</sup>

Una formulación como esta no contempla los tres elementos cruciales del bolsonarismo.

---

<sup>6</sup> Gabriel Feltran, “Formas elementares da vida política: sobre o movimento totalitário no Brasil (2013- )”, *Novos estudos Cebrap (blog)*, 17/06/2020.



En primer lugar, su carácter de alianza entre clases establecida en torno a algunos puntos de referencia comunes, tanto identitarios como políticos, que tienden a imponerse sobre las contradicciones entre los intereses divergentes que tiene esta alianza. En segundo lugar, el hecho de que este delicado equilibrio sea posible no solo por la omnipresencia de ciertas matrices discursivas, sino por la gramática que tienen en común y que las hace compatibles. Así, aunque el militarismo o antiintelectualismo de las clases altas sea uno y el de las clases bajas sea otro, ambos lados son capaces de entenderse e identificarse, especialmente frente a aquello a lo que se oponen (criminalidad, consumo de drogas, sexualidad desenfrenada, indulgencia con los “marginales”, adoctrinamiento izquierdista, etc.). Esto significa, en tercer lugar, que no debemos hablar como si hubiera un movimiento preexistente sobre el que se montaron algunos grupos en 2018, sino pensar en lo que sucedió como resultado de la confluencia de diferentes vectores –provenientes tanto “desde arriba” como “desde abajo”– que tenían ya mucho en común. El 10% con mayores ingresos fue, en efecto, el primer sector del electorado que Bolsonaro conquistó; y si el 1% más rico no lo tuvo como primera opción, tampoco mostró reparos en abrazarlo cuando quedó claro que tenía posibilidades de ganar. En resumen, el bolsonarismo es un proyecto interclasista sostenido por la política en la cúspide y por fuertes afinidades electivas en la base.

A partir de esto, podemos distinguir tres tipos de matrices discursivas que componen el

bolsonarismo. Existen las que se restringen a un determinado grupo o clase; las que son ampliamente compartidas, pero cuyo significado permanece constante sin importar el grupo o la clase; y las que son compartidas, pero asumen significados diferentes según la posición que ocupen dentro de la estructura social. Como hemos visto, tanto el antiintelectualismo como el militarismo y el emprendedorismo atraviesan diferentes estratos sociales, pero los dos últimos pertenecen al tercer tipo.<sup>7</sup>

En lo que respecta al militarismo, la diferencia es obvia. Para quienes viven en regiones afectadas por la delincuencia, la aspiración a la violencia estatal irrestricta supone una evidente demarcación entre quién es “trabajador” y quién es “delincuente” dentro de la comunidad, aunque admita algunas víctimas inocentes entre ambos. Para quienes viven en zonas acomodadas, el sentido de la vigilancia es fundamentalmente protegerlos de los pobres, lo que hace que la zona gris de vidas potencialmente desechables sea mucho más amplia: su seguridad importa más que garantizar que solo los “delincuentes” sufran la represión policial. En cuanto al emprendedorismo, si para los ricos generalmente opera dentro de una narrativa meritocrática que oculta la desigualdad de oportunidades de la que se benefician, para

---

7 En lo que refiere al antiintelectualismo, si bien su significado no cambia en sí mismo, su origen y puntos de vista varían de una clase a otra. Entre los más ricos, por ejemplo, la autoridad religiosa tiende a quedar en un segundo plano ante el desdén por el conocimiento sin utilidad económica inmediata y las teorías conspirativas difundidas por celebridades de YouTube que apoyan a Bolsonaro, como Olavo de Carvalho.

los pobres e incluso para buena parte de la clase media está mucho más cerca de lo que Verónica Gago llamó “neoliberalismo desde abajo”. Esta dinámica ambivalente, a través de la cual los individuos dedicados a la invención de estrategias de supervivencia, en un entorno reconfigurado por las políticas neoliberales, llegan a entenderse desde la “lógica del microemprendedor”,<sup>8</sup> es sin duda un factor importante en el giro relativo a la derecha que la política latinoamericana experimentó en los últimos años. Pocas veces cuestionada –por el contrario, a menudo alentada– por los gobiernos progresistas de la región, este “autoemprendedorismo de masas”<sup>9</sup> fue efectivamente reforzado por el crecimiento de la informalidad y el endeudamiento durante la “ola progresista” de América Latina en los años 2000, haciendo que el neoliberalismo estuviese todavía más “arraigado en los territorios y fortalecido en las subjetividades populares, [...] expandiéndose y proliferando a través de la organización de economías informales”.<sup>10</sup> Fenómenos como Milei en Argentina y Bolsonaro en Brasil pueden entenderse parcialmente como el encuentro entre una versión radicalizada del “neoliberalismo desde arriba” de la década de 1990 y el neoliberalismo desde abajo que floreció durante el interludio neodesarrollista de la década de 2000, y que siguió postulando al mercado como el escenario principal en la búsqueda de reconocimiento

---

8 Verónica Gago, *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2015.

9 *Ibíd.*

10 *Ibíd.*

y satisfacción material. Como demuestran Rosana Pinheiro-Machado y Lucia Scalco, el empoderamiento producido por la “inclusión a través del consumo” petista estaba tan entrelazado con la capacidad de compra que, cuando la desaceleración económica revocó ese poder adquisitivo, muchos de los “ciudadanos que habían simbolizado el ascenso de Brasil”<sup>11</sup> bajo el gobierno del PT rápidamente pasaron de apoyar a Lula a apoyar a Bolsonaro.

Como argumentaré en el capítulo 4, el bolsonarismo no solo favorece el emprendedorismo, sino que debe entenderse en sí mismo como un fenómeno emprendedorista. A partir de 2014, muchos de los que habían comenzado una carrera como *influencers* de derecha en las redes sociales terminaron convirtiendo la visibilidad obtenida no solo en ganancias, sino en cargos políticos. El 85% de los senadores y el 47% de los diputados federales electos en 2018 eran políticos primerizos, la mayoría subidos al mismo discurso marginal con el que prosperó Bolsonaro, incluso como diputado federal durante tres décadas. Entre ellos, veintidós policías o militares, un ex actor porno y un heredero de la familia real brasileña.

---

11 Rosana Pinheiro-Machado y Lucia Scalco, “From Hope to Hate. The Rise of Conservative Subjectivity in Brazil”, *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, v. 10, n° 1, 2020, pp. 21-22.

## La construcción del “ciudadano de bien”

Existen otras dos matrices que, aunque más circunscritas socialmente, juegan un papel importante en el establecimiento de conexiones narrativas entre las demás: el libertarismo económico y el anticomunismo. A diferencia de lo que vimos con el antiintelectualismo, el militarismo y el emprendedorismo, que se desarrollaron paralelamente en diferentes estratos sociales, en estas dos matrices hay una evidente dirección de difusión, que va desde las clases altas hacia las más pobres. Además, su propagación es el resultado más evidente de una acción coordinada.

El asombroso resurgimiento del anticomunismo en Brasil comenzó a sembrarse durante el primer mandato del PT: en el poder ejecutivo federal. En un momento en que la economía había despegado y el nivel material de la mayoría de la gente estaba mejorando, la fabricación mediática del pánico ante una supuesta amenaza totalitaria era una de las pocas armas que la oposición tenía en su arsenal. El contraste entre este clima de escándalo y el abrazo que recibió Lula del *establishment* internacional produjo una disonancia cognitiva que las teorías conspirativas sobre una alianza global de izquierda ayudarían más tarde a resolver. Fue la diseminación de estas últimas en las redes sociales lo que operó la transmutación del discurso anticomunista, que hasta entonces había sido una herramienta entre otras en la disputa parlamentaria, en una narrativa geopolítica totalizadora en la que Trump y Bolsonaro figuraban como los Asterix y Obelix de la lucha contra la “globalización económica [...]”

conducida por el marxismo cultural”.<sup>12</sup> El mismo hecho de que no hubiera una amenaza concreta no hizo sino aumentar la eficacia de este discurso, en la medida en que su carácter “abstracto” permitía que “simplemente todo lo que de alguna manera no [se adecuara]” podría subsumirse bajo un “concepto elástico” como “comunismo” o “globalismo”.<sup>13</sup>

Si bien el libertarianismo económico es, en cierto sentido, la mera contraparte teórica del emprendedorismo, merece una consideración aparte debido a su importancia como aglutinador de jóvenes universitarios de clase media que jugarían un papel destacado en los acontecimientos que llevaron a la elección de Bolsonaro. Los orígenes de este proceso también se remontan al período inmediatamente posterior a la llegada al poder del PT; la creación del Instituto Millenium en 2005 fue uno de sus marcos principales. Financiado por algunos de los grupos económicos, empresariales y mediáticos más poderosos del país, este *think tank* trabajó para popularizar ideas ultraliberales y, junto con actores como el Instituto Mises Brasil, fundado en 2007, contribuyó a un verdadero *boom* editorial del campo. (Casi al mismo tiempo, estaba ocurriendo en paralelo una explosión de publicaciones conservadoras). Esto creó un entorno en el que los jóvenes activistas “libertarios”,<sup>14</sup> hábiles en el manejo

---

12 Esta es la definición de “globalismo” que da el excéntrico ex-ministro de Relaciones Exteriores de Bolsonaro. Véase Ernesto Araújo, “About”. *Metapolítica Brasil* (blog).

13 Theodor W. Adorno, *Aspectos do novo radicalismo de direita* [1967], San Pablo, Editora da Unesp, 2020, p. 60. [Ed. cast.: *Rasgos del nuevo radicalismo de derecha*, Buenos Aires, Taurus, 2021].

14 El uso de la palabra “libertario” en el contexto actual por ultraderechistas, y su reproducción permanente a través de los medios

de herramientas de comunicación, comenzaron a movilizarse, haciendo uso de las donaciones de simpatizantes internacionales como el Cato Institute.<sup>15</sup> El más importante de estos grupos es sin duda el Movimento Brasil Livre (MBL), que surgió durante las manifestaciones de junio de 2013, como respuesta de la derecha al Movimento Passe Livre (MPL). Dos años después, sería una figura clave en la organización de manifestaciones por el juicio político a Dilma Rousseff. En las elecciones de 2018, fueron electos siete parlamentarios de este movimiento.

Inicialmente, el rasgo distintivo de este sector fue presentarse como “liberales en la economía y en las costumbres”, apostando por una actitud cosmopolita, socialmente liberal, que apelaba a su franja etaria y lo diferenciaba de la derecha tradicional. A medida que se acercaban al poder, sin embargo, convergieron cada vez más con los conservadores sociales, no solo encontrando áreas de cooperación, sino también adoptando algunos de sus discursos y tácticas, particularmente la explotación de pánicos morales como el presentado contra la exposición *Queermuseu*<sup>16</sup> en Porto Alegre, en 2017. Por otra parte, esta articulación también fue uno de los factores que contribuyeron

---

y la crítica, no puede borrar ni desactivar la existencia de los movimientos anarquistas y libertarios en Sudamérica. Urge enfatizar este sentido en todo y en cualquier contexto. [N. de la T.]

15 La obra de referencia sobre este proceso es sin duda el libro de Camila Rocha, *Menos Marx, mais Mises: O Liberalismo e a Nova Direita no Brasil*, San Pablo, Todavía, 2021.

16 *Queermuseu* - Cartografias da diferença na Arte Brasileira (2017) fue una exhibición presentada en el espacio Santander Cultura, de Porto Alegre, que fue censurada, con acusaciones de vilipendio religioso y apología a la pedofilia y zoofilia. [N. de la T.]

a que Bolsonaro, cuyas posiciones económicas anteriores tendían mucho más al intervencionismo estatal, abrazara una agenda ultraliberal e incorporara el tema de la libertad económica en su discurso. A pesar de las inclinaciones inequívocamente autoritarias del capitán retirado, este sector nunca dejó de apoyarlo, aunque con diversos grados de entusiasmo, a menudo invocando como justificación una distinción entre las alas “técnica” (económica) e “ideológica” del gobierno.

La más universal de estas matrices discursivas, la lucha contra la corrupción, ilustra el papel que juegan el ultraliberalismo y el anticomunismo en la costura discursiva de las diferentes corrientes del bolsonarismo. La corrupción siempre ha operado en el imaginario público brasileño como una especie de metaproblema, la causa mágica que, una vez eliminada, resolvería todos los demás males del país. En esta narrativa, el peso de las limitaciones estructurales y las diferencias en la orientación política se descartan por completo en favor de una visión voluntarista e individualizada de la política. Desde este punto de vista, no importa que haya diferentes opciones políticas posibles, aunque impliquen resultados muy diferentes; si tuviéramos políticos honestos en el poder, el país sería próspero y habría dinero suficiente.

Si bien las élites brasileñas han movilizado la retórica anticorrupción para desestabilizar a los gobiernos progresistas en el pasado, hasta hace poco había una percepción generalizada de que la malversación de dinero público era una práctica endémica en la política. Debido a que los partidos de izquierda, por regla general, estaban lejos



de las posiciones de poder, quizás incluso fueron considerados más confiables que sus oponentes. El enorme escándalo de corrupción institucional revelado en 2014 por la operación Lava Jato ofrecería a los ultraliberales y anticomunistas una oportunidad única para impulsar una nueva narrativa. Esta combinaba la desconfianza hayekiana en la justicia social (“al final, nada más que la protección de intereses firmemente establecidos”)<sup>17</sup> con la noción de que el *modus operandi* universal de la izquierda es comprar a grupos de interés, como minorías y artistas, a fin de obtener el apoyo necesario para instalar regímenes totalitarios deshonestos. Así, la magnitud de los esquemas revelados por el Lava Jato funcionaba como evidencia, no de la incorporación definitiva del PT a la élite política del país, sino, por el contrario, de lo mucho que ellos habrían avanzado en su plan de “hacer de Brasil una Venezuela” —exactamente como venía advirtiendo la derecha desde hace más de una década—.

Sin duda ayudó el hecho de que uno de los mayores escándalos de corrupción en la historia del país estallara en paralelo con una de las peores crisis económicas, haciendo que la conexión entre estos dos eventos fuera algo natural en la mente de la mayoría de las personas: si hubo una recesión, no fue resultado de decisiones equivocadas en la política económica, ni de una desaceleración de la economía global en su conjunto, sino únicamente porque las arcas

---

17 Friedrich von Hayek, *Direito, legislação e liberdade, vol. II: A miragem da justiça social* [1976], San Pablo, Visão, 1985, p. 117. [Ed. cast.: *Derecho, legislación y libertad. Una nueva formulación de los principios liberales de la justicia y de la economía política*, Madrid, Unión Editorial, 2006].

públicas habían sufrido un saqueo sin precedentes. Esto facilitó el trabajo de la narrativa que asociaba gobiernos de izquierda, corrupción e ineficiencia económica, aun cuando el esquema de desvío de recursos involucraba a todos los principales partidos políticos. Los beneficios de promover esta historia fueron muchos y obvios. De un plumazo, lo que se consideraba un problema universal y endémico se convirtió en un vicio exclusivo de la izquierda; incluso el tímido reformismo del PT se presentó como parte de una amenaza comunista, lo que hizo que todos, excepto el libertarianismo más promercado, fueran potencialmente sospechosos; la oposición a las políticas progresistas se legitimó reformulándola no como elitismo, sino como resistencia contra una marcha inexorable hacia la tiranía; y se fomentó una sensación de peligro inminente que creó la demanda de medidas urgentes y radicales.

El último elemento de la constelación bolsona-rista es otra matriz discursiva que también juega un papel importante en la articulación de todo lo demás: el conservadurismo social. Al igual que el anticomunismo, salió de los márgenes extremos de la política y fue introducido progresivamente en el *mainstream* por políticos y medios interesados en socavar la popularidad del PT. Sin embargo, a diferencia del anticomunismo y del ultraliberalismo, el conservadurismo social no se extendió de arriba hacia abajo, sino que ya estaba generalizado en todas las clases. Incitado, por un lado, por los logros alcanzados por los movimientos feministas y LGBTQIA+ durante la década anterior y, por otro lado, por la fabricación de pánicos morales, también aprovechó una sensación de

amenaza inminente constantemente realimentada para propagarse. La defensa de los “valores de la familia”, que venía creciendo sostenidamente durante los años de Lula, daría una importante demostración de fuerza en 2011, con el episodio del “kit gay”.<sup>18</sup> En 2016, ya era tan potente que muchos evocaron la defensa de la familia al justificar el apoyo al *impeachment* contra Dilma Rousseff, entre los cuales, un diputado llegó a declarar que actuaba contra “las propuestas de que los niños cambien de sexo y aprendan sexo en las escuelas a los seis años”.

Como señaló Isabela Kalil, el mayor logro del bolsonarismo fue conseguir que todos estos diferentes elementos –militarismo, antiintelectualismo, emprendedorismo, anticomunismo, libertarismo económico, discurso anticorrupción, conservadurismo social– convergieran en torno a una sola figura: el “ciudadano de bien”.<sup>19</sup> Si hay un significante vacío que representa por sí mismo la base bolsonarista, es este.<sup>20</sup> Del

---

18 Véase Carolina Evangelista, “Brazil above everything, God above all”, *Radical Philosophy*, s. 2, n.º 9, invierno de 2020.

El “kit gay” fue una *fake news* que surgió a partir de un proyecto de gobierno llamado “Escola sem homofobia” (2010), que fue violentamente rechazado por Jair Bolsonaro y la cámara evangelista en el congreso federal, e incluso volvió a surgir durante la campaña electoral de 2022. [N. de la T.]

19 Isabela Kalil, “Quem são e no que acreditam os eleitores de Jair Bolsonaro” [informe de investigación], Fundação Escola de Sociologia e Política de São Paulo, 2018.

20 Esta afirmación es corroborada por el análisis del discurso de campaña de Bolsonaro en Twitter que realizó Débora Salles utilizando la metodología desarrollada por Sara Walton y Brownyn Boon para aplicar las ideas de Laclau y Mouffe al campo del análisis de datos. Débora Salles, *The Twitter Effect: The Politics of Tweeting During the 2018 Brazilian Presidential Election*, tesis final de

otro lado de la frontera de antagonismo, el concepto de “mamata” cumple la misma función cuando se trata de identificar al enemigo. Derivada del verbo “mamar”, la palabra, que en general connota “vida fácil” o “ventaja indebida”, puede aplicarse a una variedad de cosas, desde la indulgencia con los criminales hasta los salarios exorbitantes de los políticos y de los miembros del poder judicial; de la estabilidad laboral de los empleados públicos a la libertad sexual y el cuestionamiento de los roles tradicionales de género; del desvío de fondos públicos a las políticas de acción afirmativa en las universidades. Su capacidad para establecer equivalencias entre derechos básicos y privilegios de élite, y presentar los primeros en función de los segundos, es decisivo para tejer la alianza de clases de la que depende el bolsonarismo. La forma en que el término establece una continuidad entre la moral pública y la privada hace que la “mamata” sirva como un *point de capiton* que permite que los cambios en las costumbres resuenen junto con el aumento de las tasas de criminalidad, la corrupción, las políticas sociales progresistas, e incluso el arte contemporáneo, como evidencia acumulada de un solo proceso de decadencia moral que al buen ciudadano le corresponde combatir.

Vale la pena enfatizar que, aunque hay varios puntos de superposición entre estas matrices discursivas, no todos los bolsonaristas (y mucho menos todos los votantes de Bolsonaro) suscriben a todas ellas con la misma intensidad, o de manera absoluta. Además de existir inconsistencias entre

ellas, ninguna de ellas es totalmente coherente consigo misma. Esto, sin embargo, acaba por importar muy poco, ya que el poder de los metarrelatos que articulan sus conexiones reside más en la asociación que en la lógica, ya que su coherencia depende menos de cualquier contenido efectivo que del sentimiento de pertenencia al mismo bando en una lucha.<sup>21</sup> Poco importa si se cree o no en todo lo que se dice sobre el enemigo, siempre que se crea que el enemigo existe y es necesario derrotarlo. Y, precisamente, lo que prometen estas metanarrativas es algo más que una certeza en medio de un escenario marcado por los cambios y la sobrecarga sensorial. Cultivan la percepción de una amenaza existencial inminente que intensifica el compromiso subjetivo, construye una (auto) imagen heroica de sus adherentes y presenta a la política como una batalla a muerte, en la que todos los medios ya están justificados de antemano.

## Una gramática común

Aunque la noción de *mamata* tiene un acento muy brasileño, garantiza en este caso la que es la operación ideológica por excelencia de la extrema derecha en todas partes: promover la confusión entre la angustia que rodea la pérdida de *derechos* y el miedo a perder *privilegios*. Es gracias a esta

---

21 Entre los diferentes perfiles de votantes bolsonaristas identificados por Kalil encontramos, por ejemplo, personas pobres que reclamaban un “Estado mínimo” que entendían como una mínima intervención en cuestiones religiosas o morales, no como una reducción de los servicios públicos. Véase I. Kalil, *op. cit.*, p. 20.

maniobra que el reaccionarismo radical ha logrado en los últimos años ganarse el apoyo tanto de sectores que tienen pocas preocupaciones materiales, pero que se resienten ante los logros de ciertos grupos, como de aquellos que viven angustiados por la caída de su nivel de vida y la perspectiva de no poder disfrutar más de los derechos que alguna vez tuvieron. Evidentemente, algo que favoreció esta aproximación fue el hecho de que se atribuyera la crisis de 2008 a un “neoliberalismo progresista” que combinó un “programa económico plutocrático”, responsable de dejar en la lona a millones de personas, con una “política liberal-meritocrática de reconocimiento”, y con avances principalmente simbólicos para ciertas minorías.<sup>22</sup> La ocurrencia concomitante de pérdidas severas para algunos y ganancias modestas para otros es lo que ayuda a la extrema derecha a convencer a los “perdedores” de la globalización de que, si se los priva de sus *derechos*, es porque hay otros –mujeres, migrantes, grupos étnicos, personas LGBTQIA+, etc.– que están obteniendo *privilegios* a costa de ellos.

Es esta estructura triádica del populismo de derecha –no “el pueblo” contra “la élite”, sino el pueblo contra una élite que favorece indebidamente a algún otro grupo<sup>23</sup>– lo que explica cómo, en Estados

---

22 Nancy Fraser, “Do neoliberalismo progressista a Trump – e além”, *Política & Sociedade*, v. 17, n° 40, 2018, pp. 43-64. [Ed. cast.: “La victoria de Trump: el fin del neoliberalismo progresista”, publicación mensual del Instituto Histórico Centroamericano, vol. 36, n° 418-419, 2017].

23 Véase John B. Judis, *The Populist Explosion: How the Great Recession Transformed American and European Politics*, Nueva York, *Columbia Global Reports*, 2016, p. 10 (ebook). [Ed. cast.: *La explosión*

Unidos, un multimillonario puede aparecer como el candidato del hombre común contra un *establishment* formado por estrellas de Hollywood, columnistas de periódicos y estudiantes universitarios en Twitter. También nos ayuda a comprender la confluencia, particularmente aguda en Brasil, del conservadurismo social y el neoliberalismo del *todo vale*. Cuando las personas comienzan a asociar la pérdida de ciertos privilegios (blancos, masculinos, heteronormativos, etc.) con la conquista de derechos por parte de otras personas (acción afirmativa, por ejemplo), el deseo de restauración del *statu quo* encuentra un aliado natural en el rechazo a las políticas redistributivas.

No se trata de que esta confluencia nos tenga que tomar demasiado por sorpresa. Tanto en Brasil como en los Estados Unidos y en otras partes, el encuentro entre el conservadurismo social y el neoliberalismo se viene gestando desde hace mucho tiempo: por un lado, a través de la llamada “teología de la prosperidad” de las iglesias neopentecostales, que proporciona una justificación divina para la acumulación de riqueza y “refuerza el principio calvinista de la responsabilidad individual por el [propio] éxito material”;<sup>24</sup> y, por otro lado, a través de un “neoliberalismo desde arriba” que nunca dejó de apostar a la familia como institución disciplinaria, contrapeso a las tendencias disgregadoras del

---

populista. *Cómo la Gran Recesión transformó la política en Estados Unidos y Europa*, Barcelona, Deusto, 2018].

24 Jason Hackworth, *Faith Based: Religious Neoliberalism and the Politics of Welfare in the United States*, Athens, University of Georgia Press, 2012, p. 45. Este es, por cierto, un componente importante de la constitución de un “neoliberalismo desde abajo”.

mercado, una red de protección capaz de asumir funciones antes ejercidas por el Estado (educación, salud, bienestar), y parte de un dispositivo de privatización del riesgo.<sup>25</sup> En última instancia, sin embargo, lo que el bolsionarismo nos ayuda a ver es que, si el neoliberalismo y el neoconservadurismo se pueden fusionar con relativa facilidad en la política, es porque ambos comparten en gran medida la misma gramática moral.

Una vez más, hablar de “gramática” no significa quedarse solo en el nivel del lenguaje. Una gramática, para decirlo con Wittgenstein, es parte de una forma de vida. Así, si la forma en que se vive condiciona lo que se puede decir sobre el mundo, lo que se puede decir sobre el mundo también proporciona la base para decisiones e instituciones que condicionan la forma en que se vive.<sup>26</sup> En efecto, la gramática moral de la extrema derecha refleja cómo sus adherentes ven el mundo y al mismo tiempo exigen que el mundo se transforme en consecuencia. Sus elementos clave son el *individualismo*, el *punitivismo* y la valoración del *orden por encima de la ley*.

No depender de nadie y ser “emprendedor de sí mismo” están, por supuesto, entre los valores más altos que postula el discurso neoliberal. Pero, en un mundo reconfigurado por el neoliberalismo, estas

---

25 Véase Melinda Cooper, *Los valores de la familia. Entre el neoliberalismo y el nuevo social-conservadurismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022.

26 Esto es lo que Foucault tenía en mente cuando escribió que “una sociedad hecha de unidades-empresa es, [...] a la vez, el principio de desciframiento ligado al liberalismo y su programación para la racionalización de una sociedad y una economía”. *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 264.



ideas son también referencias esenciales de las estrategias requeridas para transitar las relaciones, las instituciones y el mundo del trabajo, además de ser elementos constitutivos de la forma en que los individuos se perciben a sí mismos. A medida que se reducen las redes de seguridad y que crece la incertidumbre, el simple “desgaste de tener que asumir los riesgos”<sup>27</sup> obliga a las personas a internalizar la idea de que la responsabilidad de su propio destino es única y exclusivamente suya. Al invisibilizar tanto las interdependencias que sostienen las trayectorias de los individuos como las restricciones estructurales que las limitan, esta gramática individualista vacía la noción de que habría un espacio social más allá de la esfera privada inmediata: solo hay individuos y (como mucho) sus familias, como ya dijo alguien célebremente. Además de privar a las personas del lenguaje necesario para abordar las injusticias estructurales, esto las lleva a interpretar cualquier cambio positivo en su entorno económico como un logro individual y a ver las agendas estructurales como intentos de abogar por algún tipo de trato diferenciado: después de todo, “si han tenido que luchar solos toda su vida, todos los demás también deberían hacerlo”.<sup>28</sup>

Perversamente, el individualismo es un ideal que funciona tanto en el éxito (narrado como autorrealización heroica) como en el fracaso (en un modo “terapéutico” que restaura la dignidad ubicando el desarrollo emocional en la

---

27 Jennifer Silva, *Coming Up Short: Working Class Adulthood in an Age of Uncertainty*, Oxford, Oxford University Press, 2013, p. 155.

28 *Ibíd.*, p. 150.

adversidad).<sup>29</sup> En nuestras sociedades, la soberanía individual es el *locus* por excelencia del “optimismo cruel”:<sup>30</sup> la frustración de sus expectativas no hace sino reforzar aún más su poder sobre nosotros. Esto hace más probable que la inadecuación del ideal conduzca a una duplicación de la apuesta original que a su revisión, en un movimiento de intensificación que puede volverse hacia adentro, como autoagresión, o hacia afuera, como resentimiento y solidaridad negativa.<sup>31</sup>

Aquí es donde se cruzan las gramáticas del individualismo y del punitivismo. Por un lado, la afirmación neoliberal de la responsabilidad individual retoma una tradición decimonónica de moralización de la pobreza, en la que la ausencia de protecciones sociales y el recrudescimiento de la coerción social y económica se justifican como formas de templar la fibra de los excluidos, preparándolos para la “vida adulta” de los agentes económicos.<sup>32</sup> (La ofensa que mucha gente sintió al descubrir que lxs beneficiarixs del programa *Bolsa Família*)<sup>33</sup>

---

29 Sobre esta narrativa terapéutica, véase: *ibíd.*, pp. 114-ss.

30 Véase Lauren Berlant, *El optimismo cruel*, Buenos Aires, Caja Negra, 2020.

31 Sobre el concepto de solidaridad negativa, véase Jason Read, “Negative Solidarity: The Affective Economy of Austerity”, *Unemployed Negativity* (blog), 24/10/2019.

32 Una fascinante historia social de la construcción de piscinas públicas en los Estados Unidos establece de manera esclarecedora las conexiones entre ambos momentos. Véase Jeff Wiltse, *Contested Waters: A Social History of Swimming Pools in America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2010.

33 Bolsa Família es un programa de subsidios del gobierno federal de Brasil, instituido durante el primer mandato de Lula, dirigido a familias con bajos recursos. [N. de la T.]

también usaban los ingresos para hacer inversiones a mediano plazo o para el ocio (tiene el mismo origen). Por otro lado, en un mundo donde cada uno siente que está –y debe estar– bajo su propio riesgo, la disconformidad es vista como un intento de evadir la responsabilidad personal o una demanda de trato diferenciado, y es, por lo tanto, merecedora de castigo.<sup>34</sup> El punitivismo tiene, así, un sentido tanto profiláctico (hacer pasar a la gente por dificultades es bueno para ellos mismos) como debidamente retributivo. En definitiva, todo el mundo es siempre potencialmente merecedor de un castigo, lo que significa que, además de la disciplina en sí, los mecanismos disciplinarios también inculcan la naturalización de la disciplina: el sentimiento generalizado de que uno puede (y debe) estar sujeto a una corrección del comportamiento en cualquier momento.

Como productor y producto de la disciplina internalizada, el punitivismo es naturalmente muy respetuoso de la autoridad establecida y de los roles y divisiones sociales prevalecientes. Para él, tanto el crimen organizado como los movimientos sociales son potencialmente dignos de odio y desprecio en proporciones iguales. Entre los ricos, pero también entre los pobres, la animosidad punitiva, en la pirámide social, se dirige más contra los de abajo que contra los de arriba, cuyas transgresiones pueden pasarse por alto como parte de su recompensa por haber “logrado llegar hasta ahí”.

---

34 Sobre la combinación de ansiedad por la condición de clase, la meritocracia y el punitivismo entre los votantes de Lula que se convirtieron en bolsonaristas, véase R. Pinheiro-Machado y L. M Scalco, *op. cit.*, p. 27.

Es aquí donde el individualismo y el punitivismo se cruzan con la noción de orden como algo por encima y, en última instancia, contrario a la ley. Muchos ya identificaron ahí un rasgo fundacional de la cultura brasileña, del cual Bolsonaro sería simplemente el fruto más reciente y obscuro.<sup>35</sup> Este se remonta a los inicios de nuestra formación nacional, cuando los latifundistas eran a la vez representantes del poder estatal y los hombres más poderosos de sus regiones, fomentando la confusión entre los intereses públicos y privados.<sup>36</sup> La estructura agraria y esclavista de la economía colonial no solo dividía a la sociedad en individuos dotados de derechos y otros reducidos a la condición de mera propiedad, sino que hacía que incluso los hombres libres debieran sus fortunas a su capacidad para atraer los favores de la sociedad latifundista. Esto hizo que el discurso liberal y el aparato estatal moderno se desarrollaran en el país no suplantando, sino apaciguando y muchas veces disfrazando esta arcaica estructura de mando.<sup>37</sup> Incluso con la abolición de la esclavitud, que Brasil fue uno de los últimos países en llevar a cabo, el ejercicio permanente y asegurado de los derechos siguió siendo un privilegio reservado a quienes gozaban de determinada posición social. En cuanto al castigo, en cambio, este solo estaba

---

35 Para una descripción general del debate, véase Tales Ab'Sáber, "Ordem e violência no Brasil", en Bernardo Kucinski et al., *Bala perdida: a violência policial no Brasil e os desafios para sua superação*, San Pablo, Boitempo, 2015, pp. 97-102.

36 Véase, por ejemplo, Sérgio Buarque de Holanda, *Raíces del Brasil*, Corregidor, Buenos Aires, 2016.

37 Véase Roberto Schwarz, "As ideias fora do lugar" [1973], en *Ao vencedor as batatas*, San Pablo, Duas Cidades/34, 2012.

garantizado para las personas cuyo estatus no las eximía de tener que obedecer las reglas que se aplicaban a todo el resto.

En una sociedad en la que la propia garantía de igualdad frente a la ley es un privilegio, el llamado al orden suele tener menos que ver con la aplicación de la ley que con la concesión del tratamiento especial a quien lo “merece” –y la revocación de los derechos de quien no–. Esto fue visible en la forma en que la prensa y el público aplaudieron la operación Lava Jato a pesar de todas sus irregularidades procesales, irregularidades que eventualmente dejarían los resultados legales de la operación sujetos a revisión e incluso anulación, aun cuando sus efectos políticos son irreversibles.<sup>38</sup> También se puede ver en cuatro cuestiones caras al bolsonarismo: el eslogan de “derechos humanos para humanos derechos”; la flexibilización de la legislación en materia de adquisición, tenencia y portación de armas de fuego, que en última instancia equivale a la privatización del poder soberano sobre la muerte; el desmantelamiento de las protecciones ambientales, entendidas como obstáculos al emprendedorismo; y la cruzada contra los radares y las multas de tránsito, vistos como obstáculos a la libertad de los propietarios de automóviles.<sup>39</sup>

---

38 Vale la pena recordar que Bolsonaro solo se convirtió en favorito en las encuestas después de que Lula fuera eliminado de la carrera electoral.

39 “En Brasil, el *respeto* connota una opción, siendo más adecuado para quien se cree superior. El verbo *obedecer*, en cambio, es obligatorio, por lo que es mucho más adecuado para quienes han aprendido a pensarse a sí mismos o son clasificados y considerados como inferiores”. Roberto Da Matta, *Fé em Deus e pé na tábua. Ou como e por que o trânsito enlouquece no Brasil*, San Pablo, Rocco, 2010, p. 67

Por un lado, la lógica premoderna que sitúa el derecho a eludir las normas comunes como el derecho supremo encaja bien con la absolutización ultraliberal de la libertad individual. Esto fue explícito en la forma en que Bolsonaro rechazó las pautas de distanciamiento social y el uso de barbijo durante la pandemia, así como su insistencia en la vacuna como una decisión exclusivamente personal. Por otro lado, como este tipo de orden no presupone la igualdad formal de las leyes, sino el ejercicio arbitrario de la autoridad, también encaja perfectamente con la defensa de una “vida privada del poder”,<sup>40</sup> basada en una distribución tradicional de roles entre hombres y mujeres, blancos y no blancos, heterosexuales y no heterosexuales, etc. Como ha señalado Wendy Brown, en el revanchismo nihilista frente a las conquistas realizadas por los grupos oprimidos hay una liberación “de la voluntad de poder no solo en sujetos, sino en los propios valores tradicionales, revelando claramente el privilegio y las expectativas de privilegios que codifican”.<sup>41</sup> En resumen: “Manda quien puede, obedece quien tiene juicio”, como dice el refrán –o, según el diálogo clásico de

---

(ebook). Roberto Andrés vincula el incremento de este tipo de actitudes al crecimiento del 255% que tuvo el parque automotor en el país durante los gobiernos del PT, dato que el partido exhibió como evidencia del éxito en el combate de la desigualdad. Roberto Andrés, “Jeitinho sobre rodas: o bolsonarismo e o trânsito”, *Piauí*, ed. 154, 2019, pp. 32-35.

40 Corey Robin, *The Reactionary Mind: Conservatism from Edmund Burke to Donald Trump*. Oxford, 2018, Oxford University Press, pp. 10-ss.

41 Wendy Brown, *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*, Buenos Aires / Madrid, Tinta Limón / Futuro Anterior / Traficantes de Sueños, 2021, p. 231.

Tucídides, “los fuertes hacen lo que pueden y los débiles sufren lo que deben”–.

Aquí también tenemos una gramática moral, pero menos indexada en los códigos que en el poder de un “padre severo” para crear y hacer cumplir la ley.<sup>42</sup> Esta confluencia entre lo pre y lo posmoderno, entre la autoridad tradicional y el vaciado neoliberal de lo social, crea los cimientos sobre los cuales la élite gobernante y los excluidos pueden encontrarse. Se trata de un encuentro entre quienes han desistido de esperar las promesas democratizadoras de la modernidad y quienes ya no están ni siquiera nominalmente interesados en promoverlas; entre quienes ya han renunciado a esperar igualdad y capacidad de respuesta institucional y quienes ya no están dispuestos a hacer concesiones a tales valores.

Es en este sentido que el bolsonarismo es la herida de una democracia incapaz de estar a la altura de su propio concepto, como afirma el aforismo adorniano que elegí como epígrafe de este capítulo. El bolsonarismo converge en torno al sueño paradójico de un *estado de naturaleza diferencialmente distribuido* por una figura paterna a la vez severa (con quien no es “buen ciudadano”) y permisiva (con quien lo es); en el que la autoridad se ejerce con decisión desde arriba y se delega a los poderes locales que tienen plena libertad de acción dentro de sus respectivas esferas de influencia (el pastor, el latifundista, el policía, el padre de familia,

---

42 Sobre el padre severo (en lugar del “cuidador”) como modelo metafórico para la política conservadora, véase George Lakoff, *The Political Mind: A Cognitive Scientist’s Guide to Your Brain and Its Politics*, Nueva York, Penguin, 2009, pp. 77-81.

el miliciano<sup>43</sup>); y donde aun así los conflictos de jurisdicción son poco probables porque, a fin de cuentas, “todo el mundo conoce su lugar”. El líder supremo es, por lo tanto, en realidad, un “padre de la horda” y, a la vez, un “pequeño gran hombre”.<sup>44</sup> Si tiene derecho a un exceso de obscenidad, no es por ninguna cualidad intrínseca, sino simplemente porque “llegó ahí por mérito propio”. Queda así liberado para poder usar su cargo en beneficio propio, *como lo haría cualquiera de nosotros*: “Si puedo darle un solomillo a mi hijo, se lo doy”, como explicó Bolsonaro sobre su intención de nombrar a su hijo Eduardo como embajador de Brasil en los Estados Unidos.

Se trata, en suma, de una total abdicación de la responsabilidad estatal en la mediación de los conflictos sociales una situación en que los diferenciales de poder no paran de aumentar y la conflictividad tiende a aumentar. Es, por lo tanto, una apuesta por la aceleración de la desintegración social producida por el capitalismo tardío; pero una apuesta al mismo tiempo controlada, en el sentido de que busca conferir a los distintos agentes que en diferentes esferas y escalas poseen el poder

---

43 “Miliciano” se refiere aquí a los grupos de policías y militares, en actividad o retirados, que se organizan para dominar territorialmente barrios de ciudades brasileñas. Originada y muy difundida en Río de Janeiro, la práctica ha crecido mucho en las últimas dos décadas, particularmente durante el gobierno de Jair Bolsonaro, que tiene vínculos históricos bastante conocidos con miembros de algunas de estas sociedades criminales.

44 Véase Theodor W. Adorno, “Teoria freudiana e o padrão da propaganda fascista” [1951], en *Ensaio sobre psicologia social e psicanálise*, San Pablo, Editora da Unesp, 2015, pp. 153-189. [Ed. cast.: “La Teoría Freudiana y el modelo de la propaganda fascista”, en *Escritos sociológicos I*, Madrid, Akal, 2004].



necesario para tanto el derecho de manejar esta desintegración de manera privada y en su propio provecho. El problema, por supuesto, es que este sueño no puede funcionar para todos. Si la ley del más fuerte se oficializa como ley, el más fuerte inevitablemente se tragará al más débil. En este punto de convergencia, entonces, es que el bolsonarismo, y más aún la elección de Bolsonaro, se revela como un gran malentendido. Mientras que algunos de sus seguidores (sobre todo los más pobres) tienden a ver en él un *sheriff* que vendrá a restaurar el respeto, otros (principalmente los de clase media) lo perciben como un oportunista *self-made*, que facilitaría la vida de otrxs “buscavidas”. Finalmente, la élite lo identificó sobre todo con esa figura del ingenio colonial cuya función fue reemplazada históricamente por el ejército y la policía: a falta de un candidato viable entre los suyos, optaron por elegir al *capataz*, dejándolo libre para administrar su capital político como mejor le parezca, siempre y cuando cumpla con su deber de contener las demandas desde abajo y asegurar condiciones aún más draconianas para la acumulación de capital. Una apuesta peligrosa, sin duda, dado que el *capataz* ganó así vía libre para combinar su capital político con el apoyo armado de otros como él en las filas de la policía, las milicias y las Fuerzas Armadas.

Por más particular que sea de la sociedad brasileña, la confusión entre orden y ley está lejos de ser exclusivamente nuestra. Lo mismo ocurre con cualquiera de los otros elementos considerados aquí. El bolsonarismo no se reduce a un atavismo nacional, ni a una simple repetición del fascismo histórico. Es

una tragedia muy contemporánea, cuyas condiciones están presentes en diferentes partes del mundo hoy y que solo tienden a empeorar con el crecimiento de la desigualdad política y económica y con la intensificación de los efectos del cambio climático. Alguna forma de *capitalismo de capataz* bien puede ser una de las caras de esa “brasilización” que aecha de vez en cuando en el mundo desarrollado.<sup>45</sup>

## **Oscuros estados de ánimo: la racionalidad de lo irracional**

Uno de los temas más espinosos en el análisis del fascismo histórico se refiere a la dinámica del engaño y el deseo, el juego entre racionalidad e irracionalidad que opera dentro de estos fenómenos. ¿En qué medida se engañó a la gente para que hicieran ciertas cosas? ¿Hasta qué punto realmente llegaron a desearlas y cuán conscientes eran de ello? ¿Son las justificaciones irracionales, al igual que las teorías conspirativas, meros intentos de racionalizar impulsos antisociales desenfrenados? ¿Acaso la agitación y el *acting out* de estos impulsos fueron solo una forma de encubrir intereses más bajos, como apropiarse de la riqueza de los grupos perseguidos? Si bien no es difícil reconocer que hay algo de “impostura” o

---

45 Para una revisión reciente de la literatura internacional sobre “brasilización”, en diálogo con lo escrito en Brasil sobre el mismo tema, véase Alex Hochuli, “The Brazilianization of the World”, *American Affairs*, v. 5, n°2, 2021, que retoma el trabajo anterior de Paulo Eduardo Arantes, “A Fratura Brasileira do Mundo”, en *Zero à esquerda*, San Pablo, Conrad, 2015, pp. 25-77.

“farsa” en el fascismo –que se aplica “tanto a los líderes como al acto de identificación por parte de las masas”<sup>46</sup>–, no siempre es fácil saber quién está fingiendo y para qué, ante quién y cuándo.

Pensar estas preguntas exige relacionar las gramáticas y las matrices discursivas de las que depende la extrema derecha con las condiciones afectivas que le dan material con el que conectarse: los afectos o estados de ánimo compartidos que aumentan la receptividad a la política de extrema derecha y hacen que parezca una respuesta plausible en una situación concreta. Dado que el reciente resurgimiento de la extrema derecha es un fenómeno mundial, debemos asumir que es posible observar las mismas condiciones afectivas en diferentes países e identificar sus orígenes en procesos en curso a nivel global. Y, realmente, dondequiera que miremos hoy, encontramos sentimientos de humillación ante situaciones de desempleo, subempleo, pobreza y endeudamiento; miedo a perder el propio lugar en el mundo; orgullo masculino herido; resentimiento contra grupos que supuestamente se beneficiaron con las transformaciones ocurridas en las últimas décadas; abandono y falta de respeto; y los sentimientos antisistémicos generalizados que de ello se derivan. No es difícil ver en la raíz de todo esto los procesos desencadenados por la globalización neoliberal y acelerados por la crisis de 2008. Pero hay otros componentes en nuestro estado de ánimo ambiental que son menos destacados porque los cambios a los que responden se desarrollan en una

---

46 Adorno, *op. cit.*, p. 136.

escala de tiempo más larga y menos evidente en lo inmediato. Me gustaría centrarme particularmente en uno de estos componentes, que parece brindar una perspectiva interesante sobre el tema de la impostura: podemos llamarlo *negacionismo*.

Mi uso del término, sin embargo, no se refiere exclusivamente a las mentiras difundidas de plena consciencia por falsificadores y conspiradores. También engloba a la audiencia que consume estas mentiras y a lo que, al fin y al cabo, lleva a las personas a sentirse atraídas por ellas. Mi intuición aquí es que el estado que describimos como “estar en negación” –un intento inconsciente de protegerse de una experiencia o pensamiento traumático negándose a reconocer su realidad, un mecanismo que Freud llamó *renegación*– genera una demanda por la mercancía que los “negadores” conscientes proveen. La existencia de una expansión de la oferta debe, por tanto, hacer sospechar un crecimiento importante de la demanda. Esto implica que no es coincidencia el hecho de que una fracción considerable de las clases altas brasileñas recurriera a quienes echaban la culpa del conflicto social al “marxismo cultural” cuando los modestos logros de grupos históricamente marginados los obligaron a confrontar su lugar y su papel en una estructura social extremadamente desigual del país. Impactado al ver su reflejo en el espejo, Calibán prefirió creerles a los que decían que el espejo estaba roto. Asimismo, no es casualidad que el surgimiento de líderes que se niegan a reproducir incluso los mismos clichés deshonestos de siempre sobre el medioambiente se produzca precisamente después de décadas de fracaso por parte de los

gobiernos y los mercados a la hora de enfrentar el problema del calentamiento global. Puede ser cierto que sea más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo, pero es mucho menos costoso psicológicamente limitarse a ignorar esa realidad.

Como veremos con más detalle en el próximo capítulo, la racionalidad perversa de creer en narrativas irracionales como las conspiraciones antivacunas o las diatribas “antiglobalistas” es que estas no dejan de reconocer cuán grave es el estado general de las cosas, pero lo hacen ofreciendo el consuelo de fantasías que prometen soluciones relativamente simples. Con esto, pueden canalizar sentimientos antisistémicos, empezando con el sentimiento de que hay algo fundamentalmente mal en el mundo, en circunstancias en las que prácticamente nadie cree que el cambio sistémico sea realmente posible. Ahora bien, si no se pueden modificar las condiciones estructurales que crean una brecha cada vez mayor entre ricos y pobres, lo que les queda a los de abajo es disputarse migajas cada vez más pequeñas. Y es precisamente para esta situación que la realidad alternativa que la extrema derecha pone en lugar del contenido traumático renegado prepara a sus seguidores. Al situar la fuente de las diversas crisis contemporáneas en la apropiación indebida de recursos por parte de varios “otros” (países, etnias, religiones, culturas, géneros, sexualidades), y al enmarcar así el conflicto distributivo como una guerra contra estos, esta hace justificable la persecución a los más débiles y neutraliza de antemano la carga psicológica generada por los excesos que se puedan cometer o soportar. Se trata de una “*política conservadora de la reproducción antagónica*”,

en la buena formulación de Alberto Toscano, en un mundo en el que la reproducción social tiende a ser cada vez más antagónica.<sup>47</sup>

Con el negacionismo, por lo tanto, encontramos, en definitiva, el mayor y más irónico malentendido del que depende la extrema derecha: el hecho de que sella una alianza entre quienes se preparan para sobrevivir en condiciones cada vez peores y una élite que cada vez se siente más a gusto con la idea de que “ya no hay suficiente lugar en la Tierra para ellos y el resto de sus habitantes”.<sup>48</sup>

---

47 Alberto Toscano, “Notes on Late Fascism”, *Historical Materialism* (blog), 02/04/2017. [Resaltado en el original].

48 Bruno Latour, *Onde aterrizar? Como se orientar politicamente no Antropoceno*, Río de Janeiro, Bazar do Tempo, 2020, p. 10. [Ed. cast.: *Dónde aterrizar. Cómo orientarse en política*, Barcelona, Taurus, 2018].

## 2. El presente de una ilusión: ¿Estamos en negación con el negacionismo?

Si estás leyendo esto, probablemente es la segunda vez que estás viviendo una crisis de las que suceden cada cien años, y la primera todavía está fresca en tu memoria.

Para mí, la imagen final del colapso financiero de 2008 no fue la de los corredores de bolsa tomados por el pánico, ni la de los empleados de bancos de inversión saliendo de sus oficinas con sus pertenencias en cajas de cartón. Fue, más bien, la de Alan Greenspan, expresidente del Banco Central de EE. UU. y uno de los principales artífices de la desregulación que hizo posible la catástrofe de las *subprime*,<sup>1</sup> admitiendo ante el Congreso de EE. UU. que se había visto obligado a revisar uno de sus presupuestos fundamentales: que los agentes económicos nunca dejarían que su afán de lucro

---

1 Para aquellos cuyos recuerdos ya no estén tan frescos, las hipotecas de alto riesgo –préstamos hipotecarios de alto riesgo otorgados a personas con calificaciones crediticias bajas que se negociaron como parte de valores financieros y cuyo éxito entre los especuladores alimentó la burbuja inmobiliaria de EE. UU. durante la primera década del siglo– fueron el núcleo atómico desde el que la crisis de 2008 se irradió al resto de la economía mundial. Cuando el sector inmobiliario de EE. UU. se desplomó, haciendo imposible refinanciar los préstamos existentes y provocando una ola de deudas impagables, el valor de los títulos financieros respaldados por hipotecas se evaporó, abriendo un abismo bajo los pies de un mercado inundado.

hablara más alto que sus instintos de supervivencia. Golpeado en su propia lógica por la irracionalidad del mercado, despojado de sus pretensiones normativas por el desenlace descaradamente no meritocrático de la crisis, sin una nueva buena oferta que hacer a la gran mayoría de la gente, el neoliberalismo parecía sangrar legitimidad por todos lados. Como muchos en aquel momento, también pensé que difícilmente podría sobrevivir al shock. Una década y varios shocks más tarde, sin embargo, el neoliberalismo sigue ahí: tambaleándose, con los ojos vidriosos, repitiendo consignas mecánicamente, pero de pie.<sup>2</sup>

Al comienzo de la pandemia de COVID-19, hubo quienes se mostraron cautelosamente optimistas: el

---

2 La figura del zombi se ha vuelto tan omnipresente en la cultura y en el debate político pos-2008 que generó una pequeña industria de comentarios que intentan explicar su propia ubicuidad. Como sugirió uno de estos comentaristas, tal vez el éxito de los zombis no se deba tanto a que expresan temores inconscientes, sino a que ofrecen una idea de la existencia cotidiana de la mayoría de las personas. Véase Chuck Klosterman, “My Zombie, Myself: Why Modern Life Feels Rather Undead”, *The New York Times*, 03/12/2010. Véase también: Chris Harman, *Zombie Capitalism: Global Crisis and the Relevance of Marx*. Chicago, Haymarket, 2009; “Life in Limbo?”. *Turbulence: ideas for movement*, ed. 5, 2009, pp. 3-7; Jamie Peck, “Zombie Neoliberalism and the Ambidextrous state”, *Theoretical Criminology*, v. 13, n° 1, 2010, pp. 104-110; Colin Crouch, *The Strange Non-Death of Neoliberalism*, Cambridge, Polity, 2011; Evan Calder Williams, *Combined and Uneven Apocalypse: Luciferian Marxism*, Winchester/Washington, Zero Books, 2011; Mark Fisher, “How to kill a zombie: strategizing the end of neoliberalism”, *OpenDemocracy*, 18/07/2013 [Ed. cast.: “Cómo matar a un zombi. Estrategias para terminar con el neoliberalismo”, en *K-Punk-Volumen 2. Escritos reunidos e inéditos* (Música y política), Buenos Aires: Caja Negra, 2020.; y, más recientemente, Stephanie Borges, “Nosso apocalipse zumbi”, *Serrote em Quarentena*, San Pablo, Instituto Moreira Salles, 2020; Paul Krugman, *Arguing with Zombies: Economics, Politics, and the Fight for a Better Future*, Nueva York, WW Norton, 2021.



suceso de una segunda gran crisis mundial en poco más de una década significaba que la posibilidad de un cambio real estaba nuevamente en el mapa. Había razones plausibles para pensar así. Según esta línea de razonamiento, la pandemia pondría de relieve los riesgos de las largas cadenas logísticas del capitalismo global, la importancia de los servicios públicos y las innumerables interdependencias entre personas y Estados, al tiempo que también destacaría el valor de la cooperación. El virus aportaría un golpe de realidad a un debate público cada vez más contaminado por teorías conspirativas y fantasías anticientíficas. Finalmente, la recesión económica provocada por la pandemia visibilizaría aún más la creciente desigualdad y los problemas no resueltos desde la Gran Recesión de 2008, creando condiciones similares a las que dieron lugar a la Primavera Árabe y a movimientos como el 15M y Occupy Wall Street.

Ciertamente, en los primeros meses de la pandemia, se suspendieron temporalmente algunos dogmas, y los gobiernos de todo el mundo adoptaron medidas que habrían sido anatemas apenas un mes antes: acciones como la expansión fiscal, fuerte inversión en salud pública, suspensión de desalojos y del cobro de alquileres, así como intervenciones para asegurar salarios y empleos. Incluso Jair Bolsonaro, que fue electo por su defensa de un programa económico ultraliberal, cedió a las presiones y sancionó ayudas de emergencia (*auxílio emergencial*) para los más vulnerables elaboradas por el Congreso. Desde el comienzo, sin embargo, estas medidas fueron acompañadas de la advertencia de que se reforzaría la austeridad

cuando las cosas volvieran a la normalidad. Es más, fueron ampliamente compensadas por una política que sigue el manual de 2008, al asegurar, sobre todo, el bienestar de las grandes corporaciones y de las instituciones financieras.<sup>3</sup> En general, los gobiernos continuaban minimizando la magnitud de lo que estaba sucediendo y el tiempo necesario para que la situación “volviera a la normalidad”, deseosos de evitar un debate real acerca de todo lo que tendría que cambiar para que las personas estuviesen realmente protegidas y sus medios de subsistencia, garantizados.

Por supuesto, también podrían haber surgido grandes movimientos para exigir una solución diferente. Cabe señalar, sin embargo, que las expectativas de que el virus eliminara las *fake news* resultaron ser infundadas. Todo lo contrario: las pruebas que muchos creían irrefutables parecen haber servido solo para reforzar algunas convicciones irracionales entre la extrema derecha. La brecha entre la realidad y la fantasía parece haberse ensanchado a tal punto que presidentes de países como Brasil y Estados Unidos, a pesar de protagonizar fracasos mundiales en la lucha contra la pandemia, mantuvieron buena parte de su popularidad, aun cuando movilizaron a su base social contra las medidas de protección, las instituciones científicas y los propios trabajadores de la salud. Para los seguidores de Trump, sus méritos eran tan evidentes que un fraude que habría involucrado a todo el *establishment* estadounidense

---

3 Para un análisis detallado (y desesperante) del paquete de rescate estadounidense, véase Robert Brenner, “Escalating Plunder”, *New Left Review*, ed. 123, mayo-junio de 2020.

–incluso parte del Partido Republicano– fue la única explicación posible a su derrota electoral. En Brasil, si bien la derrota en su particular “guerra de las vacunas” tuvo un costo político para Bolsonaro, no hay que olvidar que hubo un momento de 2020 en el que no solo recuperó el apoyo que había perdido en los primeros meses de la pandemia, sino que también ganó *más popularidad* de la que había tenido desde el comienzo de su mandato. Esa elasticidad que le permitió recuperar su piso de apoyo del 30%, incluso después de algunas conmociones que bastarían para destruir la carrera de otros políticos, es, de hecho, lo que requiere una mayor explicación.

## Limitar y castigar

Si algo deberíamos haber aprendido de la última década es que los factores objetivos sólidos no se traducen automáticamente en movimientos sociales vigorosos, y mucho menos en el descubrimiento espontáneo de la “línea correcta” por parte de las masas. Si bien es difícil imaginar que no haya grandes explosiones sociales en los próximos años, no hay razón para creer que asumirán formas fácilmente reconocibles para la izquierda, o que no terminarán siendo instrumentalizadas por la extrema derecha.

En este punto es cuando la conversación empieza a girar en torno a las *fake news*, a las que hoy se culpa de la manipulación de la opinión pública, anteriormente atribuida a la televisión y a la industria cultural. Y es cierto que parte

de la sorprendente resiliencia demostrada por Trump, Bolsonaro y otros durante sus gobiernos –hasta hoy– deriva de su capacidad para difundir sus propias versiones de los hechos a través de una infraestructura informativa mucho más eficiente que aquella con la que cuentan sus oponentes. Pero el camino que me gustaría tomar aquí es otro. Consiste en relacionar el misterio de estas dos resiliencias –la del discurso de la extrema derecha y la que evidencia el neoliberalismo desde 2008– no solo para mostrar cómo estas se comunican y se retroalimentan, sino también para señalar qué hay detrás de las *fake news* y qué constituye el terreno en el que prosperan.

En pocas palabras: si la extrema derecha, recurriendo a la desinformación o a cualquier otro subterfugio, ha conseguido movilizar las pasiones antisistema de millones de personas que se sienten desamparadas y rezagadas es porque esos sentimientos existen. Es decir, el mensaje de la extrema derecha solo es convincente porque un gran número de personas creen, de hecho, que hay algo profundamente erróneo en el sistema político y económico actual. Combatir este mensaje no se limita, por lo tanto, a combatir las mentiras en las que está envuelto, sino que, en definitiva, requiere echar luz sobre las cuestiones que están en la raíz de estos sentimientos. Pero esto no sucederá mientras sigamos negando la existencia de estas cuestiones.

Comencemos por el primer misterio. Quienes creían que la crisis de 2008 traería inevitablemente cambios radicales subestimaron dos factores. Primero, no hemos previsto hasta qué punto

nuestros sistemas políticos se acostumbrarían a operar con poca legitimidad. En ausencia de competencia o de cualquier amenaza realmente seria a su poder, las élites políticas y económicas parecen tener una confianza infinita en su capacidad para mantener las cosas como están, independientemente de que cuenten o no con la confianza de la mayoría de la población. A ello contribuyen las reformas institucionales que apuntan a sustraer cada vez más áreas, especialmente la gestión fiscal y monetaria, de cualquier tipo de control democrático: el diseño de la eurozona, por ejemplo, cuya falta de capacidad de respuesta quedó demostrada con la crisis griega de 2015, o, en Brasil, el techo de gastos y la autonomía del Banco Central.

El segundo factor es la fuerza inercial que producen los mecanismos disciplinarios propios del neoliberalismo: inestabilidad laboral, reducción de la red de protección social, relación de dependencia encubierta [*pejotização*], endeudamiento privado, etc. Estos mecanismos ciertamente se han vuelto más draconianos en tiempos de austeridad y uberización. Pero el neoliberalismo siempre ha tenido una dimensión de penalización o castigo, que se manifiesta en su íntima conexión con las situaciones de crisis, famosamente resumida por Naomi Klein en la expresión “doctrina del shock”. La crisis es el mayor dispositivo disciplinario del neoliberalismo: cada vez que se desata una, este no solo la utiliza para acentuar la coerción económica a la que se somete a las personas, sino que lo hace reactivando el mito fundacional con el que narró su ascenso en las décadas de 1970 y 1980 –la de ser la cura racional y tecnocrática

para los excesos de un período anterior, lo que la exime de cualquier debate y la convierte en la única alternativa posible—. Hoy poco importa que los excesos y las crisis sean producidos por el propio neoliberalismo: ya no vivimos en una crisis de gestión, sino en la era de la gestión por medio de las crisis.

Si el neoliberalismo actual parece asumir características cada vez más “punitivas”, como ha observado Will Davies,<sup>4</sup> es porque los llamados a que nos ajustemos el cinturón ya no van acompañados más que de una pálida perspectiva de que algún día estos se podrán aflojar nuevamente. Si en otros tiempos el sacrificio se presentaba como una forma de mejorar la vida, ahora aparece cada vez más como un fin en sí mismo: el puro imperativo de adaptarse a un horizonte de expectativas cada vez más bajas. Este aspecto llegó a su paroxismo con la pandemia, cuando el discurso oficial, en lugares como Brasil y Estados Unidos, comenzó a expresar literalmente que la gente tendría que elegir entre la economía y la vida.

Que esto fuera políticamente posible, que no haya destruido las carreras de líderes como Bolsonaro y Trump, es una muestra de cuánto nos hemos acostumbrado a la caída de las expectativas. Cuando Foucault denominó al liberalismo como el “marco general de la biopolítica”,<sup>5</sup> lo que estaba diciendo es que la gestión estatal de los procesos relacionados con la vida de la población se basa en un

---

4 Will Davies, “The New Neoliberalism”, *New Left Review*, ed. 101, septiembre-octubre de 2016, pp. 121-134.

5 Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 40.

cálculo de costo-beneficio (el mayor efecto al menor costo) y el mercado es la última instancia para juzgar su éxito o su fracaso. Pero lo que no notó en ese momento es que existe una asimetría entre los dos términos: mientras que “mayor beneficio” es vago y no tiene un umbral definido, “menor costo” sí lo tiene, y es cero. Lo que ha hecho el neoliberalismo a lo largo de cuatro décadas es medir cada vez más el “mayor beneficio” por su proximidad al “costo cero”. El resultado fue que la mejor intervención pública terminó siendo, por definición, la que no cuesta nada, es decir, ninguna intervención. Al eximirse, en la medida de lo posible, del deber de intervenir para proteger la vida, Trump, Bolsonaro, Boris Johnson y otros pusieron a prueba hasta qué punto esta lógica ya se ha naturalizado; el resultado es sombrío.<sup>6</sup> Nada es más simbólico en esta transformación que la forma en que la expresión “inmunidad de rebaño” cambió de sentido: históricamente entendida como la inmunización lograda al final de un esfuerzo de vacunación (público), empezó a invocarse durante la pandemia principalmente por parte de quienes la entienden como la protección que resulta de dejar que una enfermedad haga su daño libremente dentro de una población.

---

6 Sombrío no solo porque demuestra que muchos ya han interiorizado la idea de que el gobierno puede dejar morir a la población si el costo de intervenir es demasiado alto, sino también porque naturaliza las experiencias futuras y genera una insensibilidad frente a estas. Como hemos visto con la pandemia, países como Brasil pueden vivir fácilmente con miles de muertes diarias. Pero, como especuló Ulrich Beck hace décadas, quizás las generaciones futuras ya estén acostumbradas a las pandemias a tal punto que podrán vivir normalmente con ellas. Véase Ulrich Beck, *Sociedade de risco: rumo a uma outra modernidade* [1986], San Pablo, Editora 34, 2010, p. 102. [Ed. cast.: *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós, 1998].

## Una revuelta conformista

Una de las razones por las que los índices de aprobación de Bolsonaro aumentaron durante la pandemia, a pesar de que perdió una parte de sus seguidores entre el sector más rico de la población, fue sin duda el programa de ayuda de emergencia (*auxílio emergencial*) al que inicialmente se opuso.<sup>7</sup> Sin embargo, otra razón fue que, para muchxs votantes pobres que llegaron a aprobar su gobierno, decir que tenían que elegir entre la vida y la economía *correspondía objetivamente a la verdad*. Dado que la desigualdad hizo de la cuarentena un lujo insostenible para ellos, plantear el tema como una opción entre morir potencialmente de COVID-19 o morir potencialmente de hambre demostró que Bolsonaro entendía su realidad mejor que los hipócritas que les decían que se quedaran en casa cuando su única opción era salir a trabajar.

La triste realidad es que, en casos como este, la historia contada por la extrema derecha tiene, en realidad, *más sentido* para un gran número de personas que cualquier cosa que pueda decir la

---

7 Sin embargo, se debe tener cuidado de no hacer de esta la única causa, ni de asumir que todo el crecimiento se dio entre los beneficiarios directos del programa. Véase Afonso Benites y Felipe Betim, “Jairo Nicolau: ‘Bolsonaro es un líder inequívoco. Es un Lula de derecha’”, *El País Brasil*, 27/09/2020. También hay que tener cuidado de no patologizar ni condenar moralmente este fenómeno, que parte de la izquierda, de forma tristemente sintomática, interpreta como signo de un déficit de ciudadanía que hace que los más pobres “voten por quien les da dinero”. El error aquí es doble: confundir aprobación con intención de voto; y tratar como aberrante un comportamiento que no solo es perfectamente racional (una respuesta positiva a una medida de impacto positivo), sino que también reacciona a una política que debe ser apoyada independientemente de cual sea el gobierno.



izquierda. Esto se debe a que la historia que cuenta la extrema derecha coincide más con el mundo que la mayoría de la gente conoce en su vida cotidiana; esta resuena con su experiencia vivida. Para muchas personas, escuchar que la vida se reduce a una serie de decisiones difíciles en una lucha a muerte por los escasos recursos no parece descabellado. Más aún, esta narrativa resuena con el efecto disciplinario que realmente tiene su experiencia vivida: el sentimiento profundamente arraigado de que ese es el límite de lo posible y que no hay forma de cambiar los hechos fundamentales que definen el modo en que vivimos.

Porque esa es la gran ironía y la gran paradoja de la política de extrema derecha: lo que propone es una forma de revuelta extremadamente conformista. Si bien se presenta como una oposición a las élites –entendidas en términos culturales y políticos, no económicos, lo que explica cómo un multimillonario puede lanzarse como adalid del hombre común en Estados Unidos–, el futuro que proyecta la extrema derecha se ve muy parecido al presente. En cuanto a la estructura social, su concepción del mundo está perfectamente resignada al *statu quo*. Lo que la extrema derecha ofrece es, en definitiva, una política antisistema para la gente que no cree que el sistema realmente pueda cambiar: todo sigue básicamente igual, solo que se generan ganancias supuestamente mayores para quienes hoy se sienten marginados.

Creo que esto revela una dimensión de nuestra situación actual que aún necesita ser analizada adecuadamente. Podemos llamarlo “negacionismo”, pero lo que pretendo señalar es

un fenómeno más amplio de lo que suele entenderse bajo ese nombre. Por supuesto, la negación del Holocausto sigue muy presente en los círculos de extrema derecha, así como el negacionismo climático, cuyos métodos ciertamente inspiraron las técnicas de desinformación de figuras como Bolsonaro y Trump. Estudiosos del negacionismo desde larga data, como Déborah Danowski, llevan tiempo observando estas conexiones.<sup>8</sup> Pero lo que tengo en mente aquí no son solo las mentiras y falacias de aquellos que describimos como “negacionistas”, sino sobre todo la relación que existe entre estas falsedades y la audiencia que cultivan. Más precisamente, me interesa pensar en la demanda que vienen a satisfacer.

## Huir sin moverse del sitio

No hay duda de que el gran volumen de desinformación que existe hoy en día es un factor importante. Son ecosistemas completos de fuentes que se refuerzan mutuamente, diseñados para interferir con nuestra capacidad de formar creencias saludables, y los algoritmos de nuestras plataformas digitales más populares nos empujan constantemente a estos mundos paralelos. (Una cosa de la que nos tomó un tiempo darnos cuenta sobre Internet es que la creencia, al ser un fenómeno necesariamente social –un sistema de crédito, como señaló William James–, también tiene una

---

<sup>8</sup> Véase, por ejemplo, Déborah Danowski, *Negacionismos*, San Pablo, n-1 edições, 2018.

naturaleza estadística. Una vez que el volumen de desinformación disponible supera un cierto umbral numérico, es muy difícil que el sistema se recupere). Pero el propio procesamiento de la información está limitado por una serie de sesgos cognitivos que responden, a su vez, a necesidades inconscientes. La pregunta que deberíamos hacernos, por lo tanto, es: ¿Qué necesidades satisfacen las narrativas de extrema derecha?

Podemos empezar señalando que la “negación” se refiere, sin duda, a dos realidades distintas. Cuando llamamos “negacionista” a un miembro del *lobby* del petróleo o del tabaco, por lo general, queremos decir que esa persona sabe que lo que está negando es real; en otras palabras, que está mintiendo conscientemente. En cambio, cuando decimos que alguien está “en negación”, entendemos que esa persona se está protegiendo inconscientemente de una experiencia o de un pensamiento traumático –exactamente lo que Freud llamó *Verleugnung* y que generalmente se traduce por “renegación”–. Esta distinción sugiere de inmediato una posible relación entre los dos tipos de negación: la negación inconsciente crea la demanda que será satisfecha por la negación consciente provista por los “mercaderes de la duda”<sup>9</sup> profesionales. ¿No sería apropiado, entonces, considerar la posibilidad de que la renegación del estado de cosas en el que vivimos sea un componente importante del espíritu de nuestro tiempo, una renegación que las mentiras de la

---

9 Véase Naomi Oreskes y Eric Conway, *Mercaderes de la duda, Cómo un puñado de científicos ocultaron la verdad sobre el calentamiento global*, Madrid, Capitán Swing, 2018.

extrema derecha son extremadamente efectivas para apaciguar?

Es cierto que el presente que pinta la extrema derecha está lejos de ser color de rosa. Al contrario: su narrativa es la de un conflicto civilizatorio que se acerca rápidamente a su hora decisiva y en el que el fantástico heroísmo de un supuesto “espíritu de las cruzadas” se renueva para enfrentar enemigos tales como inmigrantes, negros y mujeres al mando de sus propias vidas. Lo notable de esta narrativa, no obstante, es el modo en que transforma las amenazas reales que vemos crecer en el horizonte en versiones distorsionadas de sí mismas, como reflejos en una casa de espejos. Por lo tanto, el problema con la democracia no es que las élites políticas de todo el mundo estén totalmente comprometidas con los intereses de las corporaciones y los mercados financieros, sino una conspiración secreta de multimillonarios pedófilos que planean instituir un gobierno mundial.<sup>10</sup> El problema con la economía no es que la acumulación de capital se ha disociado tanto de la producción que los muy ricos se han vuelto relativamente indiferentes a las vicisitudes de la

---

10 Este es, en pocas palabras, el mito fundador de la teoría de la secta/conspiración QAnon, cuyos miembros, que participaron en el asalto al Capitolio a principios de enero de 2021, creían que estaban experimentando el Gran Despertar que su misterioso líder, una o más personas anónimas que publican bajo el seudónimo “Q” en los foros de Internet, había profetizado. El “Gran Despertar”, o “Tempestad”, sería el momento en que Trump revelaría esta gran conspiración mundial, arrestaría a sus líderes y sería reelecto a la presidencia por los militares. A medida que Trump incorporaba cada vez más los sentimientos de QAnon en su discurso, algunos republicanos expresaron aún más su adhesión al movimiento, con al menos una historia de éxito a nivel federal: la diputada Marjorie Taylor Greene, de Georgia.

economía real que amenazan al resto de la población, sino los privilegios indebidos que reciben los inmigrantes y las minorías. El problema con las pandemias globales no es la urbanización descontrolada o la producción industrial de alimentos de baja calidad, sino un complot chino para detener la economía. Y finalmente, el problema con el medioambiente no es el cambio climático, sino la instrumentalización de la ciencia por parte de una agenda política determinada a cambiar nuestros estilos de vida e impedir el crecimiento.

Louis Althusser definió célebremente la ideología como la representación de “la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia”.<sup>11</sup> Si la realidad de nuestras condiciones de existencia se va volviendo cada vez más traumática, ¿no sería de esperarse que haya una fuga cada vez más intensa de estas condiciones hacia lo imaginario? La verdad detrás del violento cuadro que pinta la extrema derecha es que vivimos en una era de expectativas decrecientes, en la que la experiencia cotidiana está cada vez más teñida por la sensación generalizada de que, si todo sigue como está, lo que depara el futuro son condiciones de reproducción social cada vez peores para un número cada vez mayor de personas. Menos empleo, menos ingresos, menos acceso a bienes y servicios básicos; más riesgos y menos protección. Cambio climático, estancamiento económico, precariedad, falta de control democrático sobre las instituciones, pandemias, sobrecarga de información, riesgos cada vez más

---

11 Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Medellín, La Oveja Negra, 1974, p. 57.

omnipresentes e impredecibles: este es el ruido de fondo constante de nuestras vidas hoy, los movimientos furtivos que percibimos en los límites de nuestro campo de visión. La extrema derecha dialoga con este terror atmosférico, reconociendo que, sí, estamos ante un abismo, al mismo tiempo que fabula un abismo imaginario menos traumático que el realmente existente, dado que sus causas y las soluciones que exigen son, aunque dolorosas, comparativamente simples.

Considerando que las mentiras de la extrema derecha responden a esta ansiedad difusa, es entendible que muchos las consideren más verosímiles que cualquier tentativa de convencerlos de que las cosas, en general, están mejorando y que solo estamos atravesando un mal momento que en breve dejaremos atrás. Pero estas van más allá. Al generar una identificación con líderes que exponen constantemente las mentiras de la izquierda y la hipocresía de la corrección política (*owning the libs*,<sup>12</sup> en el lenguaje de internet), ofrecen evidentes recompensas psicológicas: pertenencia, sentimiento de reconocimiento y “la idea y la *performance* de ganar, de dominación abierta, en un contexto de caída de los ingresos familiares, de miedo al desempleo, de amenaza de quedarse sin hogar y de probabilidad cada vez mayor de una muerte temprana y dolorosa a causa de las muchas toxicidades del capitalismo”.<sup>13</sup> Por

---

12 *Owning the libs*, jerga peyorativa para nombrar y provocar a los liberales. [N. de la T.]

13 Ruth Wilson Gilmore, “Terror Austerity Gender Excess Theater”, en Robert Gooding-Williams (ed.), *Reading Rodney King / Reading Urban Uprising*, Nueva York, Routledge, 1993, p. 27.

otro lado, al identificar la apropiación indebida de recursos por parte de diversos “otros” (países, etnias, religiones, culturas) como la fuente del problema, y la lucha para evitar que estos “otros” accedan a tales recursos como la solución, la extrema derecha cuenta una historia que encaja perfectamente en un mundo donde crece la desigualdad, disminuyen los recursos y los que se encuentran en la base de la pirámide social se ven obligados a una lucha cada vez más encarnizada por migajas cada vez más escasas. Para aquellos que ya tienen la sensación de vivir al borde del estado de naturaleza, oír hablar de la inminencia de una guerra civil, por muy delirante que pueda parecer, quizás tenga algo de sentido: la idea no solo describe el mundo tal como lo viven estas personas, sino que también les da una cierta ventaja competitiva al legitimarlas para anticipar el ataque al “enemigo”, en general, un competidor directo en la batalla por la supervivencia. Como observó Theodor Adorno, en el fondo, poco importa si el ultraderechista realmente cree que el otro es el diablo, siempre que actúe de acuerdo con la creencia de que el otro debe ser derrotado cueste lo que cueste.<sup>14</sup>

Existe, entonces, un sentido en el que podemos decir que las fantasías de extrema derecha ofrecen, incluso en la forma distorsionada que las caracteriza, una respuesta razonable a la locura que estamos construyendo actualmente. En

---

14 Véase Theodor Adorno, “Teoria freudiana e o padrão da propaganda fascista” [1951], en *Ensaio sobre psicologia social e psicanálise*, San Pablo, Editora da Unesp, 2007, pp. 153-189. [Ed. cast: “La Teoría Freudiana y el modelo de la propaganda fascista” en *Escritos sociológicos I*, Madrid, Akal, 2004].

un mundo en el que la reproducción social tiende a volverse cada vez más antagónica, estas asumen la inevitabilidad de la lucha de todxs contra todxs. Reducir el atractivo de estas fantasías al mero efecto de las *fake news* es un intento de negar este hecho fundamental. Y, dado que el intento de evadir la verdad de nuestra condición actual es una dimensión afectiva decisiva de nuestro tiempo, no es de extrañar que incluso aquellos que quieren resistir a la locura creciente, y a una especie de política que busca acelerarla, terminen enredados en sus propias negaciones. También somos negacionistas; ¿respecto de qué otras cosas estaremos en negación?

## El peor ciego

Comencé este capítulo hablando de la resiliencia del neoliberalismo y llamando la atención sobre el hecho de que el mito de la espontaneidad todavía induce al engaño a mucha gente. Nadie niega, por supuesto, que las condiciones objetivas de existencia tengan un efecto sobre lo que la gente hace y piensa, o que los cambios repentinos, en estas condiciones, pueden alterar bruscamente los límites mismos de lo que es pensable y realizable en un momento dado. El problema es cuando creemos que, entre las diversas formas que pueden tomar estas transformaciones, serán *necesariamente* las que queremos que sucedan las que sucederán. Al convencernos de que el resultado que esperamos se producirá independientemente de cualquier esfuerzo por producirlo –o de nuestra



capacidad real para lograrlo—, esta idea cumple la evidente función compensatoria de ofrecernos una racionalización que minimice nuestra propia debilidad política y fragilidad organizativa, así como también responde al miedo de lo que podemos llegar a ser si nos organizamos mejor. Pero si poner todas las fichas en una revuelta democrática espontánea fue un arriesgado error hace una década, el error y los riesgos hoy son aún mayores, en un ambiente donde la extrema derecha es una fuerza real.

Literalmente, nada garantizaba que las revueltas antisistémicas que tienden a darse a lo largo de esta década no pudieran ser capturadas por la extrema derecha y acabaran reforzando el sistema contra el que se manifiestan. Volviendo a algo dicho más arriba: si la extrema derecha demuestra una enorme capacidad para ganar disputas narrativas como las que rodean a la pandemia de covid, al menos entre su audiencia cautiva, es porque cuenta con una infraestructura de información muy superior a la de sus oponentes; mientras no lo admitamos, estamos en negación. Y no se trata solo de las redes de WhatsApp o de los influencers digitales impulsados desde la propia presidencia, sino también de que estas narrativas llegan a través de personas de confianza, en la iglesia, en la radio, en el ámbito familiar, en la vida social, etc. Romper con esta redundancia informacional que la derecha es capaz de producir requiere, por lo tanto, no solo crear redes de comunicación más amplias y efectivas, sino también estar presentes de forma regular y fiable en la vida de las personas. Esto, a su vez, demanda organización.

Si podemos decir que la espontaneidad es la ilusión de los radicales, los liberales y los moderados –*liberals*, en el sentido estadounidense de la palabra– sufren a menudo de otro tipo de ilusión. Es una ilusión que consiste en establecer falsas simetrías entre extremos políticos e idealizar el consenso centrista que prevaleció desde la consolidación de la hegemonía neoliberal hasta 2008. En última instancia, esta actitud equivale a asumir que la gente ha perdido temporalmente la cabeza, pero que todo puede volver a ser como antes si los líderes “sensatos” estuvieran de vuelta al mando. Lo que esta postura ignora, o pretende ignorar, es que la distribución de la riqueza y la representación política se han desequilibrado tanto en las últimas décadas que cualquier intento de volver a ecualizarlas no puede dejar de parecer radical en comparación con lo que tenemos ahora; y que, en un tema como el medioambiente, hace rato que se acabó el tiempo para un enfoque gradual: a estas alturas del campeonato, ganar de a poco es lo mismo que perder. En la medida en que se sigue subestimando la magnitud de los desafíos que enfrentamos, y se contribuye así a mantener las condiciones que alimentan el crecimiento de la extrema derecha, esta ilusión es quizás la forma más peligrosa de renegación que existe en la actualidad.

### 3. Los trolls al poder

Hay quienes todavía se refieren a Jair Bolsonaro y al núcleo ideológico que lo rodea, como a Pilatos: con palabras como “polémico” y “controvertido”. El resistible ascenso y la caída del secretario especial de cultura Roberto Alvim indica, sin embargo, que incluso la clasificación más adecuada de “extrema derecha” tiene algo de inexacto. Desde sus técnicas de comunicación hasta las referencias como la obsesión por las Cruzadas y los gritos de “¡*Deus vult!*”, el principal modelo que inspira a los ideólogos bolsonaristas es la franja radical conocida en Estados Unidos como *alt-right* [derecha alternativa]. Constelación heterogénea de grupos y figuras públicas que trafican una mixtura poco saludable de supremacía blanca, misoginia y, sí, coqueteo con el nazismo, la *alt-right* se hizo conocida internacionalmente por su participación en la campaña presidencial de Donald Trump, en quien encontró más que un aliado, un vehículo para propagar sus ideas.<sup>1</sup>

Más allá de las creencias extremas, lo que distingue a la *alt-right* del conservadurismo *mainstream* es su dominio instintivo de la comunicación en tiempos de redes sociales, *clickbait* y la economía de la atención. Como tantos otros, esta se dio cuenta de las posibilidades

---

1 J. M. Berger, “Trump Is the Glue That Binds the Far Right”, *The Atlantic*, 10/29/2018.

que ofrece un ecosistema de información donde cualquiera puede publicar cualquier cosa a costo casi cero; donde las fuentes sospechosas son difíciles de distinguir de las confiables; donde la caza de clics privilegia los titulares sensacionalistas y, con frecuencia, falsos; en la que los algoritmos de búsqueda de interacción favorecen el contenido extremo; y en el que una interpretación pusilánime del deber periodístico de “escuchar los dos lados” contribuye a dar valor de verdad a relatos sin fundamento alguno en los hechos, transformando la mentira en “diferencias de opinión”. Pero fue la *alt-right* la que entendió primero, y mejor que la mayoría, las ventajas de tomar la posición de una de las figuras centrales de la cultura contemporánea: el *troll*.

## **Por la patria, por el *lulz***

Si bien la etimología del término es dudosa, el personaje es tan ubicuo y fácil de reconocer que la palabra ya ha migrado a la vida *offline*. El *troll* busca provocar reacciones fuertes y parece alimentarse de su propia capacidad para provocar el enfrentamiento y exponer a los demás al escarnio. Aunque hoy en día, es instrumentalizado con fines políticos y comerciales, en el origen del troleo como fenómeno cultural, se encuentra una ética que sitúa un humor iconoclasta y desbordado –*lulz*, en el lenguaje de internet– por encima de cualquier consideración de buen gusto, moral, utilidad política, o incluso el bienestar de los demás.

La disociación emocional característica de la vida *online* favorece esta desvinculación con los posibles efectos de la propia acción. En internet, incluso cuando no estamos interactuando de forma anónima, la mediación tecnológica nos desinhibe de actuar de maneras en que no actuaríamos normalmente y muchas veces nos hace olvidar que hay personas de carne y hueso del otro lado. Como una capa extra de disociación, lo que la investigadora Whitney Phillips ha llamado la “máscara de troleo” crea una barrera afectiva que le permite al troll minimizar las consecuencias de lo que hace y mantener la inocencia de sus intenciones, que no pretenden hacer ningún daño, sino que son “simplemente diversión”.<sup>2</sup>

Detrás de este mecanismo reside una asimetría que Phillips explica basándose en la teoría de juegos de Gregory Bateson.<sup>3</sup> Si un juego presupone el entendimiento tácito entre los participantes de que las acciones que allí ocurren deben ser interpretadas de forma lúdica y no literal, el troll es aquel que está consciente *en privado* de que está jugando, pero el éxito de su juego depende de que el otro lo tome en serio. No hay reciprocidad: no juega con, sino *a costa* del otro, para su diversión y la de un público capaz de comprender y apreciar el espectáculo. Por lo tanto, su comunicación es siempre doble. Aquello que otros trolls reconocen como una broma necesita ser

---

2 Whitney Phillips, *This Is Why We Can't Have Nice Things: Mapping the Relationship between Online Trolling and Mainstream Culture*, Cambridge/London, MIT Press, 2015.

3 Véase Gregory Bateson, “A Theory of Play and Fantasy”, *Steps to an ecology of mind*, Nueva York, Ballantine, 1972, pp. 177-193. [Ed. cast.: “Una teoría del juego y de la fantasía”, en *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires, Lohlé-Lumen, 1998].

tomado en serio por los *normies* (los “normales”, es decir, los no trolls); en cambio, cuanto más lejos logra el troll llevar la broma y confundir a los *normies*, más en serio lo tomarán sus pares.

Ahí está la clave para entender la estrategia del *alt-right* y, por extensión, del bolsonarismo. La doble comunicación, y el hecho de que sea el troll quien decida cuándo bromea y cuándo habla en serio, es la base de su técnica para introducir ideas “polémicas” y “controvertidas” en el debate público de forma irónica, humorística o con cierta distancia crítica, manteniendo siempre la duda sobre cuánto hay de broma y cuánto de verdad. Así, mientras la audiencia “interna” reconoce al orador como “uno de los suyos” y entiende el mensaje como serio, pero su vehiculación como una gran broma a costa de los *normies*, el agitador de extrema derecha está probando los límites del público “externo”, sin nunca dejar de tener una vía de escape. Si en algún momento siente que se ha pasado de la raya, siempre puede dar un paso atrás y decir que no lo entendieron, que fue una broma y volver las tornas, convirtiendo el episodio en un caso de persecución o de defensa de la libertad de expresión y un ataque a una cultura en la que “ya nadie sabe jugar”. Esto es lo que hacen los comediantes que han construido carreras como críticos de la “corrección política”; es también lo que hicieron reiteradamente los miembros del gobierno de Bolsonaro con sus (no tan) veladas amenazas de golpe de Estado.

A veces, el agitador será sorprendido haciendo tal provocación que no podrá retroceder; así sucedió con Roberto Alvim y con el norteamericano

Milo Yiannopoulos, por ejemplo.<sup>4</sup> En estos casos, el sujeto es expulsado del debate y rechazado por sus pares, porque, con su falta de habilidad, terminó revelando la mano de sus compañeros de juego. Sin embargo, de una forma u otra, habrá logrado lo que se proponía: el asentimiento de sus secuaces e introducir ideas extremistas en el *mainstream*. Por eso es que internet ha llamado a este tipo particular de troll con el nombre *edgelord*: aquel que usa la osadía provocadora (*edginess*) para correr el límite (*edge*) de lo que es aceptable. Si alguien duda de la efectividad de esta táctica, basta recordar cómo los entonces candidatos presidenciales Bolsonaro y Milei fueron durante años el troll favorito de programas de radio y televisión, y cuánto contribuyó la frase “solo estaba bromeando” a normalizar sus candidaturas.

## Vos trabajás para ellos

En este juego, la *alt-right* también sabe aprovechar la indignación de sus oponentes. En primer lugar, porque, en la economía de las redes sociales, la participación lo es todo, no importa si es buena o mala. Cada *trolleada* exitosa produce una ola de indignación que impulsa a miles de personas a dar a conocer el material “polémico” y su fuente, aumentando su circulación, visibilidad y viabilidad financiera o electoral. (Un antídoto para esto es comentar sin dar nombres y compartir solo en

---

<sup>4</sup> Véase Dorian Lynskey, “The Rise and Fall of Milo Yiannopoulos – How a Shallow Actor Played the Bad Guy for Money”, *The Guardian*, 21/02/2017.

privado). En segundo lugar, porque las reacciones indignadas pueden usarse para pintar una imagen aún más caricaturesca de sus oponentes: como tontos que cayeron en la trampa; como patrulladores, enemigos del libre pensamiento, elitistas; o incluso como moralistas sin sentido del humor y emocionalmente fuera de control. Así fue como la nueva extrema derecha logró explorar tanto el rechazo a la “corrección política” como los pánicos morales propios del conservadurismo tradicional y posicionarse como la voz de los deseos antisistémicos, al mismo tiempo que asociaba a la izquierda –que, a decir verdad, hizo muy poco para ayudarse a sí misma– al *establishment*, a una cultura *uncool* y anticuada, al control del pensamiento.

Cuando hubo una polémica en torno a la exposición *Queermuseu* en Porto Alegre en 2017, se llamó la atención sobre el hecho de que la extrema derecha había aprendido a utilizar a su favor la tendencia de las plataformas digitales para producir polarización (o *cismogénesis*, citando nuevamente a Bateson).<sup>5</sup> La pregunta que quedó en el aire fue: si ya se hacen provocaciones anticipando las reacciones contrarias, pero dejarlas sin respuesta tampoco es una opción, ¿cómo reaccionar? Una posibilidad que se me ocurría entonces era la operación artística que consiste en tomar conscientemente el mecanismo psicológico de la *sobreidentificación* para, en lugar de antagonizar directamente algo, tomarlo más literalmente que sus defensores, llevándolo así a sus últimas consecuencias y exponiendo lo que tiene de obsceno, indeseable y abyecto.

---

5 Vuelvo sobre este punto con más detalle en el capítulo 5.



## La *Gesamtkunstwerk* de Roberto Alvim

Un famoso ejemplo de esta técnica fue el movimiento artístico de la década de 1980 llamado NSK (*Neue Slowenische Kunst* o Nuevo Arte Esloveno), del cual el grupo de rock industrial Laibach fue el mayor exponente. En lugar de asumir la posición habitual para los críticos del régimen yugoslavo, el NSK performeaba una adhesión al Estado y a la idea de nación tan exagerada que exponía lo que había de problemático en ambos con mayor incomodidad que cualquier discurso disidente. Con el tiempo, la misma táctica se usaría contra las bondades liberales de “Occidente”. En la versión de Laibach de una canción de Queen, el aire marcial de la música daba a los tópicos bien intencionados de la letra (“una sola carne, una religión verdadera”) alarmantes connotaciones fascistas.

El uso de la sobreidentificación en Brasil hoy, por lo tanto, haría explícito lo que dicen los *edgelords* bolsonaristas solo entre líneas, rompiendo con la vaguedad de “es en serio / es broma” que es típica de su juego. El riesgo evidente es que haya tantos disparates circulando en el debate público que su caricatura no solo deje de causar repulsión, sino que termine consiguiendo adhesiones. En todo caso, esta discusión fue anticipada por el “polémico” video de Roberto Alvim.

Seamos precisos. El secretario de Cultura no cayó por “ser” nazi; es perfectamente probable que el nazismo sea para él una máscara como cualquier otra. Ni cayó por citar o inspirarse en el nazismo; otros miembros del gobierno lo hicieron y

salieron airosos.<sup>6</sup> Tampoco cayó porque lo agarraron; la cita era una *trolleada* y, como tal, pretendía provocar la risa de los amigos y despertar la furia de los adversarios. Alvim cayó porque le faltó el arte de sus compañeros de gobierno para poner a prueba los límites sin que se le fuera de las manos. En su afán por complacer a sus nuevos jefes, dobló tanto la apuesta que, como un *idiot savant*, terminó produciendo una obra maestra accidental de sobreidentificación: un discurso que reunió algunos de los elementos más siniestros del ideario bolsonarista y los comparó *explícitamente* –¡y en términos positivos!– con el nazismo. Pocas críticas al gobierno han sido hasta ahora tan devastadoras como esta.

Durante años, el juego del *edgelord* ha sido el caballo de Troya de la *alt-right* para penetrar en el debate público y librar lo que ven como una “guerra cultural”. Pero el juego no depende solo de la soberanía que el troll ejerce sobre su propio discurso, de su capacidad para operar en una zona de indistinción entre la seriedad y la broma. También depende de una clase política, de la prensa, de los operadores del mercado, etc., dispuestos a permitir o incluso a animar a los agitadores a seguir jugando. Tratar a Roberto Alvim como una “excepción”, un caso de “foro privado”, o incluso una evidencia de que el gobierno no sería extremista y de que las instituciones lo harían moderar,

---

6 Anna Virginia Balloussier, “Alvim é parte de um governo que flerta com ideias fascistas, diz pesquisador”, *Folha de S. Paulo*, 17/01/2020. El ejemplo viene de arriba, por supuesto: véase Rudolfo Lago, Edson Sardinha y Vanessa Lippelt, “Onze vezes em que o bolsonarismo flertou com o nazismo”, *Congresso em Foco*, 13/02/2022.

es pretender ignorar la naturaleza de aquello que lo sorprendieron haciendo y fingir que no hay muchos otros jugando todos los días al mismo juego en las redes, en los medios y en el discurso oficial. También es normalizar el hecho de que, además de la “exageración” de las referencias cifradas al nazismo, el contenido de su discurso y el dirigismo de su Premio Nacional de las Artes son suficientes para demostrar que *la extrema derecha avanza*. Sería bueno que quienes hacen esto en nombre de las reformas, la economía, el arribismo o la conveniencia política tengan muy claro que están contribuyendo a que el extremismo esté cada vez más en el centro de la escena. En cualquier momento puede ser demasiado tarde para poner las barbas en remojo.

## 4. Pequeños fascismos, grandes negocios: el bolsonarismo como emprendedorismo

Tomó más tiempo de lo que muchxs esperaban, pero el cóctel de ineptitud, negligencia, erosión institucional y corrupción generalizada finalmente ha tenido un impacto sobre la base de apoyo de Jair Bolsonaro a principios de la segunda mitad de su mandato. A pesar de haber perdido cerca del 30% de apoyo, que se había mantenido sin cambios desde los primeros meses de gobierno –e incluso oscilando positivamente en los peores momentos de la pandemia del COVID-19–, algunas cosas siguieron igual. Entre ellas, la lealtad de los votantes mayores, los más ricos y los que se declaraban empresarios.

No sorprende que el empresariado haya seguido siendo bolsonarista, ya que este fue el único sector con el que el gobierno mostró cierto cuidado durante la pandemia. En medio del torrente de desinformación que salía directamente de la oficina presidencial, uno de los pocos mensajes constantes era que no había mayor preocupación que la economía y que todo lo demás estaba subordinado a ella. No es que esto se haya traducido en incentivos para las empresas o en fuertes medidas para proteger los puestos de trabajo. El apoyo de Bolsonaro a los emprendedores se expresó de manera esencialmente simbólica, pero no por ello ineficaz. Ocurrió en el sabotaje permanente de las

medidas restrictivas de estados y municipios; en las críticas al cierre del comercio y en los guiños a los movimientos organizados por empresarios para exigir que sus negocios siguieran funcionando; y, sobre todo, en la afirmación reiterada de que no quedaba más que seguir trabajando con normalidad mientras se acumulaban los muertos.

Sin embargo, la relación entre bolsonarismo y emprendedorismo no termina ahí. Sería precipitado entender que la popularidad de Bolsonaro entre los empresarios y los ricos es esencialmente una misma cosa. A pesar de la pérdida de apoyo entre las clases bajas, sigue existiendo tanto un bolsonarismo de clase alta como un bolsonarismo popular, precisamente porque el bolsonarismo es un fenómeno interclasista.<sup>1</sup> Como ya se dijo en el capítulo 1, para que esta alianza entre clases sea posible, fue necesario que algunas imágenes y palabras produjeran una identificación entre sectores muy distintos de la sociedad. Así como “*mamata*” (que construye un enemigo que va desde la “vieja política” hasta las cuotas de plazas universitarias reservadas a estudiantes negrxs, indígenas y provenientes de las escuelas públicas) y “ciudadano de bien” (que tiene distintos significados para diferentes personas), “emprendedor” era uno de estos signos. Al fin y al cabo, es un término que no solo abarca realidades muy diferentes –desde el ejecutivo hasta el trabajador informal, desde el dueño de una cadena de tiendas hasta el pequeño comerciante–, sino que, al representar

---

1 Sobre el bolsonarismo popular, véase Matthew A. Richmond, “Understanding ‘Bolsonarismo popular’”, *The Sociological Review*, 27/10/2018

un objeto de aspiración, puede referirse tanto a la realidad como a un deseo. En un mundo donde se insta constantemente a las personas a admirar a los empresarios y a ver las cosas desde su punto de vista, no sorprende que un candidato que se presentó como defensor de los emprendedores pudiera atraer a ricos y pobres al mismo tiempo.

Pero el papel de operador ideológico en una alianza entre diferentes clases tampoco lo dice todo sobre el papel del emprendedorismo en la política actual. Es necesario entender el bolsonarismo no solo como favorable a los emprendedores, sino como un fenómeno emprendedorista en sí mismo. Desde el giro que convirtió al progresismo difuso de 2013 en protestas a favor del *impeachment* de 2015, “ser de derecha” (y, gradualmente, de *extrema* derecha) se ha convertido en una elección profesional para varias personas. Este “emprendedorismo político” desempeñó un papel clave en la construcción de la ola que llevó a Bolsonaro a la presidencia y, evidentemente, alcanzó otro nivel con la toma del poder.

## **El triunfo de la voluntad**

La ideología del emprendedorismo imperante en las últimas décadas tiene diversas fuentes, que van desde el neoschumpeterianismo del teórico de la gestión Peter Drucker hasta la generalización de “emprender” como prácticamente sinónimo de acción humana por parte de la escuela austríaca de Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek. En países como Brasil, su difusión desde

los años 1980 se debió principalmente a cuatro factores. Los dos principales fueron, por supuesto, el dominio absoluto de las ideas neoliberales en el debate público y las políticas inspiradas en estas ideas, que favorecieron al mercado como mecanismo de asignación de recursos en detrimento de los derechos sociales y los servicios públicos, aumentando la coerción económica sobre las personas e intensificando la lógica de “matar o morir”. Pero también pesó mucho la creciente penetración de las iglesias evangélicas que predicaban la llamada “teología de la prosperidad” y el *boom* de la industria de la autoayuda y el *coaching*. Esta última, una especie de uróboros del emprendedorismo –en el que la constante demanda de autooptimización para el mercado se transforma en una oportunidad de negocio–, consiste en la curiosa actividad económica en la que individuos cuyo único negocio es ellos mismos enseñan a otros individuos sus secretos para triunfar en los negocios.

Como vimos en el primer capítulo, los gobiernos de izquierda que prosperaron en Latinoamérica a principios de este siglo no representaron un momento de reflujo en la ideología del emprendedorismo, sino todo lo contrario. Como señala Verónica Gago, en gran medida lo movilizaron y, en cierto sentido, lo “democratizaron”. Durante este período, las condiciones económicas favorables y la apuesta por las políticas distributivas y el mercado de consumo interno crearon las bases para un “emprendedorismo popular” que funcionó como fuente de dinamización económica y ascenso social. Con ello, el progresismo contribuyó a

la consolidación de un “neoliberalismo desde abajo”: una condición en la que las clases populares, cada vez más acostumbradas a la privatización de los riesgos y a los discursos de legitimación del orden económico promovidos por el neoliberalismo, interiorizan la lógica del “emprendedor de sí mismo” y pasan a concebir sus propias estrategias de vida en estos términos.

Incluso en condiciones normales, el mercado siempre produce muchos más perdedores que ganadores. Por cierto, la ficción de que sería un espacio en el que los individuos florecen exclusivamente por sus méritos suele servir para ocultar todas las ventajas de las que en realidad dependen los ganadores (riqueza intergeneracional, buenas conexiones, acceso privilegiado al poder político, etc.). Pero el poder de la ideología del emprendedorismo proviene, en gran medida, del hecho de que la imposibilidad de realizarla refuerza la identificación con ella misma, en lugar de debilitarla. Cuando se cree que el éxito depende exclusivamente del esfuerzo individual, el fracaso no se vive como una señal de que los datos están sesgados, sino como culpa, vergüenza y un llamado a trabajar aún más. El éxito y la figura misma del emprendedor se convierten así en objetos de lo que la recientemente fallecida teórica estadounidense Lauren Berlant denominó “optimismo cruel”: el apego a una promesa de felicidad que no solo no llega a materializarse, sino que nos impide obtener la felicidad, y a la que volvemos una y otra vez con la esperanza de que “esta vez será diferente”.

Acumulada durante décadas, esta repetición produce tanto solidaridad negativa (el sentimiento



de que “si yo tengo que pasar por esto, todos los demás también”) como resentimiento (el odio que surge de la experiencia de no obtener lo que se imagina que se merece). Gran parte del material con el que Donald Trump y otros líderes de extrema derecha tuvieron que trabajar en Estados Unidos y Europa proviene de ahí. Pero el resentimiento también puede producirse en un período de tiempo mucho menor, si se produce un achatamiento repentino del horizonte futuro, así como ocurrió en Brasil. Sin duda, no fue solo la omnipresencia y el perverso atractivo de la ideología del emprendedorismo lo que sedujo a personas de muy diversa procedencia en las elecciones de 2018. La crisis económica iniciada en 2014 frustró las expectativas tanto en la parte superior de la pirámide social como en su base, mientras que el estallido de un gran escándalo de corrupción ofreció una explicación causal simple y un objetivo fácil para el resentimiento: la culpa la tenía la “vieja política” y el “saqueo del PT”. Como los años de saqueo del PT también habían sido ventajosos para ciertos grupos sociales, el odio podía extenderse al portero que había logrado viajar a Nueva York, a la hija de la empleada doméstica que había ingresado a la universidad pública, a lxs indígenas cuyas tierras habían sido reconocidas, a las personas LGBTQIA+ que obtuvieron amparos legales o a artistas que organizaron eventos con apoyo de la Ley Rouanet.

El súbito resentimiento provocado por la crisis podía así comunicarse con un resentimiento que se había ido acumulando progresivamente durante la década anterior, y quizás incluso antes.

A diferencia del primero, común a ricos y pobres, el segundo estaba más concentrado en un estrato social específico: la baja alta clase media.

## **La baja alta clase media**

Cuando Trump ganó las elecciones de 2016, la sorpresa se atribuyó casi en su totalidad a la mítica “clase trabajadora blanca” de las regiones desindustrializadas durante décadas de globalización neoliberal. Por mucho que este segmento social pueda realmente haber definido el resultado de la votación en sus distritos, este análisis confundió anécdota y hecho al ignorar que solo el 25% de los votantes de Trump coincidían con el perfil de una persona blanca, sin título universitario y con ingresos por familia debajo de la media nacional, o al no tener en cuenta que muchos votantes pobres con relación a la media nacional eran relativamente acomodados en comparación con las áreas donde vivían (“nacionalmente pobres pero localmente ricos”).<sup>2</sup> Asimismo, en Brasil, mientras la izquierda se enfocaba en los millonarios que apoyaban al gobierno, y la derecha intentaba presentarse como la verdadera voz del pueblo, quizás deberíamos haber identificado al núcleo del bolsonarismo con un estrato que, aprovechando la expresión de George Orwell

---

<sup>2</sup> Véase Nicholas Carnes y Noam Lupu, “It’s Time to Bust the Myth: Most Trump Voters Were Not Working Class”, *The Washington Post*, 5/06/2017; Thomas Ogorzalek, Luisa Godinez Puig y Spencer Piston, “White Trump Voters Are Richer Than They Appear”, *The Washington Post*, 13/11/2019.

en *El camino de Wigan Pier*, podríamos llamar “baja alta clase media”.

En el Brasil actual, muy diferente a la Inglaterra eduardiana en la que creció Orwell, lo que designaría esta etiqueta es un estrato de personas con una condición atenuada, pero constantemente acechada por el fantasma de la movilidad social negativa. Aunque sus ingresos los sitúan en la clase media o media alta, carecen de la riqueza de activos acumulados y del capital cultural y social de otras personas con niveles de vida similares.<sup>3</sup> Estas deficiencias las hacen particularmente sensibles a las diferencias de status y expuestas a las fluctuaciones de la economía. Frutos de la primera o segunda generación que logró el ascenso social, o herederas de familias que vieron menguar su riqueza, se encuentran permanentemente en una suerte de punto medio: alto consumo, pero a costa del endeudamiento; título universitario, pero mediocre y en instituciones de bajo prestigio; empresa propia, pero nunca operando con un margen completamente cómodo sin recurrir a la evasión de impuestos y otros recursos ilegales.

Su condición de “lumpen-élite” los convierte en presa fácil de un resentimiento dirigido tanto

---

3 En una economía altamente financierizada, “[el] principal factor determinante de la desigualdad ya no es el empleo, sino la capacidad de comprar activos cuya apreciación es más rápida que la inflación y los salarios. [...] Por supuesto, los ingresos salariales siguen siendo de vital importancia para muchas personas como medio para acceder a los medios de subsistencia, pero lo importante es que, por sí mismos, sirven cada vez menos como base para lo que la mayoría de la gente consideraría una vida de clase media”. Lisa Adkins, Melinda Cooper y Martijn Konings, *The Asset Economy: Property Ownership and the Logic of Inequality*, Cambridge, Polity, 2020, p. 5.

hacia arriba como hacia abajo. Hacia arriba, se resienten ante una élite cultural que domina códigos que a ellos se les escapan (y que ven como simples marcadores de distinción social), una élite social que tiene las conexiones que a ellos les faltan (y que se presenta como una red cerrada de amiguismos), y una élite económica que posee la riqueza que anhelan (objeto de envidia y emulación al mismo tiempo). Hacia abajo, se resienten ante la amenaza de perder sus propios marcadores de distinción: la exclusividad en el acceso a bienes de consumo como los viajes internacionales, espacios como la universidad o servicios como el trabajo doméstico. Esta ansiedad de estatus implica, a su vez, una alta vulnerabilidad a las perturbaciones, en lo que el filósofo político Corey Robin denominó “la vida privada del poder”, y que podemos entender ampliando la idea del sociólogo W. E. B. Du Bois de un “salario psicológico de la blanquitud” para hablar también de relaciones de clase y de género.<sup>4</sup> El resentido muchas veces encuentra compensación emocional en la posibilidad de sentirse superior al mozo, a la empleada doméstica, al negro (en el caso del blanco), a la mujer (en el caso del hombre), al gay o trans (en el caso del cis-hetero) y, por lo tanto, le molesta cualquier riesgo de no poder disfrutar de estas ventajas o de perderlas.

La baja alta clase media no dejó de beneficiarse de los años de prosperidad lulista, pero vio que

---

<sup>4</sup> Corey Robin, *The Reactionary Mind: Conservatism from Edmund Burke to Donald Trump*, Oxford, Oxford University Press, 2018; W. E. B. Du Bois, *Black Reconstruction in America, 1860-1880*, Nueva York, Free Press, 1998.

sus ganancias sufrieron una relativa depreciación en comparación con las ganancias de los más ricos y los avances simbólicos y materiales de los más pobres. Fue en este ambiente que la prédica de figuras como Olavo de Carvalho encontró terreno fértil al colocar en el mismo marco de una gran conspiración contra los valores occidentales la frustración del *concurseiro*<sup>5</sup> que no fue aprobado (y pasó a culpar a las cuotas raciales), del hombre que no pudo ser macho alfa (y empezó a culpar al feminismo), del adulto que se sintió disminuido intelectualmente (y empezó a culpar al marxismo cultural) y del empresario fracasado, para quien el problema eran las políticas redistributivas, entendidas no como mecanismos para promover la actividad económica y reparar las desigualdades históricas, sino como sobornos del gobierno a los grupos de interés. Como resultado, los sentimientos de fracaso e impotencia encontraron no solo una explicación, sino un espacio de recepción y organización.<sup>6</sup> En este sentido, la formación de la

---

5 El término designa a las personas, normalmente de clase media y media baja, que se dedican durante mucho tiempo a prepararse para todo tipo de concurso y a competir en estos, con la esperanza de alcanzar una carrera segura en la administración pública.

6 Es interesante notar que el discurso de la extrema derecha ofrece el alivio de una desculpabilización individual (el fracaso, que normalmente sería responsabilidad del propio individuo, en este caso no lo es) sin reconocer la acción de las estructuras sociales sobre nuestras vidas. Lo que hacen las teorías conspirativas es atribuir personalidad e intencionalidad a las fuerzas impersonales que condicionan las trayectorias personales: si fallaste, no es porque el sistema distribuye las oportunidades de manera desigual, sino porque algunos agentes específicos así lo querían. De esta manera, la demanda de justicia termina haciéndose equivalente a la demanda de "igualdad" de un mercado idealizado, libre de las acciones nocivas de sujetos más o menos ocultos.

nueva derecha brasileña desde 2013 hasta el presente, con sus protestas ocasionalmente delirantes y sus pánicos morales en torno a universidades y exposiciones de arte contemporáneo, fue quizás el mayor programa de salud mental que Brasil haya conocido.

Es en este nicho de la baja alta clase media donde se creó y se mantuvo el bolsonarismo más convencido. La propia familia Bolsonaro, por cierto, probablemente pertenecería a este si no hubiera descubierto un talento para los negocios políticos. Pero de allí no solo procedían la mayoría de los seguidores más feroces de la nueva derecha, sino también muchos de sus organizadores e intelectuales orgánicos. A medida que la inestabilidad política y económica reveló la existencia de este mercado, cientos de empresarios en bancarrota, rockeros decadentes, actores y actrices fracasados, periodistas de dudosa reputación, subcelebridades “activistas”, *traders* esforzados, *coaches* mediocres, policías y militares que buscan complementar sus ingresos – toda una colorida fauna de agitadores “conservadores”, “patriotas”, “liberales” y “anarcocapitalistas” – encontraron la oportunidad de una nueva carrera.

Ya sea a través de la creación de movimientos capaces de captar recursos de nebuloso destino, a través de la conquista (o reconquista) de espacios en los medios tradicionales, o a través de la monetización de canales de YouTube y perfiles de Instagram, estos constituyeron un circuito en el que la acumulación de capital político se convertía fácilmente en la acumulación de capital económico, y viceversa. Esta convertibilidad es, además,

tanto el *medio* por el cual se construye la trayectoria del emprendedor político como su propio *fin*. Al consolidarse como influenciador, el individuo puede reclamar un cargo público, ya sea por elección o designación; el cargo público, a su vez, trae notoriedad y una audiencia fiel, retroalimentando la *performance* en las redes sociales. Incluso cuando no conduce a una carrera política, el emprendedorismo político siempre implica ventajas pecuniaras, tanto directas (invitaciones a conferencias, contratos publicitarios y editoriales, venta de productos como camisetas y calcomanías, fondos públicos) como indirectas (condonación de deudas tributarias, préstamos, acceso a autoridades).

Es en este sentido que la ola de extrema derecha que sorprendió a muchos en 2018 también debe entenderse como un gran movimiento emprendedorista. Este es, por cierto, uno de los puntos en que fenómenos como Bolsonaro y Trump más se distinguen de los movimientos fascistas históricos del período de entreguerras. Mientras que los primeros se basaban en organizaciones de masas altamente disciplinadas, concebidas a la imagen de un ejército paralelo, sus epígonos contemporáneos se parecen más a un enjambre de emprendedores innovando en un nicho de mercado.<sup>7</sup> Usando plataformas digitales en lugar de formas de organización más tradicionales, conectan

---

7 La organización paramilitar no necesariamente desaparece, pero es, por así decirlo, “tercerizada”. En casos como Brasil, se constituye como una actividad empresarial según el modelo de las *milicias* (ver nota 43 en el capítulo 1). En definitiva, es necesario reconocer que ni siquiera las formas de organización de la extrema derecha salieron ilesas de las transformaciones impuestas por la revolución neoliberal.

una demanda (frustraciones, heridas y deseos variados) con una oferta (cobijo, explicaciones, soluciones y válvulas de escape). Como la base sobre la que se desarrolla este encuentro es la fragilidad emocional que genera la incapacidad de cumplir las propias expectativas, hay un terreno fértil para oportunistas y especuladores de todo tipo.

En este sentido, de hecho, la agitación de la extrema derecha y el mundo del *coaching* son muy similares: en ambos casos, para alimentar el “optimismo cruel” que sustenta la creencia en el emprendedorismo, es fundamental que los candidatos a *influencers* sepan interpretar el papel de objetos de admiración. Por mucho que su nueva carrera esconda el fracaso de la anterior, deben presentarse como vencedores en el competitivo mundo del mercado, grandes exponentes en sus respectivas áreas, autoridades cuyos méritos manifiestos no lograron ser reconocidos por algún tipo de complot. Por eso la militancia bolsonarista más aguerrida aparece tan claramente dividida entre los que sufren por no llegar a las alturas prometidas por su visión del mundo y los que dicen conocer algún secreto oculto o fórmula del éxito. Por cada Ricardo Vélez Rodríguez, un provinciano resentido, anticuado, piadoso y nostálgico, siempre hay un Markinhos Show, el asesor especial designado por el General Eduardo Pazuello al Ministerio de Salud, cuyo sitio web lo describe como “Conferencista Motivacional, Master Coach, Analista de Neuromarketing, Especialista en Marketing, SEO, Hipnólogo, Mentalista, *Practitioner* de PNL, Músico, Emprendedor y Especialista en Marketing Político”. Incluso



la supuesta figura “técnica” del gabinete de Bolsonaro, el ministro de Economía Paulo Guedes, es alguien cuya capacidad intelectual nunca fue muy apreciada por sus pares, pero que logró convertir su éxito como operador bursátil en un cargo ministerial en el que mezcla el rol de orador motivacional en eventos de inversores con la constante venta de terrenos en la Luna.

Dado que fue en este ambiente de emprendedurismo *freestyle* que el bolsonarismo reclutó a buena parte de su personal, no es de extrañar que el gobierno se mostrara plagado de pícaros negociando con falsificadores, como lo sugieren las farsas que la CPI de la Pandemia<sup>8</sup> sacó a la luz. Pero las oportunidades de negocio no se agotaron con el reparto de cargos a simpatizantes sin ninguna cualificación discernible, ni con la asignación de recursos públicos a *influencers* digitales amigos, ni con el gasto en alimentos y bebidas de lujo posiblemente sobrefacturados, el relajamiento en los mecanismos de control, el sigilo de la tarjeta corporativa presidencial y la entrega de porciones administrativas y presupuesto a los socios. El fenómeno del “tratamiento temprano”,<sup>9</sup> impulsado por una red

---

8 La CPI de COVID-19, también llamada CPI de la Pandemia, CPI del Coronavirus, fue una Comisión Parlamentaria de Investigación en Brasil, que investigó supuestas omisiones e irregularidades en el accionar del gobierno del presidente Jair Bolsonaro durante la pandemia del COVID-19. Fue creada el 13 de abril de 2021, instalada oficialmente en el Senado Federal el 27 de abril de 2021 y prorrogada por otros tres meses el 14 de julio de 2021, culminando con la presentación y votación del informe final el 26 de octubre de 2021. [N. de la T.]

9 “Tratamiento temprano” se refiere a un conjunto de medicamentos cuyo uso sin comprobación científica fue estimulado por autoridades públicas y miembros de la comunidad médica

de *influencers* del mundo médico en sinergia con laboratorios farmacéuticos y un gobierno interesado en eximirse de responsabilidad en la lucha contra el COVID-19, demuestra que el bolsonarismo continuó produciendo enjambres y nichos de celebridades capaces de volar cada vez más alto.

## Maquiavelos y estafadores

“Existen fuertes indicios de que, al menos en su estado actual, la agitación [de extrema derecha] en los Estados Unidos es tanto un *vendehumo* como un movimiento político”, escribieron Leo Löwenthal y Norbert Guterman en un estudio clásico de la retórica utilizada por propagandistas de derecha.<sup>10</sup> Corría el año 1949. “No debemos olvidar que el agitador confía en que su audiencia esté formada por ‘tontos’”, dicen los autores. “Personas que guardan rencor hacia el mundo porque sienten que han sido postergadas, y que, por lo tanto, son inseguras, dependientes y están confundidas”.<sup>11</sup> Más recientemente, el historiador Rick Perlstein ha señalado que la promiscuidad de larga data entre los intereses comerciales y los fines políticos dentro del movimiento conservador

---

brasileña durante la pandemia del COVID-19 como alternativa a las políticas de protección como el distanciamiento social y la utilización de barbijos, activamente saboteadas por el gobierno de Bolsonaro.

10 Leo Löwenthal y Norbert Guterman, *Prophets of Deceit: A Study of the Techniques of the American Agitator*, Nueva York, Harper & Brothers, 1949, p. 129. Este libro fue publicado por la editorial angloamericana Verso en 2021.

11 *Ibíd.*, p. 21

estadounidense hace imposible decir dónde termina el negocio y dónde comienza la ideología. “Son dos caras de la misma moneda, la estafa de la cura milagrosa para las enfermedades cardíacas que cuesta solo 23 centavos transformándose infinitesimalmente en la estafa de tasas impositivas marginales minúsculas como la cura milagrosa para los problemas nacionales”.<sup>12</sup> El conservadurismo, “en ese aspecto como en muchos otros”, concluye Perlstein, es lo mismo que los esquemas piramidales o el infame “marketing multinivel” de empresas como Amway, un viejo imán para la baja alta clase media.<sup>13</sup>

En el discurso de la meritocracia, la promesa aparentemente democrática de que todos pueden “llegar” por su propio esfuerzo se equilibra de manera precaria con la celebración aristocrática de aquellos que realmente “llegan” como individuos dotados de un talento y de un coraje superior a la media. Fue en estos términos, por ejemplo, que el economista Joseph Schumpeter exaltó la “destrucción creativa” promovida por

---

12 En este punto, es interesante recordar que, además de la defensa de los intereses corporativos de los cuarteles, la labor del diputado Jair Bolsonaro se reducía prácticamente a la militancia de curas milagrosas como el niobio, el grafeno y la fosfoetanolamina, la llamada “píldora del cáncer”, que fue objeto de uno de los dos únicos proyectos de ley aprobados por él en tres décadas, luego prohibida por el STF (Supremo Tribunal Federal) por pisotear las atribuciones de Anvisa (Agencia Nacional de Seguridad Sanitaria). Quienes observaron de cerca las protestas a favor del *impeachment* de Dilma Rousseff en 2015 recordarán que las pancartas de apoyo al PL 4639/2016 (Proyecto de Ley), que legalizaba el uso de la píldora, formaban parte del heterogéneo paquete de demandas de los manifestantes.

13 Rick Perlstein, “The Long Con: Mail-order conservatism”, *The Baffler*, ed. 21, noviembre de 2012.

el emprendedor, un revolucionario cuyos logros están “fuera de las actividades rutinarias que todos entienden”.<sup>14</sup> En un mundo extremadamente desigual, esta duplicidad produce inevitablemente, por un lado, el sufrimiento altamente individualizado del fracaso y, por otro, la esperanza de que el premio mayor siempre está a la vuelta de la esquina, al alcance de cualquiera que sepa reconocerlo. El elogio del esfuerzo se convierte fácilmente, entonces, en la valorización de la astucia y en el golpe de suerte.

Esto se vuelve aún más evidente cuando pasamos de la narrativa épica de Schumpeter a aquella más modesta de Friedrich von Hayek, en la que el héroe no es un innovador radical, sino alguien que sabe aprovechar información privilegiada. Para Hayek, el mercado es un gran procesador de información que comunica diferencias ventajosas en las condiciones de producción a través de variaciones de precios. Es el hecho de tener información única, como obtener mano de obra o transporte más baratos, por ejemplo, lo que permite a un agente vender a un precio más bajo. De este modo, él estará al mismo tiempo sacando una ventaja económica de este conocimiento y aportando una novedad útil al resto del sistema. Es así como, escribe Hayek, “cuando solo unos pocos conocen un nuevo acontecimiento importante”, serán “los tan difamados especuladores” quienes “harán que la información relevante se difunda rápidamente mediante una adecuada variación de

---

14 Joseph Schumpeter, *Capitalismo, socialismo e democracia*, Río de Janeiro, Fundo de Cultura, 1961, p. 166. [Ed. cast.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Página Indómita, 2015].

los precios”.<sup>15</sup> El camino más corto hacia el éxito es el descubrimiento, ya sea de una pequeña ventaja marginal o de la próxima gran idea. Y, por supuesto, donde hay mucha gente buscando un atajo, siempre habrá algún astuto cuyo atajo es convencer a otros de que han encontrado uno.

La cosa se complica aún más cuando dejamos el eje producción-comercio y pasamos a las finanzas. Mientras que en el primer caso la ventaja incluida en la información privilegiada se verifica inmediatamente en el abaratamiento del producto, la ventaja de una inversión suele ser a futuro: apuesta hoy por esa idea y gana mañana por haberla descubierto primero. El mercado financiero pone la próxima gran idea potencialmente al alcance de todos, pero al mismo tiempo hace que el negocio del lucro, el esquema piramidal, la cura milagrosa, *vender humo* y la teoría conspirativa tengan fundamentalmente la misma forma: la promesa de que la información ahora restringida a un pequeño círculo pronto demostrará ser una verdad revolucionaria, y generará ganancias pecuniarias y/o psíquicas a aquellos que se atrevieron a abrazarla primero.<sup>16</sup> La diferencia entre la oportunidad

---

15 Friedrich Hayek, *Derecho, legislación y libertad. Una nueva formulación de los principios liberales de la justicia y de la economía política*, op. cit., p. 319.

16 En un artículo clásico, los antropólogos John y Jean Comaroff describen los esquemas piramidales como “capitalismo de casino para personas que carecen del capital fiscal o cultural para [...] apostar en mercados más convencionales”; en otras palabras, una especie de Dow Jones para los pobres –o para la lumpen-élite–. Jean Comaroff y John L. Comaroff, “Millennial Capitalism: First Thoughts on a Second Coming”, *Public Culture*, v. 12, n° 2, 2000, p. 313. La antropóloga Leticia Cesarino utilizó recientemente la observación de los Comaroff sobre la proliferación de este tipo

perdida y la apuesta de un millón de dólares puede estar en la audacia del “pensamiento *freelance*”, tomando prestada la expresión que el presentador de Fox News, Tucker Carlson, usó para describir el movimiento conspirativo QAnon.

Las similitudes no se detienen ahí. Al igual que con los esquemas piramidales, la mejor manera de ganar dinero con las finanzas es ser el primero en entrar y el primero en salir. Dado que el valor de un activo depende de la percepción de las personas sobre el valor que tendrá, quienes invierten primero tienen la oportunidad de apreciar su apuesta inicial hasta que el activo se valore tanto que ya no pueda dar el rendimiento esperado. Entonces será el momento de vender, antes de que el mercado llegue a la misma conclusión y el precio comience a caer. Esta trayectoria describe todas las burbujas especulativas de la historia, desde la fiebre de los tulipanes en Holanda en el siglo XVII hasta la caída del mercado inmobiliario que derrumbó la economía mundial en 2008. Pero estos momentos supuestamente excepcionales no revelan nada más que lo que hace el mecanismo normal del mercado cuando no hay nada que pueda controlarlo.

Si bien esta lógica sigue siendo la misma desde el nacimiento del mercado financiero, dos factores han cambiado en las últimas décadas. Por un lado, ha habido una reducción del *feedback* entre la percepción pública y el valor monetario: ahora los dos interactúan mucho más rápido. Por otro

---

de esquemas para analizar el emprendimiento en torno al “tratamiento temprano”. Véase Letícia Cesarino, “Tratamiento precoce: Negacionismo ou *Alt-science*?”. Blog do Labemus, 27/07/2021.

lado, proliferaron los medios y las técnicas para manipular la percepción.

Al conectar mercados y naciones de todo el planeta, la globalización de finales del siglo pasado ha creado un mundo donde el dinero nunca duerme y los activos financieros están continuamente sujetos a los cambios de humor de una audiencia internacional que responde en tiempo real a las redes sociales y a los noticieros las 24 horas. Así, un gesto tan pequeño como el del astro portugués Cristiano Ronaldo, al esconder dos botellas de Coca-Cola durante una conferencia de prensa, puede tener un impacto casi inmediato en las acciones de la marca. Sin embargo, la otra cara de la moneda es que hay un número cada vez mayor de dispositivos disponibles para cualquiera que quiera inflar el valor de los activos, de las ideas y de las empresas.

Esto se puede hacer mediante la fuerza bruta del dinero. Empresas como Uber pueden ofrecer precios bajísimos a los consumidores no solo porque explotan las lagunas de la legislación laboral, sino porque tienen los fondos para operar en números rojos durante años, hasta que destruyen a los competidores y monopolizan sus mercados. Este plan de negocios es el secreto de las *startups* tecnológicas más exitosas (las llamadas “unicornios”), y asume que si luego la empresa no es capaz de dar el rendimiento esperado, es probable que los inversores hayan obtenido su beneficio al momento de la oferta pública inicial de la empresa. Pero los artificios en cuestión también pueden ser los de la propaganda: si el valor de un activo depende de que se perciba como valioso, quienes logren

generar esa impresión inevitablemente verán que se revaloriza. Así es como una máquina de *hype* bien aceiteada es capaz de inflar una inversión tan engañosa como el ya legendario Fyre Festival.<sup>17</sup>

Es en este punto donde se cruzan las finanzas y la *influencer economy*. No solo en el sentido de que los influenciadores son grandes dispositivos de manipulación de opinión, sino también porque comparten con el mercado financiero exactamente el mismo principio: gestionar la percepción pública como mecanismo de generación de valor.<sup>18</sup> Dada la centralidad de este tema en la actualidad, parece perfectamente justo que una las figuras más definitorias de nuestro tiempo sea Donald Trump: un multimillonario autodeclarado cuya principal fuente de ingresos en este siglo fue interpretar el papel de multimillonario en un *reality show* y patentar su nombre como marca registrada.

Cuando la percepción pública y el dinero están tan entrelazados, nada importa más que la autenticidad: cuando todos tratan de fingir, lo que es “de verdad” vale más. El problema, por supuesto,

---

17 El Fyre Festival, un evento musical de lujo previsto para 2017 en una isla de las Bahamas, se ha convertido en un caso ejemplar del cruce entre mercado financiero, cultura *influencer* y fraude: su publicidad fue tan exitosa que acabó comprometiendo a los organizadores, que no tenían experiencia en eventos de este tipo, con una serie de promesas publicitarias que tampoco tenían condiciones que se pudieran cumplir. El resultado fue un desastre para las aproximadamente quinientas personas que viajaron a la isla, decenas de juicios, la detención de uno de los fiscales y dos documentales.

18 Una intersección literal de las dos economías es la tendencia reciente de contratar *influencers* digitales para promover las criptomonedas, creando pequeñas burbujas en beneficio de los primeros inversores, una práctica común del mercado de valores conocida como *pump and dump* [inflar y tirar].



es que falsificar algo real nunca ha sido tan fácil. En una sociedad global hiperconectada, con miles de millones de productores y consumidores de información, no faltan formas de publicitarse sin parecerlo, sembrando contenidos que parezcan “orgánicos” y “espontáneos” para generar una participación activa que sea efectivamente ambas cosas. Los instrumentos para manipular las métricas de las redes sociales, como *click farms* y cuentas de robots o cyborgs; la multiplicación de fuentes de *fake news*; la contratación de influencers para publicidad no declarada; la creación de ecosistemas de comunicación multiplataforma que forman un circuito cerrado donde progresivamente se construyen mundos paralelos: todo indica que vivimos en una especie de edad dorada del fraude.<sup>19</sup> Si en el pasado un buen embaucador siempre plantaba uno o dos cómplices entre el público para ayudarlo a atraer a sus víctimas, en internet uno puede tener tantos cómplices como le quepa su presupuesto. Del Brexit a Bolsonaro, la historia del giro a la derecha de la política mundial en los últimos años es inseparable del hecho de que las democracias contemporáneas aún carecen de anticuerpos para enfrentar esta transformación.

---

19 Esta impresión se confirma con la reciente explosión de programas de televisión, tanto de ficción como documentales, que abordan notorios casos de fraude ocurridos en los últimos años, como los que involucran a las empresas WeWork, Theranos y LuLaRoe, o el de la falsa millonaria Anna Sorokin. Si en el capítulo 2 hablábamos de la ubicuidad de los zombis en el imaginario de la última década, quizás ahora estemos viendo a los muertos vivos perder terreno frente a los falsificadores.

## **Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres**

El hecho de que haya sido inflada por individuos interesados en el beneficio personal no hace que esta ola sea menos real. Por el contrario, su realidad debe entenderse precisamente como el producto de un proceso de retroalimentación entre una demanda verdadera (resentimientos, angustias, frustraciones y deseos efectivamente existentes) y la oferta suministrada por los emprendedores políticos. Ni la demanda ni la oferta estaban listas y dadas antes de que comenzara la retroalimentación: la base y los agitadores crecieron juntos. La mina se estaba construyendo a medida que se descubrió, y los agitadores fueron convirtiéndose en quienes son al observar qué discursos producían tales reacciones, al mismo tiempo que la base iba adoptando sus ideas e incitándolas a subir el tono, entrando ambos bandos, de este modo, en una espiral de radicalización. Sería un error, por ejemplo, ver la trayectoria política del difunto Senador Major Olímpio, desde la centroderecha hasta la extrema derecha, como un simple síntoma de un giro generalizado de la población hacia la derecha; el síntoma, en este caso, es también la causa.

Que los emprendedores políticos de extrema derecha sean oportunistas no significa que su relación con las ideas que defienden sea meramente cínica e instrumental. Es cierto que su compromiso con la moralidad pública, la rectitud y la veracidad es elástico, en el mejor de los casos. Pero la llamada hipocresía de los “ciudadanos de bien” es, en el fondo, un compromiso sincero con otra cosa. Los agitadores, y muchos de sus seguidores, creen

en una sociedad donde cada uno “sabe cuál es su lugar”: donde las mujeres son tímidas y hogareñas, los negros usan el ascensor de servicio, los niños son niños, las niñas son niñas y nadie se queja de lo poco que tiene. Pero creen esto no por el valor intrínseco de estos preceptos, sino por la distribución de poder y beneficios personales que establecen. Sobre todo, creen en su derecho a ocupar la posición que les asignan estos valores en términos de clase, género, raza: la de alguien que puede ejercer su propia voluntad sin límites. Este es el lugar, a la vez real e imaginario, que temen perder, lamentan haber perdido o anhelan alcanzar.

Esta noción de que la ciudadanía plena no se basa en la reciprocidad de derechos y deberes, sino en la excepcionalidad de quienes están por encima de la ley, es un fuerte legado del pasado esclavista en la cultura brasileña. Pero también este es el punto donde convergen el arcaísmo y la actualidad neoliberal. Porque si la competencia se eleva al fundamento de la vida social, y la lucha por la supervivencia en el mercado se equipara a la selección natural, se puede esperar que, para un número creciente de personas, la fuerza se convierta en la única ley, y el éxito, en el único criterio. Esto hace que las restricciones legales o morales aparezcan como limitaciones impuestas a la libertad de competir, y el estar sujeto a ellas, como un signo de debilidad. Para ganar, se debe estar listo para romper las reglas, y el premio por ganar es estar en una posición en la que las reglas que se aplican a otros (pagar impuestos y ser castigado por infracciones, por ejemplo) se vuelven opcionales. La cúspide de la pirámide

del emprendedorismo contemporáneo no difiere mucho, por lo tanto, de la posición del patriarca o del antiguo dueño de la plantación; y cualquiera que realmente quiera llegar ahí debe estar dispuesto a operar dentro de los límites de la ley y de la moralidad.

Es necesario aquí prestar atención, nuevamente, al simbolismo de las acciones de Bolsonaro. Su afinidad familiar con la minería informal, su ostensible apoyo a los madereros ilegales y a los latifundistas armados, su larga historia de vínculos con las milicias (una especie de movimiento emprendedorista de agentes de las fuerzas de seguridad), su venganza personal contra el IBAMA,<sup>20</sup> su obsesión por la flexibilización de las leyes de tránsito, por no hablar de armar a la población: todo esto indica que el presidente es alguien que entiende que, “para ser empresario en Brasil, no se puede operar dentro de la ley”, y promete un Estado que se abstiene de fiscalizar, multar, regular o hacer cumplir las leyes existentes. Reconoce la destreza, la astucia e incluso la violencia como partes integrantes de la esfera de libertad de quien “quiere trabajar”, a la vez que promete a quien “llega” el libre disfrute de sus privilegios. Este es un mensaje que puede resonar bien en cualquiera que se sienta “arriba”, aunque sea en el ámbito privado

---

20 El Instituto Brasileño de Medioambiente y de Recursos Naturales Renovables es el principal aparato federal de protección ambiental y fue agresivamente atacado tanto discursiva como institucionalmente durante el gobierno de Bolsonaro. Aunque esto tenía un sentido evidente al interior de la lógica de expansión de la depredación económica que caracterizó esta administración, tenía también una dimensión de vendeta personal: el presidente había sido multado por el IBAMA en R\$10.000 en 2012 por la práctica de pesca ilegal en aguas protegidas en el estado de Río de Janeiro.

del entorno familiar. Y suena como música para los oídos de la baja alta clase media, un estrato en el que respetar las leyes y honrar las deudas puede ser la distancia que separe la ganancia de la quiebra, y que vive entre la envidia de los que tienen más privilegios y el miedo a perder los que tiene.

La confusión entre disciplina y permisividad siempre ha sido central en el atractivo de Bolsonaro. Él representaba al mismo tiempo el que sería duro con el aborto, pero trataría el abuso de menores por parte de familiares como un asunto privado; el que acabaría con la corrupción, pero entendía que es el exceso de leyes lo que obliga al ciudadano a salirse con la suya. El secreto para que esto funcione es que cada uno de sus seguidores se imagine siempre en la lista de los aliviados y no de los reprimidos. Entre los agitadores que ayudaron a construir el bolsonarismo, sin embargo, nunca hubo dudas de que la permisividad era la tendencia dominante, y la forma en que se ha llevado a cabo la ocupación del aparato estatal deja en claro que esta ganó.

La vida republicana brasileña combina cuatro modelos de apropiación de la máquina estatal: el tradicional, derivado de las viejas estructuras de poder local que sustentan las dinastías políticas; la económica, definida por el acceso privilegiado del capital a los recursos y decisiones del poder público; el corporativo, propio de los sectores judiciales y militares; y lo que podemos llamar, entre comillas, el “democrático”. Esta denominación se justifica en la medida en que tal modelo está mediado por el voto (se trata de la ocupación de cargos en la administración por miembros o simpatizantes

de una fuerza política vencedora en las urnas) y no deja de tener una función legítima (se trata de facilitar, en principio, que el proyecto avalado por los electores ejerza su dirección sobre la funcionalidad de carrera).

La falta de consistencia orgánica del bolsorismo, su condición de conjunto de tendencias y enjambre de emprendedores políticos hicieron de esta apropiación democrática un instrumento esencial para asegurar cierta solidez. Al destruir las carreras de Estado, la reforma administrativa que ha discutido el gobierno (y que muy probablemente habría terminado implementándose en un eventual segundo mandato) podría convertirlo en un instrumento infinitamente más poderoso, dándole al presidente la prerrogativa de emplear hasta 90.000 funcionarios electorales. El programa ultraliberal del ministro Paulo Guedes y la promesa de desregulación en todas las áreas, desde la campaña, ofrecían fabulosas posibilidades de apropiación económica, algunas de las cuales –especialmente en el avance de la frontera extractiva sobre tierras indígenas y la Amazonia– se cumplieron.

Pero nada impresiona tanto como la intensificación de la apropiación corporativa, en cuya defensa el excapitán construyó su carrera como diputado. Además de proteger a militares y jueces de la reforma previsional y llenar el gobierno de oficiales de las tres fuerzas, el presidente no ha dejado de consentir a las fuerzas de seguridad, como por ejemplo con el financiamiento del 100% para casas de policías y becas en el exterior para miembros de las Fuerzas Armadas. Después de inflar el presupuesto del Ministerio de Defensa y recortar

alrededor de una cuarta parte de los fondos para Salud y Educación en 2021, el gobierno destinó, en 2022, R\$55 millones a un bono extra exclusivo para uniformados con cargos comisionados. Con el presupuesto secreto y la formalización de su unión con el *Centrão*,<sup>21</sup> se cierra la lotería de la captura del aparato estatal y se lleva la fina flor de la apropiación tradicional al centro de la gestión, dando oportunidad a los aventureros primerizos de las últimas elecciones para conocer a los verdaderos profesionales del emprendedorismo político.

Sobre estos cuatro pilares, Bolsonaro se equilibró a pesar de todo: un gobernante que era más valioso cuanto más débil, ya que su debilidad se traducía, para quienes lo apoyaban, en la multiplicación de oportunidades de negocios.

---

21 En la política brasileña, *Centrão* se refiere a un conjunto de partidos políticos que no tienen una orientación ideológica específica y cuyo objetivo es asegurar la proximidad al Poder Ejecutivo para que les garantice ventajas y les permita distribuir privilegios a través de redes clientelares. A pesar del nombre, el *centrão* no es necesariamente un grupo político-ideológico estrictamente centrista, sino una agrupación de políticos de orientación conservadora, generalmente compuesta por parlamentarios del “bajo clero” y “partidos atrapado”, que actúan según sus propios intereses, vinculados a prácticas de intercambio de favores. Oriundo de este sector en el Congreso, Bolsonaro consolidó su apoyo fiel con la introducción en 2020 del llamado “presupuesto secreto”, una práctica legislativa que consistía en destinar fondos públicos a proyectos parlamentarios sin la debida identificación. [N. de la T.]

## 5. Cada lado tiene dos lados: sobre la idea de polarización

La noción de “polarización” se ha convertido en una explicación tan totalizante en el debate actual que muchos ahora se preguntan si realmente explica algo, y, en tal caso, qué. Es innegable que parece captar una verdad sobre nuestro tiempo. Desde las redes sociales hasta la política electoral, en todas partes vemos procesos del tipo que Gregory Bateson ha descrito como *cismogénicos*, en que los grupos responden a las acciones unos de otros con reacciones que consolidan gradualmente no solo sus respectivas identidades, sino también su oposición mútua y su comprensión recíproca como únicas alternativas posibles en un espacio bipartito.<sup>1</sup> Al mismo tiempo, es precisamente porque los procesos de polarización están en todas partes que el término puede ser engañoso. Después de todo, nada garantiza que siempre se esté hablando de la misma

---

1 Véase Gregory Bateson, *Naven. Estudio de los problemas sugeridos por una visión compuesta de la cultura de una tribu de Nueva Guinea obtenida desde tres puntos de vista*, Madrid, Ediciones Júcar, 1990, pp. 194-219. Bateson diferenció entre “cismogénesis simétrica” (en la que cada grupo responde con un comportamiento equivalente) y “cismogénesis complementaria” (los grupos encarnan comportamientos que se complementan entre sí), pero reconoció que la distinción no siempre es evidente y que las relaciones de un tipo contienen elementos del otro. Curiosamente, son todavía pocos los que parecen haberse percatado de cómo el pensamiento del autor inglés puede arrojar luz sobre temas de actualidad. Una excepción es la antropóloga Letícia Cesarino, de quien destaco el artículo “Pós-verdade e a crise do sistema de peritos: uma explicação cibernética”, *Ilha*, v. 23, n°1, 2021, pp. 73-96.



polarización o identificando los mismos polos con la misma relación entre ellos. El riesgo de confusión es aún mayor porque, en un entorno polarizado, se espera que las realidades percibidas desde diferentes perspectivas diverjan hasta el punto de ser prácticamente incompatibles; y porque acusar a un oponente de radicalización o situarse fuera de lo que se identifica como dos extremos constituyen movimientos estratégicos naturales dentro de un tablero de ajedrez atravesado por una o más polarizaciones.

¿Y si el diagnóstico actual de que estamos pasando por un momento de polarización en realidad confunde dos polarizaciones diferentes (o tres, según podamos contar)? ¿Y si esta confusión fuera en sí misma ventajosa para algunos de los responsables del escenario polarizado? Para desentrañarlo, sería necesario recuperar el contexto en que el debate sobre la polarización llegó a Brasil, distinguiendo usos del concepto que se refieren a análisis con diferentes supuestos, genealogías y consecuencias. Comprender la forma en que se cruzan estos análisis nos ayudaría, entonces, a deshacer la ambigüedad que los rodea y a abordar finalmente el problema que plantea este diagnóstico: ¿Qué hacer ante un marco político polarizado?

## **La polarización entra en escena**

En Brasil, el discurso sobre la polarización comienza a consolidarse en 2014, registrando un debate de la ciencia política estadounidense actual que recupera, a su vez, un análisis realizado originalmente en la década de 1980. En 1984, Poole y Rosenthal

señalaban que las elecciones en Estados Unidos se estaban convirtiendo cada vez más en disputas entre “dos coaliciones opuestas, la liberal y la conservadora, ambas con posiciones relativamente extremas”.<sup>2</sup> Frente a eso, quiénes quedaban mal representados eran los electores “ni acá ni allá” (*middle-of-the-road*), que los autores consideraban no como “miembros de una mayoría silenciosa deseosa de una transformación social radical, sino como individuos moderados que buscaban evitar cambios bruscos”.<sup>3</sup> En 2006, cuando los mismos autores se asociaron con Nolan McCarty para escribir el libro *Polarized America*, ofrecieron tres criterios para identificar la polarización: la reducción de la política a dos campos, el liberal y el conservador; la progresiva desaparición de posiciones intermedias; y la asociación de estos campos con cada uno de los partidos que dominan el sistema político estadounidense (el Demócrata y el Republicano).<sup>4</sup> Además de describir la profundización de la tendencia observada a principios de la década de 1980, el libro sugería una relación circular entre polarización y desigualdad, que habían disminuido conjuntamente entre 1913 y 1957 y vuelto a aumentar a partir de 1975.

El retorno de esta cuestión durante la administración Obama (2009-2016) tuvo razones obvias. A pesar de que el entonces presidente era un centrista convencido y contemporizador nato, había

---

2 Keith T. Poole e Howard Rosenthal, “The Polarization of American Politics”, *The Journal of Politics*, v. 46, n° 4, 1984, p. 1061.

3 *Ibíd.*

4 Nolan McCarty, Keith T. Poole e Howard Rosenthal, *Polarized America: The Dance of Ideology and Unequal Riches*, Cambridge/London, MIT Press, 2006.

encontrado en el Congreso una oposición republicana que no estaba dispuesta a negociar nada; y, en el Tea Party, un movimiento de raíz popular –y abundante financiación corporativa– que exigía posiciones de sus representantes cada vez más a la derecha. Fue entonces cuando el sustantivo “polarización” ganó un importante calificativo: “Asimétrica”. No se trataba solamente de que la brecha entre liberales/demócratas y conservadores/republicanos estuviera creciendo, como lo señaló un estudio exhaustivo de 2014.<sup>5</sup> Crecía notablemente debido a la radicalización del campo conservador, que dejaba en manos de los liberales la responsabilidad (y la carga) de buscar compromisos. Como resumieron en su momento dos investigadores de los que no se podía sospechar que tuvieran simpatías izquierdistas: “Digámoslo ya: el problema son los republicanos”.<sup>6</sup>

Fue en este contexto que la discusión norteamericana llegó a Brasil. Su importación está ligada a la constatación de que, a partir de junio de 2013, comenzaba a dar sus frutos un proceso iniciado unos años antes: una nueva derecha, más radical y organizada, estaba surgiendo en el país. En una entrevista de 2014, Paulo Arantes llamó la atención sobre la formación de un campo político “que ya no está interesado en gobernar” –al menos no para todos– y que, por lo tanto, podía “darse el lujo de tener posiciones claras e innegociables”.

---

5 “Political Polarization in the American Public”, *Pew Research Center*, Washington, D. C., 12/06/2014.

6 Thomas E. Mann y Norman J. Ornstein, “Let’s Just Say It: The Republicans Are the Problem”, *Washington Post*, 27/04/2012.

La perorata del Brasil polarizado es solo una perorata, teatro. En Estados Unidos, los demócratas y los liberales se caracterizan por la moderación, como la izquierda oficial en Brasil, que es moderada. El otro lado no es moderado. Por lo tanto, la polarización es asimétrica.<sup>7</sup>

A decir verdad, la asimetría no era un consenso en los Estados Unidos, y algunos comentaristas pretendían repartir salomónicamente la culpa entre los dos bandos.<sup>8</sup> La propia disidencia sobre el tema puede entenderse como un síntoma y un instrumento de polarización. “Síntoma”, porque cuanto más se identifique una persona con un extremo del espectro, más tenderá a construir esa identidad de forma totalizadora, relacionándose entre iguales, obteniendo información de determinadas fuentes, percibiendo el espacio político como bipartito y viendo el lado opuesto de forma monolítica. Esto hará que todo lo que se desvíe de su propia norma parezca “radical” y que la mera participación del otro (mujeres, negros, transexuales, etc.) en el debate público pueda ser vivida como ofensiva. “Instrumento”, porque acusar a los opositores de adoptar posiciones radicales brinda un pretexto al acusador para su propia radicalización.

---

7 Eleonora de Lucena, “Nova direita surgiu após junho, diz filósofo”, *Folha de S. Paulo*, 31/10/2014. Véase también Fabrício Brugnago y Vera Chaia, “A nova polarização política nas eleições de 2014: Radicalização ideológica da direita no mundo contemporâneo do Facebook”, *Aurora: revista de arte, mídia e política*, v. 7, n° 21, 2015, pp. 99-129.

8 Existe también quien niega el diagnóstico de la polarización. Véase Morris P. Fiorina, Samuel J. Abrams y Jeremy C. Pope, *Culture War? The Myth of a Polarized America*, Nueva York, Longman, 2004.

De buena o mala fe, la prensa estadounidense se mostraría altamente susceptible a este tipo de manipulaciones, exponiendo un talón de Aquiles que la nueva derecha mundial exploraría cada vez más en los años siguientes. El reflejo periodístico de “contar los dos lados de la historia” aún cuando las declaraciones de un lado no tienen base en la realidad hace que los vehículos colaboren con la creación de una falsa apariencia de simetría que es instrumental para quienes se alimentan de la polarización. Además, la economía de la información reducida a la búsqueda desesperada de clics favorece las declaraciones extremas y la construcción de personajes “controvertidos” cuyos desmentidos y disculpas nunca recibirán tantos *shares* como los impactantes titulares. A esto se suma el hecho de que Internet permite que cualquiera publique cualquier cosa a costo casi cero y la falta de preparación del público para distinguir las fuentes confiables de las sospechosas, lo que evidencia hasta qué punto el ecosistema de comunicación posterior a las redes sociales estaba a merced de quién tuviera la estrategia y los recursos para explotarlo. En la polarización de los años Obama, ya se empezaba a vislumbrar lo que quedaría totalmente expuesto con las victorias del Brexit y de Trump: la forma en que se producen y se consumen las noticias hoy privilegia a los que no tienen ningún pudor en mentir.

Sin embargo, pocos dudaban de la conexión entre la polarización de la política estadounidense en este siglo y el proceso iniciado en la década de 1980, que en 1991 recibiría el nombre definitivo

de “guerras culturales”.<sup>9</sup> No es de extrañar, por tanto, que este término haya entrado en circulación en el debate brasileño al mismo tiempo que se comenzaba a hablar de polarización, en un artículo que ya anunciaba en el título su análisis de la gran noticia pos-2013: las “guerras culturales en Brasil”.<sup>10</sup> El texto no mencionaba el debate sobre el carácter asimétrico de la dinámica polarizadora, pero reconocía que la iniciativa, hasta entonces, predominaba en uno de los bandos de la disputa. Y también señalaba: “... no hay unanimidad sobre lo que habría iniciado las guerras culturales”, pero “parece claro que quienes reorganizaron el discurso político en estos términos fueron los conservadores y que los progresistas aún necesitan adaptarse al nuevo terreno de las disputas discursivas”.<sup>11</sup>

Esta suspensión del juicio sobre los orígenes y las causas de la transformación hacía aparecer esta última como un fenómeno misterioso, algo que le había sucedido a la política en lugar de haber sido producto de ella. “La relación entre discurso moral y político no es nueva. [...] Antes, sin embargo, el discurso moral era instrumentalizado por el político, y ahora parece que sucede todo lo contrario”.<sup>12</sup> La misma tendencia a hacer de las “guerras culturales” un cambio de época llegado “desde afuera”, suplantando la política y dejándola obsoleta, aparece en un análisis de la derrota

---

9 Véase James Davison Hunter, *Culture Wars: The Struggle to Define America*, Nueva York, Basic Books, 1991.

10 Pablo Ortellado, “Guerras culturais no Brasil”, *Le Monde Diplomatique – Brasil*, ed. 89, 1/12/2014.

11 *Ibid.*

12 *Ibid.*

definitiva de Jeremy Corbyn en las elecciones británicas. “Mientras el enfoque principal de la política electoral estaba en los temas económicos”, escribe Yascha Mounk, “los líderes del Partido Laborista pudieron mantener unida a una amplia coalición... Pero en las últimas décadas, los bandos del debate político se han vuelto menos alineados en términos de política económica y más según lo que podríamos llamar ‘cuestiones culturales’, como la inmigración y, por supuesto, el Brexit”.<sup>13</sup>

## La continuación de la política por otros medios

¿Hasta qué punto puede sostenerse esta apariencia de inversión insondable en la relación entre moral (o cultura) y política? Es cierto que el conservadurismo comenzó a reorganizarse como fuerza política en Estados Unidos en la década de 1960, respondiendo a procesos como la revolución sexual, el movimiento por los derechos civiles, el feminismo y la contracultura. Pero también es cierto que nunca se trató simplemente de pautas “de costumbres”. Tampoco para la *New Left*, que pretendía pensar las relaciones de poder más allá de las instituciones y concebía lo personal como político; ni para los conservadores, que buscaron politizar estos temas creando lo que Laclau y Mouffe llamaron “cadenas de equivalencia” entre, por ejemplo, la implementación de beneficios sociales para las madres solteras negras y la pérdida de oportunidades para

---

13 Yascha Mounk, “How Labour Lost the Culture War”, *The Atlantic*, 13/12/2019.

trabajadores blancos.<sup>14</sup> El modelo del populismo de derecha contemporáneo está menos en la Europa de los años 1930 que en la “estrategia sureña” de Kevin Phillips, el asesor de Richard Nixon que movilizó el resentimiento de los votantes del sur de Estados Unidos para construir una base social que sigue siendo republicana hasta el día de hoy. “Concentrada en enclaves universitarios”, escribiría más tarde Michael Kazin, “en la *New Left* había pocas personas capaces de comprender la mezcla de envidia e indignación que componía la respuesta de los blancos menos privilegiados a las revueltas en los guetos y las protestas contra la guerra de Vietnam”.<sup>15</sup>

En la década de 1970, cuando el Estado de bienestar entró en crisis y la transición al régimen de acumulación posfordista produjo una desindustrialización masiva y una precarización en masa, el deterioro de las condiciones de vida en general, y de la “clase trabajadora blanca” en particular, hizo el terreno aún más fértil para este tipo de operaciones. En Estados Unidos, la década de 1980 fue testigo del matrimonio entre los evangelistas conservadores en defensa de los *family values* y del

---

14 La *welfare queen*, una mujer (generalmente) negra que vive de los beneficios sociales, fue una figura retórica clave en la transformación de la percepción pública de la seguridad social en Estados Unidos. Véase Ange-Marie Hancock, *The Politics of Disgust: The Public Identity of the Welfare Queen*, Nueva York, New York University Press, 2004; Josh Levin, *The Queen: The Forgotten Life Behind an American Myth*, Nueva York, Little, Brown and Company, 2019. Como señalé en el capítulo 1, “mamata” es el término que, aplicado tanto a la corrupción y las altas prebendas oficiales como a las cuotas raciales en las universidades y las medidas de protección contra la homofobia, establece la confusión entre *derechos* y *privilegios* que es central en la retórica de la extrema derecha.

15 Michael Kazin, *The Populist Persuasion: An American History*, Ithaca, Cornell University Press, 1995, p. 224.



Partido Republicano liderado por Ronald Reagan. Mientras un bando buscaba influencia política, el otro buscaba una base popular para su programa de reforma neoliberal. Stuart Hall identificó una tendencia similar en el proyecto thatcherista, aunque la mayor secularización de la sociedad británica significó que se expresara predominantemente en términos de seguridad pública, raza e inmigración.<sup>16</sup>

Pero la convergencia entre la agenda de la libertad económica y la defensa de los valores tradicionales tampoco fue arbitraria. Como demostró brillantemente Melinda Cooper, la familia interesa al neoliberalismo como red de seguridad capaz de asumir funciones que antes correspondían al Estado (educación, salud, bienestar), como contrapeso a las tendencias disgregadoras del capitalismo desregulado, como institución para disciplinar e internalizar la autoridad, y como elemento de un mecanismo para la privatización de la responsabilidad (el fracaso individual es culpa del individuo o de la familia, nunca de las estructuras sociales desiguales).<sup>17</sup> Además, como argumentó recientemente Wendy Brown, el propio Hayek ya veía un valor intrínseco en la tradición en la medida en que, como el mercado, sería un orden espontáneo que resiste las demandas de justicia social de diferentes grupos que, de ser escuchadas, implicarían una limitación de la libre competencia.<sup>18</sup>

---

16 Stuart Hall, "The Great Moving Right Show", *Marxism Today*, Londres, enero de 1979, pp. 14-20.

17 Melinda Cooper, *Los valores de la familia. Entre el neoliberalismo y el nuevo social-conservadurismo*, op. cit..

18 Wendy Brown, *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*, op. cit.

En todo caso, el origen tanto de la polarización asimétrica como de las guerras culturales está ahí: una fue a la vez instrumento y consecuencia de las otras. En otras palabras, las guerras culturales nunca han sido un sustituto de la lucha política, aunque sería interesante para muchas personas pensarlo de esa manera. La moral fue el campo en el que la disputa política se continuó por otros medios, del mismo modo que la política institucional se convirtió en el terreno donde se empezaron a disputar las cuestiones culturales.

## **Del “neoliberalismo progresista” al “globalismo”**

Esto, sin embargo, no cuenta toda la historia. Si bien la moral y la cultura no reemplazaron a la política, estas fueron *la forma que tomó la política cuando la disputa por la economía como instrumento para organizar los diferentes proyectos de sociedad se sustrajo del debate político*. Así sucedió en la década de 1990, cuando la hegemonía neoliberal se consolidó en la llamada “tercera vía”: partidos provenientes de la socialdemocracia que aceptaron como irreversibles los procesos de desregulación financiera, *offshoring* y el aumento de la desigualdad, y solo se propusieron administrar sus riesgos y sus excesos, dándoles un “rostro humano”. En la medida en que representó una capitulación al credo económico de Reagan, Thatcher y Pinochet, la elección de figuras como Clinton, Blair y Schröder también marcó el surgimiento de una variante interna del proyecto neoliberal.

En la descripción de Nancy Fraser, lo que estos gobiernos ofrecían era un *neoliberalismo progresista*

–neoliberal en su política distributiva, pero progresista en su política de reconocimiento–, en oposición a un *neoliberalismo conservador*, cuya política distributiva era igualmente “expropiadora y plutocrática”, pero no proporcionaba las mismas posibilidades de ascenso “meritocrático” a los miembros de grupos “subrepresentados” como las mujeres y las minorías étnicas.<sup>19</sup> En lugar de los valores tradicionales, el neoliberalismo progresista promueve el multiculturalismo, la igualdad de género, la diversidad sexual, un mundo “posracial” y un ambientalismo mediado por el mercado. Por lo tanto, también para él la aparición de una sustitución de la política por la cultura fue instrumental: al polarizarse con la alianza entre el neoliberalismo y el conservadurismo en el terreno de los valores, se ocultaba el hecho de que la reorganización integral de la sociedad por las fuerzas del mercado seguía estando fuera de discusión. Respecto de este punto: *there was no alternative*. En los años 1990 y 2000, autores como Chantal Mouffe y Jacques Rancière bautizaron “pospolítica” a este consenso centrista que blindaba la economía, reducía la política a la gestión y hacía de la moral y la cultura terrenos en los que se confrontaban diferentes calibraciones de una misma cosa.

Si, por un lado, esta estrategia proporcionó a los viejos partidos socialdemócratas una alianza con movimientos sociales minoritarios y una clase media urbana de hábitos liberales, por otro lado, terminó dejando a la “clase trabajadora blanca” aún más librada a su propia suerte y a la prédica de la

---

19 Nancy Fraser, “La victoria de Trump: el fin del neoliberalismo progresista”, *op. cit.*].

extrema derecha. El hecho de que ambos lados del espectro partidario ahora presentaran a la política esencialmente como una disputa sobre valores culturales, y que los antiguos defensores de la clase obrera hubieran abrazado el ideal de la globalización cosmopolita, facilitó el trabajo de quienes les decían a los perdedores de este proceso: “Estás perdiendo porque *ellos* –las mujeres, los negros, los gays– están ganando”. En este sentido, la ultraderecha contó con la ayuda de una prensa que nunca dudó en alimentar el pánico antiinmigrante, por ejemplo, y de políticos “moderados” siempre dispuestos a reciclar temas extremistas a cambio de votos o de atención.

La repetición de la idea de que los grupos desfavorecidos existen en competencia directa entre sí, y de que las ganancias de unos solo pueden generarse a expensas de otros, le da un aire de evidencia a este discurso falaz. Pero no estamos simplemente ante una “mentira dicha mil veces” hasta que se convierte en verdad. En un mundo en el que es imposible imaginar condiciones económicas diferentes a las existentes, en el que el fracaso es una responsabilidad exclusivamente personal, y las ganancias de los más ricos (“generadores de empleo”) se consideran intocables, la base de la pirámide social está *realmente* involucrada en una lucha de todos contra todos la mayor parte del tiempo. Ante la imposibilidad de cuestionar las reglas del juego, lo que queda es un enfrentamiento de suma cero resignificado como choque entre “culturas” o valores morales.<sup>20</sup>

---

20 Para parte de la clase media brasileña, por ejemplo, las pérdidas sufridas por la inflación en los servicios resultante del ascenso de la clase C se convertirían en odio de clase y rebelión contra el

De este caldo surgiría el *cuco* del “globalismo”, una narrativa con la que la extrema derecha culpa al neoliberalismo progresista tanto de las pérdidas provocadas por tres décadas de globalización como de la crisis mundial iniciada en 2008. “Globalistas”, en esta versión de la realidad, no son los bancos y las corporaciones los que causaron la crisis y se beneficiaron de las condiciones que la hicieron posible, sino las capas medias de valores cosmopolitas, la élite intelectual, los partidos que dieron un barniz pluralista al mercado no regulado y las minorías cuyos intereses supuestamente protegen. El grado de asimetría que implica esta formulación se puede medir por el hecho de que, con ella, tanto una de las principales variantes del neoliberalismo como cualquier propuesta de superación del proyecto neoliberal son igualmente calificables como de “izquierda”. Al mismo tiempo, a pesar de un renovado énfasis en la patria y en la defensa nacional –proyección de la lucha de todos contra todos en el terreno de la geopolítica–, el antiglobalismo se ha mostrado hasta ahora perfectamente compatible con la desregulación financiera y laboral. Excepto por un uso muy selectivo del proteccionismo económico, la ultraderecha emergente no pretende romper con las ideas y las políticas hegemónicas de las últimas cuatro décadas, sino solo ofrecer a una supuesta mayoría (“población nativa”, “herederos de los valores judeocristianos”, “ciudadanos de bien”) una ventaja competitiva sobre los demás.<sup>21</sup>

---

PT. Sobre la inflación en los servicios, véase Laura Carvalho, *Valsa brasileira: do boom ao caos econômico*, San Pablo, Todavía, 2018, pp. 46-49.

21 La creencia de que el antiglobalismo representaría una discontinuidad con el neoliberalismo denota una fe exagerada en el discurs-

## Los *idus* de junio

Tan pronto como irrumpió en el debate brasileño, el tema de la polarización, importado de la ciencia política estadounidense, se cruzó de inmediato con una discusión bastante diferente. En 2013, llegó a Brasil la ola de protestas que, desde la Primavera Árabe en 2011, había constituido la reacción de la sociedad civil mundial a la crisis de 2008. Fue también cuando llegó aquí un discurso que se desarrolló en paralelo a estas manifestaciones. Lo que atacaba, bajo el nombre de “consenso centrista” o “pospolítica”, era precisamente la *falsa* polarización entre neoliberalismo conservador y progresista que la tímida reacción a la hecatombe financiera había dejado al descubierto unos años antes. Al transformar las deudas privadas de los bancos en deuda soberana, trasladando el peso de la crisis a la población en forma de recortes en los servicios públicos y pérdida de derechos, los gobiernos de derecha y centroizquierda habían demostrado que defendían los intereses del mercado por encima de todo. Progresistas o conservadores, al final, todos eran neoliberales; como gritaban las calles españolas: *no nos representan*.

El hecho de que, en Brasil, las protestas ocurrieron antes de que estallara el grueso de la crisis no altera sustancialmente el análisis. Lo importante, en

---

so y una falta de atención a la práctica tanto de los nuevos gobiernos de derecha como de los ideólogos neoliberales, quienes nunca rehuyeron estructuras regulatorias o medidas proteccionistas. Contrariamente a lo que todavía se cree que es una opinión bastante difundida, el ultraliberalismo de Paulo Guedes no hace que el gobierno de Bolsonaro sea una excepción entre sus pares. Véase Quinn Slobodian y Branden Söres, “From Neoliberal Globalism to Neoliberal Nationalism: An Interview with Quinn Slobodian”, *Ephemera* v. 19, n. 3, pp. 641-649.

la comparación, fue que, al igual que sus homólogos de la centroizquierda global posterior a 2008, el PT había tenido una oportunidad histórica de adoptar un programa de reformas estructurales; pero no solo se había retractado, sino que había redoblado su estrategia de conciliación. Ante la irrupción de un sentimiento antisistémico informe pero potente, la reacción del partido consistió en aislar esta energía emergente en lugar de intentar dirigirla, descalificándola y apoyando su represión. Con una mano, negociaba la reestabilización del sistema político con las fuerzas a su derecha; con la otra, chantajeaba a la izquierda, acusando a todo lo que no fuera apoyo incondicional de “hacerle el juego” a la oposición. El objetivo de esta operación, al cerrar el espacio que se había abierto, era claro: retrotraer a la realidad pos-2013 las coordenadas políticas que junio había barajado, obligando a volver a una situación en la que la única polarización existente, y, por tanto, la única posible elección, estaba entre el PT y los partidos tradicionales de derecha. Exitosa en su objetivo inmediato de reelegir a Dilma Rousseff, esta estrategia encerraba dos errores que le costarían caro: asociar aún más la imagen del partido con el *establishment* y dejar el camino libre para que la extrema derecha se presentara como la depositaria legítima de los deseos antisistema.

Aunque ambos hablaban de “polarización”, los dos análisis que se cruzaron en ese momento difieren considerablemente. Lo que preocupaba a los politólogos estadounidenses era una exasperación del sistema bipartidista que llevó a los dos partidos principales a divergir cada vez más en términos de identidad y políticas, eliminando

progresivamente las posiciones centristas tanto entre los políticos como entre los votantes. Lo que se lamentaba era la pérdida de la razonabilidad, de la cooperación entre adversarios, de un *middle of the road* concebido como reserva social de prudencia y pragmatismo. Si bien no es difícil estar de acuerdo en que la apertura al diálogo en nombre del bien común es una virtud, lo que este discurso nunca parece poner en duda es que, en un momento dado, las soluciones ideales estarán en el centro del espectro político. Detrás de esta creencia subyace una idea de “centro” que opera en un doble registro. Por un lado, como espacio intermedio del espectro político efectivamente existente en un período determinado; por el otro, como punto de equilibrio de la razonabilidad ideal, lo que se supone que es la elección “normal” de la mayoría de las personas, sin tener en cuenta influencias como la cultura, la tradición y la historia. Al final, la queja de los politólogos estadounidenses contra la polarización es precisamente que aleja el espectro político realmente existente de este centro ideal, sacando a relucir ideas irracionales y nublando la búsqueda de lo que se supone que todas las personas razonables quieren.<sup>22</sup> La crítica de la polarización es aquí la protesta centrista contra el fin de lo que se percibe como política “normal”, que puede

---

22 Un punto ciego notable en el discurso de la ciencia política norteamericana es que, en comparación con lugares como Europa y Latinoamérica, el espectro partidario en Estados Unidos siempre ha sido relativamente estrecho. La ausencia de un partido socialista o socialdemócrata clásico ayuda a explicar por qué, a diferencia incluso de Brasil, el país más rico del siglo pasado nunca intentó crear un sistema de salud pública universal. Comparativamente, el centro de la política estadounidense siempre ha sido asimétrico, tendiendo más a la derecha que en otras partes del mundo.



confundirse con una administración “neutral” de las cosas y los intereses.

La crítica de la pospolítica que estalló en las calles en 2011 desafió la idea misma de política “normal”. Desde esta perspectiva, lo que hace el centrista es modelar su concepción del *middle of the road* desde los límites de su propia imaginación política, atribuyendo erróneamente a los límites contingentes de la formación histórica en la que vive (lo que parece razonable aquí y ahora) un carácter absoluto y necesario (la razonabilidad como tal). Lo que este discurso denunciaba es que la falsa polarización entre neoliberalismo progresista y conservador constituía un centrismo que excluía de entrada cualquier cuestionamiento a la concentración de poder político y económico que se venía produciendo desde los años 1980, situándola fuera del ámbito de la disputa entre proyectos de sociedad y dándole un aire de inevitabilidad. La artificialidad de este falso equilibrio se hizo evidente en 2008, cuando la crisis dinamitó sus condiciones de posibilidad y, sin embargo, ninguna fuerza política *mainstream* tuvo el coraje de cuestionarlo.<sup>23</sup> Según este análisis, el problema no es la existencia de polarizaciones *per se*, sino el hecho de que una falsa oposición puede esconder un verdadero antagonismo, como el que existe entre el 1% que se benefició de la crisis y el 99% que salió perjudicado. Mientras Poole y Rosenthal rechazaban explícitamente la hipótesis de una “mayoría silenciosa deseosa de una transformación social radical”,

---

23 Al contrario: a diferencia de anteriores crisis de época, como la de los años 1930 (que desembocó en el contrato social keynesiano) y la de los años 1970 (que desembocó en la hegemonía neoliberal), la de 2008 se utilizó como pretexto para *profundizar*, más que corregir, los propios mecanismos que la causaron.

este análisis sugería que, si tal mayoría aún no existía, las condiciones eran adecuadas para crearla, y que hacerlo implicaba crear otra polarización entre “nosotros” y “ellos” que facilitaría la formación de un nuevo consenso social.<sup>24</sup>

No casualmente la recepción de esta discusión en el contexto brasileño será, de entrada, inseparable de lo que podría llamarse la “hipótesis de la tercera fuerza”: la idea de que solo una movilización transversal a la polarización entre el PT y la oposición, como en 2013, sería capaz de destrabar el *impasse* en el que había entrado el país.<sup>25</sup> Del intento de extraer consecuencias prácticas de esta hipótesis en una coyuntura volátil es que nace la figura que será bautizada peyorativamente como “*isentão*” [los que se eximen de elegir entre dos lados]; y puede decirse que hay tantas clases de exentos como tentativas en este sentido.

Para algunos, la “tercera fuerza” solo podía provenir de abajo, de la misma sociedad civil (des)organizada de la que había surgido la algarabía de junio de 2013. Incapaces de conjurarla con sus propias fuerzas, solo estarían cerca de probar esta conjetura con el movimiento de estudiantes secundarios de 2016 (con tendencias de izquierda) y la huelga de

---

24 Aunque lejos de ser unánime, la versión más influyente del discurso sobre el “populismo de izquierda” sería la articulada bajo la influencia de Laclau y Mouffe. Véase Ernesto Laclau, *A razão populista*, op. cit. [Ed. cast.: *La razón populista*, op. cit.].; Chantal Mouffe, *Por um populismo de esquerda* [2018], San Pablo, Autonomia Literária, 2020. [Ed. cast.: *Por un populismo de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018].

25 Rodrigo Nunes, “Junho de 2013 aconteceu, mas não teve lugar”, IHU Online. *Revista do Instituto Humanitas Unisinos*, São Leopoldo, ed. 524, 2018, p. 18.

camioneros de 2018 (con tendencias de derecha). En todo caso, el principal enemigo para ellos era el retroceso en relación con las conquistas de la década anterior, ya sea a manos del PT o de sus opositores; por eso se opusieron tanto al gobierno de Dilma Rousseff como a su *impeachment*. Otros, descreídos de las perspectivas de movilización social, apostaron por la posibilidad de construir una tercera posición de arriba hacia abajo y vieron en la candidatura de Marina Silva a la presidencial de 2014 el vehículo para ello. Cuando Marina sucumbió a sus propias contradicciones y a la violenta propaganda del PT, comenzaron a ver la agenda anticorrupción como un posible atajo. Al darse cuenta de que no podían competir por las calles con el Movimiento Brasil Livre (MBL) y la organización Vem Pra Rua, algunos incluso depositaron sus fichas en la operación Lava Jato, identificada como la única fuerza capaz de actuar de manera independiente en ese escenario. Una vez fracasada esta apuesta, solo les restaría hacer de la polarización PT/anti-PT solo un obstáculo táctico dentro del gran enemigo estratégico: más que las políticas de austeridad o el ascenso de la extrema derecha, era esta polarización lo que había que combatir. Y si el fortalecimiento de las políticas de austeridad o el ascenso de la extrema derecha eran el precio a pagar, les daba igual...

Confundir los dos discursos sobre la polarización fue parte de la estrategia del PT de cerrar el espacio disponible a su izquierda desde el principio; la entrada en agenda del *impeachment* a partir de 2015 no hizo más que reforzar este procedimiento. Ante una oposición que había decidido ignorar los acuerdos tácitos que sustentaban el

sistema político y derrocar al gobierno, el PT acusó a los críticos de la polarización de lavarse las manos ante una situación en la que solo había dos bandos. (“*Isentão*” originalmente se refería a quienes, aun estando a favor o en contra del *impeachment*, rechazaron esta bipartición).<sup>26</sup> ¿Cómo podía ser falsa la polarización entre petismo y oposición, si uno de los bandos había entrado claramente en una radicalización asimétrica contra el otro? Lo irónico es que, a partir de cierto momento, esta operación contaría con el apoyo de parte del campo denominado “*isentão*”. Para estos, que buscaban construir un nuevo espacio político, la equivocidad del término “polarización” sirvió para tender puentes con sectores para los cuales el problema del PT no era la moderación, sino el “radicalismo”, y cuya concepción de la política era cercana al centrismo neoliberal. Ya fuera para aislarlo de la izquierda, o para hacerlo más apetecible al centro, a ambos lados les interesaba asociar un discurso proveniente de la crítica de la pospolítica, que apostaba a un potencial para la construcción de un proyecto de radicalización democrática, con una apelación centrista al “sentido común”. Al menos en esa ocasión, quienes se declaraban “contra el golpe” y quienes se expresaban “contra la narrativa del golpe” estaban del mismo lado.<sup>27</sup>

---

26 Véase Eliane Brum, “Acima dos muros”, *El País - Brasil*, 28/03/2016.

27 La oposición entre estos dos grupos fue, por cierto, otro ejemplo perfecto de la polarización cismogénica: al reducir todas las cuestiones políticas a una sola (“¿Fue o no fue un golpe de Estado?”), ambos consolidaron simultáneamente sus identidades y proyectaron una política totalmente bipartita en el que las personas debían

Sin embargo, no hay nada necesario en esta confusión. Es perfectamente posible decir que el *impeachment* fue la expresión de una polarización asimétrica entre una oposición que se dirigía a la derecha y un PT cada vez más alineado al centro; y que *precisamente por eso* esta polarización distorsionaba y falseaba el antagonismo real entre la élite económica, que se disponía a trasladar los costos de la crisis íntegramente a los más pobres, y una clase obrera cuyos intereses no eran defendidos en ese momento por nadie. Asimismo, es perfectamente posible afirmar que esta polarización funciona como un obstáculo para la búsqueda de mejores soluciones sin presumir que estas soluciones son necesariamente el término medio entre los “extremos” existentes. Para esto, basta considerar que las fuerzas que se oponen dentro del sistema político no representan adecuadamente el conflicto de intereses existente en la sociedad, o que el punto de equilibrio entre ellas es inviable, ya sea porque conduce a efectos indeseables en el mediano y largo plazo, ya sea porque presupone condiciones de posibilidad que ya no están dadas.

## **Por un lado, hay dos lados; por otro lado, no**

El interés que ha suscitado la idea de polarización deriva evidentemente de sus posibles consecuencias prácticas. En particular para la izquierda, su trasfondo es la cuestión de qué hacer frente al

---

situarse (la pregunta admitía solo una respuesta binaria, no se permitía sugerir que hubiera otras más importantes).

crecimiento de la extrema derecha: ¿Moverse hacia el centro para construir alianzas? ¿O responder a la radicalización con una postura igualmente radical? Aquí es donde hay que tener claro de qué polarización se trata, quiénes ocupan sus polos, si es simétrica o asimétrica, y dónde está su centro.

En el Brasil de hoy, nadie –mucho menos los bolsonaristas– tiene dudas de que la extrema derecha ocupa uno de los extremos. Con relación al lado opuesto, las versiones varían. Una de ellas sitúa a la izquierda en su conjunto, y al PT en particular, en el polo opuesto, y demuestra esta tesis al establecer equivalencias entre fenómenos como las amenazas de medidas autoritarias por parte de los gobernantes y la conmoción espontánea en las redes sociales.<sup>28</sup> La extrema derecha, por su parte, está de acuerdo en que su adversario sea la izquierda. El problema, para ella, es que la “izquierda” es un rótulo infinitamente elástico, que se acomoda a todo, desde anticapitalistas hasta neoliberales insuficientemente conservadores, e incluye potencialmente a cualquiera que llegue a ser considerado un enemigo.

Es evidente que hay ahí dos operaciones distintas de polarización. En la primera, claramente asimétrica, uno de los bandos toma posiciones extremas para atraer el centro del debate en su dirección y trasladar al otro bando toda la responsabilidad de negociar compromisos. La extrema derecha puede hacerlo porque abiertamente no pretende gobernar para todos. Solo quiere consolidar una base radicalizada lo suficientemente

---

28 Marcos Lisboa, “Descontrole”, *Folha de São Paulo*, 1/12/2019.

grande como para mantener su fuerza electoral, y confía en que, a último momento, los centristas siempre la elegirán por sobre la izquierda. La segunda polarización, por así decirlo, es contra los polarizadores: una operación retórica en la que, valiéndose de una falsa simetría, algunos agentes presentan los dos polos como igualmente extremos para oponerse a ambos, como la única alternativa no radical. No lo hacen, sin embargo, en nombre de opciones que la polarización existente estaría dejando fuera del espectro político, como los *indignados* españoles; sino para posicionarse como voceros pragmáticos y de sentido común del término medio que se perdió.

Pero ¿cuál es, hoy, ese término medio? Para responder a esto, es necesario comenzar por recordar cuál fue el centro del espectro político brasileño desde mediados de la década de 1990 hasta hace poco: una combinación de los “tres pilares” de la gestión macroeconómica neoliberal (cambio flotante, metas fiscales, metas de inflación) con políticas distributivas y de reconocimiento, más o menos osadas según la condición de la economía y la permeabilidad a las presiones sociales. En otras palabras, un neoliberalismo más progresista o conservador según la oportunidad. La primera pregunta que hay que hacerse es: ¿Qué sucedió para que esto dejara de ser el centro? Es cierto que el trípode macroeconómico fue relativizado por la política de incentivos ineficiente y concentradora de ingresos del gobierno de Dilma; pero cuando fue derrocada, ella ya había vuelto a la ortodoxia y abrazado el ajuste del que había renegado durante la campaña. Dilma no cayó por prometer medidas

radicales, sino porque la élite vio en la conjunción de la crisis económica con la desmoralización del PT una oportunidad histórica para “volver a pactar” el “contrato social de la redemocratización”<sup>29</sup> de manera unilateral, sin tener que negociar con la izquierda, con los movimientos sociales o la clase trabajadora. Si bien agitó a la militancia con florituras retóricas, en ningún momento el PT propuso nada que escapara a lo que era admisible hasta entonces; *fue la derecha la que movió al centro*.<sup>30</sup> El error de cálculo fue que, en lugar de reestabilizar el sistema, la maniobra terminó por impulsar a la extrema derecha; sin candidatos viables propios, varios autoproclamados “liberales” no dudaron en apoyar explícita o tácitamente a Bolsonaro. Por eso, en boca de algunos, la narrativa que culpa a la izquierda del ascenso de la extrema derecha acaba sonando a un intento de desresponsabilizarse de las propias decisiones, a la queja de quienes exigen: *no nos obliguen a volver a apoyar el profascismo*.

¿Cuáles fueron las condiciones materiales que hicieron posible el viejo centro, especialmente su inflexión más progresista durante los gobiernos del PT? Cualquier respuesta pasa necesariamente

---

29 Tomo prestada una expresión de Samuel Pessoa, en “A crise atual”, *Novos Estudos Cebrap*, ed. 102, 2015.

30 Lo que sucedió en este período 2015-2016, sin embargo, fue la precipitación de un giro a la derecha que venía ocurriendo lentamente durante mucho más tiempo, con retrocesos cada vez más pronunciados por parte del PT (sobre esto véase el capítulo 1). El episodio en torno a la fake news del “kit gay” en 2011, que volvería a cobrar protagonismo durante las elecciones de 2018 con el rumor de las maderas con forma de pene, supuestamente repartidas en los jardines de infantes por el Ministerio de Educación en el gobierno de Fernando Haddad, fue un hito no solo de ese proceso, sino también de la consolidación de las “guerras culturales” en Brasil.



por tres puntos: un acuerdo tácito para la estabilidad institucional posdemocratización (que incluía una alta tolerancia a la corrupción); la existencia de un gran partido de izquierda, cuyas administraciones gozaron de gran popularidad; y el *win-win* producido por la bonanza de los *commodities*, que permitió impulsar políticas redistributivas sin afectar las ganancias del capital. Ninguna de estas condiciones está presente hoy. Vivimos tiempos de bajo crecimiento y el escenario global es incierto. Aunque el PT pueda seguir contando con el carisma y los votos de Lula, será difícil que recupere la misma tranquilidad para gobernar. La facilidad con la que la élite se embarcó en las aventuras del *impeachment* y del bolsonarismo demuestra un compromiso muy frágil con las instituciones, la negociación y el reparto del poder. El muy constante esfuerzo por distinguir el “lado bueno” del gobierno de Bolsonaro (el ultraliberalismo de Paulo Guedes) de su “lado malo” (las tendencias antidemocráticas en un sentido amplio) sugiere que está satisfecha y preferiría simplemente no tener que tratar con intermediarios tan volátiles y poco fiables. Finalmente, el debate económico está atravesando un proceso de polarización asimétrica propio, cada vez más contaminado por liberales de manual, para quienes medidas que son habituales en otras partes del mundo no solo son denunciadas como “socialistas”, sino también como el primer paso hacia una escalada totalitaria cuyo inevitable destino es Corea del Norte.

Por lo tanto, si por “centro” entendemos una especie de media aritmética de las posiciones

políticas disponibles y sus pesos relativos, debe quedar claro que hoy el centro está más a la derecha que en cualquier otro momento desde la redemocratización. Es evidente que, en el corto y mediano plazo, la izquierda debe buscar alianzas concretas para mitigar el daño que el gobierno de Bolsonaro ha causado a las instituciones y a la población, especialmente, a la más frágil. Pero es un diálogo que debe mantenerse sobre puntos concretos y sin olvidar que la experiencia reciente ofrece buenas razones para dudar del compromiso de nuestras élites, “centristas” y “liberales” incluidos, con la democracia. Por otro lado, la idea de una “búsqueda del centro” abstracta, sin definir ningún contenido en particular, no solo ignora que el centro se ha movido, sino que omite dos verdades elementales: negociar es algo que se hace en base a cosas concretas y habiendo definido límites innegociables; y nadie negocia con quien no tiene nada que negociar. En ausencia de fuerza electoral y/o hegemonía social, la izquierda no tiene ningún comodín que obligue a la derecha a dialogar, y esta se inclinará naturalmente hacia quien lo tiene –lo que terminará inevitablemente llevándola hacia la extrema derecha–. Sin tocar este punto fundamental, la defensa abstracta del centrismo acaba siendo poco más que una nostalgia de un pacto lulista que ya dejó de ser posible, una incapacidad para pensar la política más allá del juego electoral, o una resignación al actual horizonte de posibilidades capaz, a lo sumo, de hacer de la izquierda un socio minoritario en un estado de cosas cuyo costo social y ambiental solo tiende a crecer.

## A Narciso le parece feo<sup>31</sup>

Queda la otra opción: “Radicalizar”. Pero ¿qué significa eso? Quizás podamos empezar por aclarar lo que no significa. Nos encontramos aquí con el grano de verdad que encierra la idea de que la escalada de la polarización sería el resultado de una radicalización de la izquierda.<sup>32</sup>

Es sabido que la izquierda pasó por un proceso de radicalización en los últimos años. Como hemos visto, sin embargo, no fue en el terreno de las propuestas o de las acciones, sino en el de las *identidades*. Las razones son varias. Algunas son estructurales y comunes a varios países, como la propia arquitectura de las plataformas digitales,

---

31 Referencia a un verso de la canción “Sampa”, del cantante y compositor Caetano Veloso, que dice: “*Narciso acha feio o que não é espelho*” (“A Narciso le parece feo todo lo que no sea espejo”). [N. de la T.]

32 Este argumento, común entre “conservadores” y “centristas”, tiene una notoria versión de izquierda en: Angela Nagle, *Kill All Normies. Online Culture Wars from 4chan and Tumblr to Trump and the Alt-Right*, Alresford, Zero Books, 2017. Difiero de la crítica de Nagle en dos puntos. En primer lugar, porque identifica el identitarismo y al activismo llamado “identitario” (o también llamado “de minorías”), sin darse cuenta de que es un fenómeno más amplio. En segundo lugar, porque atribuye un peso explicativo excesivo al papel que desempeñan *online* los *social justice warriors*, minimizando una dinámica social más amplia. Este problema es evidente en un punto clave: al presentar a la *alt-right* como producto de la radicalización de una “izquierda identitaria” que ha “exagerado”, ignora que lo que cuenta como “exageración” varía socialmente. Así como el mundo no está dividido en personas totalmente prejuiciosas y personas totalmente libres de prejuicios, las actitudes prejuiciosas se distribuyen de manera desigual en una sociedad; cuantas más tendencias prejuiciosas tenga una persona, menor será su umbral de tolerancia, hasta el punto de que la simple visibilidad del otro (gay, trans, feminista...) puede ser vivida como “exageración” y desencadenar un proceso cismogénico. Dicho de otra manera: el hecho de que alguien sienta que el otro “exagera” no significa necesariamente que el otro haya exagerado.

que refuerza dinámicas cismógenicas y favorece la formación de “burbujas de filtro” y “cámaras de eco”.<sup>33</sup> A esto se suma la popularización de un cierto estilo de militancia *online* en la que funcionan las redes sociales como un instrumento, punitivo y algo aleatorio, para la producción temporaria de una justicia que lxs militantes no tienen los medios políticos para transformar en una condición estructural y permanente.

Pero la crítica al identitarismo que aquí se hace no se refiere exclusiva ni preferencialmente a las llamadas luchas y grupos “identitarios” (mujeres, negrxs, LGBTQIA+...). Una cierta izquierda “antiidentitaria”, con su defensa del “universalismo”, los “valores iluministas” y otros rasgos estereotipados, es hoy tan particular como las identidades que impugna. Cada vez más, es la “izquierda” en su conjunto, más allá de las diferencias internas que son irrelevantes para los de afuera, la que funciona como identidad. En el sentido en que utilizo el término, el identitarismo es

---

<sup>33</sup> Es importante señalar que, a pesar de la popularidad y el atractivo intuitivo de estos conceptos, una buena cantidad de estudios critican su vaga definición y la falta de evidencia empírica concluyente sobre ellos. Véase, por ejemplo, Axel Brun, “Filter Bubble”, *Internet Policy Review*, vol. 8, n° 4, 2019. Aunque estoy de acuerdo en que el excesivo peso explicativo atribuido a estos mecanismos termina por desviar la atención de procesos sociales más amplios responsables de la polarización política que encontramos hoy —como, por cierto, ya indiqué en la discusión sobre el negacionismo en el capítulo 2—, también comparto la opinión de Huw C. Davies de que la dificultad de encontrar evidencia empírica deriva del intento de identificar un proceso que sea exclusivamente técnico en lugar de una “recurrencia sociotécnica” (es decir, un proceso de retroalimentación entre técnica y cultura, clase y vida social). Véase Huw C. Davies, “Redefining Filter Bubbles as (Escapable) Socio-Technical Recursion”, *Sociological Research Online*, vol. 23, n° 3, pp. 637-654.

una práctica en la que la *performance* individual de un repertorio cerrado de ideas, *shibboleths*, palabras de orden, referencias, preferencias estéticas, figuras de admiración y repulsión, etc., ante una audiencia de pares, es más importante para definir un perfil militante que una actuación en espacios colectivos. Esta transformación, estimulada por la hipervisibilidad de una vida social cada vez más mediatizada, valora más la afirmación abstracta de principios que el desarrollo de la capacidad de aplicar estos principios al mundo, y la ejemplaridad del comportamiento personal sobre el poder de intervenir efectivamente en el curso de los acontecimientos. Por cierto, en la medida en que la eficacia depende de la capacidad de diálogo con quien es diferente, y la construcción de una identidad militante implica demarcar constantemente las diferencias que la distinguen, la sobrevaloración de la *performance* identitaria no solo tiende a restringir el poder de la intervención política, sino que también, perversamente, esta restricción tiende a ser experimentada como prueba de la propia superioridad. Según esta lógica, el problema no es que no podamos mover a lxs demás, sino que lxs demás no siempre ya son como nosotrxs.

Esta cristalización de la izquierda como conjunto de rasgos identitarios es inseparable de dos de las dinámicas abordadas anteriormente. Por un lado, es una respuesta a la polarización promovida por la derecha: cuanto más se refuerza la identidad de un lado, más tiende a afirmarse del otro, con todo lo que ello implica (tribalismo, mayor sesgo de confirmación, susceptibilidad a *fake news*...). Por otra parte, este desplazamiento al terreno de

la cultura y de los valores responde, a partir de la década de 1990, a la necesidad de dar cohesión a la idea de izquierda ante la falta de una visión de largo plazo efectivamente diferenciada de la economía de mercado y de la globalización neoliberal. “Izquierda” se convierte entonces en la identidad de quienes reconocen los derechos de las minorías, creen en el Estado laico y entienden su misión como la de controlar los excesos del mercado y de los conservadores. Contrariamente a la historia que suele contar la “izquierda antiidentitaria”, no fue porque empezó a preocuparse por lo “particular” (negrxs, mujeres, indígenas, gays...) que la izquierda renunció a lo “universal” (un proyecto alternativo de sociedad); fue cuando dejó de articular su propia idea de totalidad que llenó el vacío con banderas particulares.<sup>34</sup> Esto demuestra que la consolidación de la izquierda como identidad y la tendencia a moverse hacia el centro no son contradictorias, pero que pueden fácilmente ser complementarias. A medida que el centro del debate se desplaza hacia la derecha (el consenso sobre el endurecimiento de los controles migratorios, por ejemplo), es perfectamente concebible que un refuerzo de la propia identidad (“yo estoy con los inmigrantes”) vaya acompañado de posiciones meramente atenuantes (*humanizar* la intensificación de los controles). Una polarización simétrica (en el sentido batesiano) en el terreno de las identidades es entonces enteramente compatible con

---

34 Un marco histórico en este sentido fue la modificación, en 1995, de la cláusula IV de la constitución del Partido Laborista Británico, que establecía el compromiso de perseguir la “propiedad común de los medios de producción, distribución e intercambio”.

una polarización asimétrica en el terreno de las acciones efectivas.

El recurso de la identidad como sustituto de una política sustancial se hizo más pronunciado en Brasil después de las elecciones de 2014 y, sobre todo, después del proceso de *impeachment*. Al mismo tiempo que estaba dispuesta a negociar cualquier cosa para salvar el mandato de Dilma, la dirección del PT movilizó la memoria de la dictadura y la redemocratización para reavivar una base histórica que se había alejado del partido.<sup>35</sup> Pero el mismo fenómeno identitario se puede observar, por ejemplo, en las comunidades *online* que se forman en torno a la revalorización, entre irónica y sincera, de figuras como Stalin y Mao.

¿Cuál es el problema con eso? Aquí encontramos lo que hay de verdadero en la concepción que hace del centro del espectro político un oasis de sentido común y pragmatismo. Para quienes asumen plenamente una identidad política, esta se vuelve central para la comprensión de sí mismos y de su propio valor.<sup>36</sup> Pero la mayoría de las personas se mueven por intereses, deseos, valores y opiniones que no son necesariamente constantes o coherentes; *son solo aquellas con una identidad política muy definida quienes hacen de la consistencia de su propia identidad un factor preponderante en la toma*

---

35 Es notable que dos de las imágenes más importantes en la iconografía de la izquierda brasileña, en la última década, son las de Dilma y Lula en la década de 1970.

36 La idea de que la polarización es un producto de la carga afectiva asociada con las identidades más que con cuestiones de política pública puede explorarse en Lilliana Mason, *Uncivil Agreement: How Politics Became Our Identity*, Chicago, University of Chicago Press, 2018.

*de decisiones*.<sup>37</sup> Esto no significa que el “centro” siempre corresponderá al mismo tipo de política *middle of the road*, ni tampoco que siempre tendrá las mejores soluciones, sino que las decisiones están determinadas ahí por motivaciones distintas a la identidad y son, en ese sentido, más flexibles.

A la izquierda le gusta concebir la adhesión según el modelo de la conversión (el individuo asume un paquete completo de convicciones) y el compromiso como desinterés y sacrificio (un deber que se antepone a todo interés). Pero la conversión es un fenómeno raro, y el desinterés por lo general requiere una liberación de las limitaciones materiales que está mal distribuida en una sociedad desigual. La mayoría de las personas están menos motivadas por sentir que ciertos valores son moralmente correctos que por el potencial que estos valores tienen para organizar su vida y brindar respuestas a los problemas cotidianos. Para convencerlos de esto, la izquierda necesita articular una visión plausible de cómo podrían vivir mejor en un mundo organizado de manera diferente y ofrecer una idea de los pasos mediante los cuales ese mundo podría construirse ahora mismo, sin requerir sacrificios mucho mayores que los que ya están haciendo.

Al igual que la consigna de moda “dialogar con el centro”, “radicalizar”, en abstracto, tampoco

---

37 Al suponer que todxs están igualmente interesadxs en mantener una identidad política coherente, la izquierda a menudo sobrevalora la solidez de las elecciones de lxs demás, proyectando detrás de estas una visión completa del mundo. Pero es perfectamente posible, por ejemplo, que una persona esté en contra de la homofobia y sea votante de Bolsonaro; basta con que la oposición a la homofobia tenga menos peso para ella que otros factores que sustentan su opción electoral.



significa mucho; lo más probable es que termine significando solo la radicalización de la propia identidad. Pero exigir que las personas se conviertan en identidades cada vez más estrictas o adopten ideales cada vez menos tangibles es una receta para el aislamiento. No se trata de radicalizarse en la *performance* o en la afirmación de principios genéricos, sino en ideas concretas. Es decir, se trata de la capacidad de construir alternativas que, sin temor a dar respuestas radicales a los problemas con los que se enfrentan, no dejen de comunicar con la realidad cotidiana de la mayoría de las personas y parezcan no solo más sensatas y deseables que lo que se tiene, sino efectivamente alcanzables bajo las condiciones existentes.

## **Radicalmente relacional**

Esta es una década decisiva para la historia de la humanidad. Tenemos una pequeña ventana de oportunidad para evitar una crisis ambiental aún más grave, para abordar la concentración de poder económico y político acumulado desde la década de 1980, y para gestionar el avance de la inteligencia artificial y la transformación del trabajo de manera que garantice el bienestar de una creciente población mundial. Hasta ahora, sin embargo, la reacción dominante ha sido hacer oídos sordos al presente y retomar soluciones que fueron consensuadas hace veinte años: a una crisis mundial provocada por la desregulación del mercado financiero se responde con más desregulación; a la incapacidad del mercado para encontrar

soluciones a la crisis ambiental, con más “soluciones” de mercado; a la estagnación mundial de los ingresos y el aumento de la desigualdad, con más precariedad y recortes en los servicios públicos; a las crisis recaudatorias, con alivio para los más ricos y contención de gastos. Para colmo, el ascenso global de la extrema derecha nos aleja cada vez más de las discusiones que deberíamos tener, contaminando el debate con prejuicios, fantasías y falsedades.

La mayoría de las voces que se dicen “realistas” hoy repiten dogmas de una realidad que ya no existe. Desde la crisis de 2008, no existe una perspectiva segura en el horizonte global de un nuevo ciclo de crecimiento económico que genere empleo y reduzca la desigualdad. Las tendencias apuntan, por el contrario, a un capitalismo de baja productividad, centrado en la extracción de renta y en un aumento del desempleo estructural. Además, la evidencia ineludible de la crisis ambiental pone en tela de juicio cualquier promesa de progreso infinito y los cálculos inmediatistas de corporaciones y países. Si un número creciente de personas se abre a posiciones que antes se consideraban “extremas”, tanto de derecha como de izquierda, es en primer lugar porque el “centro” ya no es capaz de convencerlas de que está en condiciones de cumplir sus promesas. Por eso, el término medio entre el neoliberalismo conservador y el neoliberalismo progresista ha perdido su aura de punto de equilibrio natural.

Que este “realismo” esté fuera de sintonía con la realidad no significa que sus “soluciones” no puedan funcionar. Funcionarán, aunque para

una porción cada vez menor de la población mundial. Buscar un compromiso en estas condiciones es peor que inocuo: seguir fingiendo que las cosas pueden volver a ser como antes es perder un tiempo que ya no tenemos y garantizar que pronto viviremos en un mundo donde los desastres naturales, los conflictos sociales y la represión sin precedentes será la nueva normalidad. Esto es algo que los liberales que realmente se preocupan por las libertades, más allá de las económicas, tendrán que entender rápidamente. En cuanto a la izquierda, si quiere ser de alguna utilidad en el futuro, deberá proponer una solución realista a los problemas que plantea esta nueva realidad, por ejemplo, la de hacer una transición a una economía pos-carbono, poscrecimiento y postrabajo. Pero esto también implicará redefinir qué se entiende por “realista” y “posible”.

Irónicamente, la ciencia política no ha dado a la idea de que el límite de lo posible es maleable el nombre de un líder revolucionario, sino el de un ideólogo de la derecha libertaria estadounidense.<sup>38</sup> Para Joseph Overton, en un momento dado, existe una cantidad finita de políticas que la mayoría de la población considera aceptable. Dado que los políticos de cualquier gama partidaria quieren seguir siendo elegibles, esta gama limitada de opciones delimita lo que considerarán políticamente viable. Esta es la llamada “ventana de Overton”, y es lo que evoca el realista vulgar

---

38 Véase Laura Marsh, “The Flaws of the Overton Window Theory”, *The New Republic*, Nueva York, 27/10/2016; Derek Robertson, “How an Obscure Conservative Theory Became the Trump Era’s Go-to Nerd Phrase”, *Politico*, Nueva York, 25/02/2018.

cuando, ante una polarización asimétrica en el lado opuesto, comienza a desistir de sus convicciones y se encamina hacia el centro. La diferencia de Overton con el realista vulgar es que entendía esta ventana en términos dinámicos. Hacer que ideas antes consideradas absurdas se convirtieran en el *mainstream* era, para él, la forma de obligar al sistema político, impulsado por el instinto de supervivencia, a adoptarlas. *Mover la ventana, es decir, transformar el límite de lo posible, es el objetivo mismo de la política.* Y esto es exactamente lo que hemos visto en los últimos años, aunque, por desgracia, lo hemos visto principalmente en la derecha: comportamientos, declaraciones y políticas impensables hasta hace poco se han vuelto cada vez más habituales.

Sin embargo, para constituir un nuevo realismo, la izquierda necesitará más que una visión atractiva de un futuro alternativo e ideas plausibles de cómo lograrlo. Ella tendrá que articular una base social y construir estas ideas junto con ella. Para esto, será necesario ejercitar la capacidad de hospitalidad, de estar presente en la vida de las personas, de conocer sus problemas, de propiciar espacios donde puedan experimentar su propio poder y, así, ofrecer respuestas situadas no solo en el futuro, sino aquí y ahora. En otras palabras, será necesario encontrar nuevas formas de hacer lo que las iglesias evangélicas hacen muy bien hoy, y que alguna vez se conoció como *trabajo de base*.

La izquierda necesitará finalmente una noción de radicalidad distinta de la afirmación intransigente de su propia identidad. Pensar la política de

forma relacional –en términos de polos, espectros, puntos de equilibrio, ventanas– enseña no solo que no todo es posible en cualquier momento, sino también que la relación entre un deseo y su resultado es siempre indirecta y pasa por varias mediaciones: con los deseos e intereses de los demás, con las relaciones de poder, con las instituciones, etc. Para hacer política no basta con querer: es necesario calcular las mediaciones. Para hacer política *transformadora*, sin embargo, tampoco basta con calcular las mediaciones. Siempre es necesario calcularlas *hacia arriba*, tensarlas, llevarlas al límite, para abrir nuevos posibles. Nadie es radical intransitivamente, en términos abstractos; un radicalismo de este tipo es meramente estético, es un fin en sí mismo, la *performance* de una identidad. Ser *políticamente* radical es ser radical en relación con una situación concreta. No se trata de demarcar una posición independientemente de cualquier contexto, sino de descubrir aquí y ahora cuál es la posición más transformadora capaz de conquistar la máxima adhesión y producir los mayores efectos, para que, en un momento futuro, sean posibles mayores y mejores objetivos.



## Otros títulos

*¿Hacia una nueva guerra civil mundial?*  
Maurizio Lazzarato

*Implosión. Apuntes sobre la cuestión social  
en la precariedad*  
Leandro Barttolotta e Ignacio Gago

*Contra el mito de la fuerza viril.  
Autodefensa en clave feminista*  
Alessandra Chiricosta

### NOCIONES COMUNES

*La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y  
comuneros en la historia oculta del Atlántico*  
Marcus Rediker y Peter Linebaugh

*Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo  
y acumulación originaria*  
(Reedición 20 años)  
Silvia Federici

*Ciencia intensiva y filosofía virtual*  
Manuel DeLanda

Estos 1000 ejemplares de  
*Bolsonarismo y extrema  
derecha global, una gramática de la  
desintegración* se terminaron de  
imprimir en mayo de 2024 en  
Nuevo Offset, Viel 1444, Ciudad de  
Buenos Aires, Argentina.